

EL REY  
DE LOS  
*GIGOLO*

*JOSE MIGUEL VALLEJO*

## CAPITULO I

Era una situación francamente ridícula . Pero de absurdos venía tratándose mi vida . Mi familia entera parecía haber nacido de vicisitudes ridículas y casuales .

Aunque no tenía para nada deseos de que me aconteciera algo fuera de lo común en aquella calurosa tarde de tedio veraniego neoyorquino . Simplemente me disponía a atravesar una de esas avenidas inquietas cercanas al *Central Park* y ninguna cosa me hacía presagiar que la luz de paso del semáforo me estaba abriendo la puerta a una parte peculiar de mi destino .

Ni siquiera me percaté del lujoso carro que se aproximaba y mucho menos me di cuenta , hasta el último momento , de como mi cuerpo de atleta saltaba por los aires como una pluma soplada por la energía siempre vigorosa del parachoques de un Rolls . Cuando regresé plenamente a los cinco sentidos , ya estaba siendo levantado en andas por aquellas dos rubias extrañas que no dejaban de parlotear .

Me acomodaron sin mucha dulzura en el amplio asiento posterior del espléndido vehículo y sin preguntarme “agua va” , se lanzaron nuevamente a la autopista como si acabaran de recoger los pedazos de un gato atropellado por casualidad en la calle . Esas cosas pasaban , al fin de cuentas , en el Nueva York de fines de los noventa , cuando la *gran manzana* se henchía salpicada de singulares aromas , como una torta a medio hornear .

De cualquier modo aquellas dos mujeres de no mas de 30 años , parecían hechas del mismo *sino* fortuito que caracterizaba mi vida de latino veinteañero .

La flaca mandaba a la gorda y aunque no eran hermanas , definitivamente , les agradaba hacer creer que lo eran . Lo que me quedó en claro desde un principio , eso si , además de que se trataba de dos adictas incorregibles a la verborrea , era que las unía una corrida interminable de negocios lucrativos de los que , incansablemente , no cesaban de hablar .

No se molestaron verdaderamente en saber de mi estado sino hasta el momento en que la mas robusta estacionó el Rolls en el apartadero subterráneo de uno de esos fastuosos departamentos que orillan el barrio de *Broadway* , donde luego de revisarme de cuerpo entero como si yo fuese un perro faldero y viendo que no exhibía otra cosa que un natural atontamiento propio de las circunstancias y un par de magulladuras en alguna parte recóndita de mi espalda , me invitaron a subir con ellas por el ascensor al espléndido “rinconcito” que les servía de morada .

Se trataba de una *suite* enquistada en las alturas de un veintavo piso , desde el cual se podía extender la vista plácidamente por la barriada mas pintoresca de *Manhattan* . Aunque lo mas interesante se hallaba , sin lugar a dudas , en los amplios salones y particularmente en la colorida habitación destinada a los huéspedes donde las rubias me depositaron con delicadeza jocosa , invitándome a tenderme en una cómoda cama de agua rodeada de muebles y aparatos lujosos que mi corta vida en los suburbios del *Bronx* todavía no me permitían conocer .

- Así es que eres latino , *bomboncito* - me dijo la gorda , lanzándome algunas palabras en un pésimo castellano , en medio del inglés .

- Déjame adivinar - intervino la flaca - ; de origen cubano y de “pura cepa” española . ¿O me equivoco?

Habían viajado una docena de veces a la península ibérica y recorrido , además , una buena parte del Caribe y de Latinoamérica y eso las convertía en “expertas catadoras” , como ellas mismas alardeaban , del aroma latino .

- Soy cubano , hijo de andaluces y miembro de la familia mas larga de inmigrantes isleños avocados en Nueva York a partir de los sesenta .

- Creí que todos vivían en Miami .

- No mi familia . Ellos sólo querían arrancar de Fidel para venirse a vivir a la *gran manzana*.

Puedo decirles que se parece en mucho a una obsesión y yo soy el resultado de ella , porque amo esta ciudad mas que cualquier cosa en el mundo .

No les mentía . Provenía verdaderamente de la familia de cubanos de ascendencia extremeña mas numerosa en la ciudad de la estatua de la libertad y probablemente , también , la mas ruidosa entre el contexto latino disperso donde me había tocado en suerte crecer .

Dedicados a toda clase de menesteres , mis padres , mis tíos y el ejército de primos que me acompañaban desde los días en que saltaba del ganeo a las caminatas interminables por media ciudad, podía decirse que no existían rubros en los cuales los Almagro no hubieran incursionado en busca del ansiado vellocino de oro que solían perseguir los inmigrantes en el *país de las oportunidades* . Pero , dichas las cosas como ocurrían , ni la prosperidad , ni mucho menos el vellocino o siquiera un ricito del mismo parecían llegar a las manos de esta tribu de cubanos esforzados .

Quizás porque de tanto incursionar nunca se decidían por un trabajo estable o porque simplemente , como decía mi tío Pedro , uno de los mayores , lo que mas gustaba a los Almagro era “la aventura de buscar fortuna” , no de poseerla . En algo se asemejaban , aludía el mismo pariente , al legendario Diego de Almagro , el descubridor de Chile , del cual , cierto o no , los Almagro cubanos radicados en Nueva York aseguraban descender .

En honor al mismo aventurero español me habían puesto su nombre , aunque debo confesar que a lo menos cinco primos se llamaban como yo . De modo que , inconvenientemente a lo mejor , se respiraba una fuerte competencia entre nosotros para ver cual de todos los Diego resultaría ser a la postre el mas exitoso , no en el lejano Chile ciertamente , si no en la auspiciosa ciudad creada por los holandeses en el pacífico norte .

Auspiciando en parte aquella sed de triunfo que codiciábamos todos , no faltaban los que comenzaban en algunos barrios latinos a denominar a la generación nueva de los Almagro cubanos , como la “generación de los Diego” . Pertenecer a esa estirpe me llenaba de orgullo , lo mismo que a mis primos que , aunque en ocasiones no disponían de un bocado para echarse a la boca conocían desde hacía mucho el arte de saber disimular la pobreza .

Tal vez por eso era muy difícil encontrar a un Almagro , en especial los de mi edad , malvestido o que no aparentara , como nos encantaba , provenir del mas caballeresco linaje español sin importar que el legendario descubridor de Chile hubiera surgido de las porquerizas mas hediondas de una provincia extremeña , como había ocurrido en realidad .

Para mi la clave de la buena estampa estaba sencillamente en saber lucir una llamativa *guayabera* y eso fue lo primero que llamó la atención de las rubias en aquel aposento de los dioses en *Manhattan* so pretexto , según me dijeron , de inspeccionar los hematomas ocasionados por el atropello . Al fin y al cabo se trataba de una colorida camisa al mas puro estilo caribeño y por lo menos esta vez tuvieron cuidado de arrancármela con delicadeza antes de seguir desnudándome a cuerpo entero .

Sin saberlo y a menos de una hora de haber sido levantado en los aires por el Rolls , las dos rubias parlanchinas me sometieron a un *atropello* mucho mas brutal . No obstante , para ser sincero , estuve lejos de querer resistirme . Era un tipo de choque extravagante y voluptuoso que sólo un latino de *finca cepa* como yo parecía dispuesto a tolerar y ... ¡a disfrutar!

Después de todo , hasta ese instante de mi vida , los días de la adolescencia y de la temprana juventud me habían estado moldeando de una manera extraña , borrando de la noche a la mañana los rastros de la pubertad para convertirme en un varón erguido , bien compuesto y , aparentemente , nada mal parecido . Dicho con modestia , naturalmente .

Me negaba a creerlo , pero lo cierto es que cada vez que caminaba por las calles percibía la mirada arrulladora de alguna dama mayor que yo recorriéndome de arriba abajo como si yo fuese una especie de cemental equino o algo por el estilo . Porque , por alguna razón curiosa , mi *sexapeal* sólo parecía tocar a las mujeres que remontaban mi edad y de preferencia aquellas con tres o cuatro décadas en el cuerpo y mucho mayores también .

Las rubias no me lo ocultaron esa noche , luego de insistir en lo del arrullo “rehabilitador” sobre aquella cama acogedora . Antes de decidirse a intercambiar algunas palabras conmigo , eso si , bailaron una detrás de la otra delante mío como danzarinas rusas .

La gorda era la mas graciosa y también la menos pudorosa . Movía frente mío un encaje extraño , mezcla de pollera de *ballet* y de *tanga* tropical que finalmente acabó por lanzar al aire , parecido a como había hecho conmigo el Rolls que ella misma conducía en las cercanías del *Central Park* . Enseguida se abalanzó como un acordeón , contorneándose de una manera grotesca , semejante a una locomotora a juzgar por sus resoplidos feroces e interminables . La flaca , mientras , semidesnuda todavía , me sujetaba por el

cueillo , escondiendo parte de mi cabeza entre sus piernas , previniendo toda posibilidad de escape de mi parte .

¡Pero yo no deseaba escapar! Gocé aquella agotadora velada como un niño al que sueltan en medio de una fábrica de dulces y no me negué a hacer lo mío en el instante que creí mas oportuno , reponiéndome por arte de magia todas la veces que fue necesario hasta que el crepúsculo de la mañana sustituyó las luces rojas y amarillas de la atractiva habitación .

Entonces intempestivamente mis anfitrionas , siguiendo esa costumbre inmodificable de la sangre anglosajona , saltaron rumbo a los *toletes* , para dirigirse aprisa a sus oficinas de prósperas empresarias . Antes de marcharse , sin embargo , me dejaron un jugoso cheque de varios ceros y una tarjeta con sus nombres , invitándome a repetir aquella loca aventura en la semana venidera .

Cuando salí de allí a la calle de nuevo , entendí que me acababa de convertir en un hombre adulto.

## CAPITULO II

No era que yo hubiera buscado aquella madurez intempestiva , sino mas bien que esta se había cebado conmigo en un abrir y cerrar de ojos , como dándome a entender que de ahí en adelante no me daría descanso .

Siempre había detestado la idea de los *gígolo* . Me parecían a distancia o por lo que mostraba el cine , casi una parodia triste de lo que podía ser un hombre codiciado . Pero pronto comprendí que a veces son las circunstancias las que hacen el oficio de un individuo y el mío , por natural cortesía del destino , parecía ser no únicamente convertirme en el *latín love* mas apetecido de medio *Manhattan* , sino también en una suerte de “rey de los *gígolo*” y eso , para un cubano de ascendencia andaluza era mucho decir si se consideraba que siempre aquel título había sido una condición *sin ecuanón* de los italianos .

Sin embargo , ya lo había dicho : mi vida y la de toda mi extensa familia , sempiternamente , parecían orillar las circunstancias mas ridículas . De manera que una ridiculez nueva no me sonó extraña para comenzar los 20 . Lo extraño fue ver el rostro de mis primos y de mis tíos cuando les hablé con decisión , dos días después del suceso de las rubias , exhibiéndoles como prenda de triunfo el abultado cheque .

- ¡Bah! , yo me gané 15 dólares a los 30 años en la Cuba de Batista , con tres gringas que me acosaron durante dos noches seguidas - chilló el tío Ignacio , refutado como uno de mis parientes mas galanes entre los viejos estandartes .

- Y yo estuve una semana corrida con dos gemelas holandesas en Miami , sólo por gusto - acotó el primo Claudio , un poco mayor que yo , inflando el pecho como un pato de silabario .

Luego de eso ninguno dejó de cacarear . Habíamos alrededor de la mesa mas de 40 Almagro y las damas , como de costumbre , conversaban aparte , sin darle importancia a las fanfarronerías de los varones . Un buen Almagro , al fin de cuentas , no era tal si no sabía fantasear a tiempo . Pero yo los conocía a todos y aunque no dudaba de sus cualidades donjuanezas , sabía sobradamente que estaban lejos de haber sido sobresalientes en aquellas lides que yo planeaba asumir con tanta seriedad a modo de oficio .

Me lo ratificó la mirada excitante de mi prima Alberta , de 32 años y la de la esposa de mi tío Abelardo , de 46 , esa misma noche y mas tarde los comentarios sutiles que me hizo al oído la amiga de mi hermana mayor invitándome a pasar una velada íntima con ella en un hotel de la Séptima Avenida. Eso fue suficiente . No ignoraba lo que quería hacer con mi vida en los próximos noventa años , si la buena ventura y la salud me acompañaban , aún cuando no sabía todavía como aprender todo el estilo de los que me antecedían en aquella extraña ocupación tan propia del mundillo de Casanova . Así es que me dispuse a buscar un “maestro” de verdad .

Me costó encontrarlo hasta que medio en serio , medio en broma , uno de los Diego me llevó a un bar nocturno de la Quinta Avenida donde me presentó al *dios París* . Se trataba de un sujeto imponente , de no mas de 50 años , algo desgastado quizás , de silueta etrusca , descendiente de una antigua familia romana llegada a Nueva York a principios de los sesenta , como la mía .

- No hay ninguno mejor que yo en el arte de la seducción - me dijo , sin asomo de modestia , en cuanto mi primo lo puso al tanto de mis planes .

En realidad parecía exitoso sentado con su tenida impecablemente blanca en la barra del bar , a la vista de las muchachas que entraban y salían del recinto y que se detenían , algunas desvergonzadamente , a

contemplantarlo . Noté sin embargo , que le ocurría exactamente lo contrario de lo que me sucedía a mi : las que se cebaban con él eran mujeres de corta edad que bien pudieran haber pasado por hijas suyas .

- Esa es mi mayor desgracia - me explicó , recogiendo al vuelo mi pensamiento , hablándome como un *coño* español - ; sólo me va bien con las “pollitas” y esas , desgraciadamente , rara vez andan forradas en dinero , ¿comprendes?

Entonces entendí que la suerte estaba conmigo y que , en este tipo de oficio el que podía enseñarle a él era yo y no a la inversa . Aunque comprendí también que la única enseñanza valedera era la que emanaba de una condición natural de conquistador y yo la tenía , lista para ser pulida en el mar formidable de la vida . ¡Sólo tenía que experimentar!

De algún modo el *dios París* intuyó esa superioridad natural y terminó por interesarse mas él en mi destino que yo en el suyo .

- Permíteme acompañarte - me dijo , luego de compartir unas copas , haciendo un ademán de salir con nosotros a la calle - ; ahí es donde se prueban los gallitos - añadió , aludiendo a la misma .

Pero la Quinta Avenida esa noche , por alguna razón inentendible , era una taza de leche , hasta que pasado una esquina nos topamos con un trío de señoras que emergía de un restaurante elegante . Las aguardaba una limosina y antes de subir una de ellas le murmuró algo al oído a las otras , dirigiendo sus miradas hacia nosotros .

Se detuvieron a propósito a esperar que nos aproximásemos . Entonces , la mas guapa , una cuarentona de enormes ojos verdes y de voluptuosas formas que intentaba disimular debajo de un abrigo de *ming* , sacando un cigarrillo me hizo un ademán . Yo , solícito , le extendí mi diestra con el encendedor .

Lo que siguió fue fruta servida . Terminamos los seis en un palacete del lado norte de *Manhattan* dándonos de abrazos , previo a perdernos cada uno por su lado , en pareja , en las cómodas habitaciones de la mansión . La dueña - la del cigarrillo - , una gerente exitosa de nombre Janet , antes de arrastrarme a la lascivia debió repeler enconada las indirectas que hacían sus compañeras para ganarme como si fuese yo una especie de trofeo en disputa . Finalmente , debieron conformarse con el *dios París* y con el sorprendido de mi primo que , ni tonto ni perezoso , aprovechó lo suyo increíble todavía de la suerte que invocaba mi compañía .

Al día siguiente , mientras desayunábamos en una marisquera , el *dios París* me dejó caer una saludable advertencia :

- En este oficio , muchacho , lo que vale es no codiciar lo que no puedes abarcar y lo codiciado aceptarlo con humildad .

No obstante , yo codiciaba lo incodiciable : ¡ser el mejor de todos! y algo me gritaba en mi interior que tenía “dedos para piano” . De manera que a partir de aquel mismo día me inscribí en un gimnasio de la calle 42 , a la altura de la posición económica que comenzaba a saborear . Sabía que lo esencial en aquel tipo de negocio estaba en mantenerse en forma .

Lo que ignoraba era lo riesgoso que podía ser exhibir lo que se tiene dentro de aquel mundillo mixto de los *fisicoculturistas* . Antes de dos semanas debí cambiarme a otro local concurrido sólo por hombres , para deshacerme del acoso desvergonzado de algunas gimnastas que comenzaban a verme como una langosta a la carta .

Tampoco fue una buena solución porque las ridiculeces estaban implícitas en cualquier lugar que pisaran mis pies y pronto noté que era víctima allí del acoso de los maricas disfrazados de músculos que se ejercitaban a mi lado . Frente a eso no me quedó mas opción que comprarme un equipo de máquinas y pesas de todo tipo y las instalé en el cómodo apartamento que renté a pocas cuadras del *Madison* .

Dinero no faltaba y mucho menos la ocasión de incrementarlo . Lo único malo estaba , quizás , en que mientras mas fácil llegaba a las manos mayores eran las dádivas que debía dar a mi numerosa familia , generalmente escasa de morlacos y siempre dispuesta a esquilar el vellocino de oro del pariente mas exitoso . El de turno , a no dudar , en ese momento era yo .

### CAPITULO III

La cercanía del *Madison* , gradualmente , me hizo un adicto a sus funciones estrepitosas. Particularmente al boxeo femenino . Nunca creí que me convertiría en un entusiasta de aquellas intercambiadoras profesionales de puñetazos sino hasta que comencé a sentarme en primera fila , donde terminé arrendando una cómoda butaca que me permitió presenciar a menos de un tiro de piedra las muecas furiosas de las contendoras .

Me gustaba en especial una pelirroja de origen sueco , de anchas caderas y de senos prominentes , por el estoicismo peculiar con que recibía los golpes . En realidad , aparte de su hermosura vikinga y casi animal , en el terreno de lo profesional a veces era mas lo que recibía que lo que daba . ¡Pero hubiera sido mas sencillo tumbar un poste de alumbrado público que a ella!

Quizás por eso su nariz se encontraba ligeramente achatada , aunque no perdía por eso su belleza singular . Comencé a admirarla obscenamente , con una suerte de silencio raro , en medio de aquella orgía de chillidos y aplausos que rodeaba cada velada boxeril... , hasta que una noche , siguiendo la tónica de mis vicisitudes inimaginables , una morena mexicana lanzó por los aires a la nórdica haciéndola volar por arriba de las cuerdas del cuadrilátero . Comparé ese gancho descomunal involuntariamente , con la potencia del parachoques del Rolls de las rubias .

Lo mas simpático , sin embargo , vino enseguida cuando la pelirroja empezó a caer desde las alturas y luego de dar un par de volteretas , posarse directamente ... sobre mis piernas . La butaca , algo enclenque , crujió como una muela rota y se desplomó conmigo y la muñeca vikinga , arrastrando de paso a tres espectadores mas que contemplaban boquiabiertos la escena en los asientos aledaños .

¡Fue el acontecimiento de la noche! Lo supe por los estruendosos aplausos y los rugidos delirantes que festejaban el increíble suceso . Yo no perdí en ningún momento la conciencia de lo que estaba pasando , pero la pelirroja parecía un tanto atontada . Cuando recobró por fin sus sentidos tendida en mis brazos , me quedé mirando con unos ojos de cordero degollado encantadores color *aguaturqueza* . ¡Se trataba de un flechazo fulminante!... , para variar . De parte de ella , naturalmente , aunque , para ser sincero , también sentí moverse una tecla extraña dentro de mi corazón donjuanezco.

No era una *mis* Universo , ciertamente , pero sí el tipo de mujer que muy pocos hombres sobre la faz de la tierra se hubieran atrevido a rechazar . Así es que de alguna manera correspondí aquella mirada con mas picardía que la habitual y casi involuntariamente saqué de uno de mis bolsillos una tarjeta de presentación que la sueca guardó celosamente entre medio de su sostén . Imaginé lo caliente que se podía estar allí , aprisionado por esos soberbios pechos de hembra nórdica .

Dos veces trastabillé por volverse a mirarme nada mas , cuando retornaba arriba del *ring* . Desde allí me envió una última ojeada y enseguida , movida por una pólvora extraña que acababa de inundarla , arremetió como un toro contra su oponente sin detenerse , hasta que una boleadora fuera de serie envió a la lona a la infeliz mexicana . ¡Era como haber visto a Popeye después de una panzada de espinacas!

Hubiera querido felicitarla... y abrazarla efusivamente , pero un centenar de personas lo hizo por mi arriba del *ring* , rodeándola con ese tipo de batahola que sigue a los boxeadores después de un triunfo

estrepitoso . De manera que me retiré cabizbajo , conformándome con espiarla a distancia una vez mas a medida que me alejaba por el pasillo central . ¡El *Madison* deliraba por ella!

Me acosté pasada la medianoche sonriéndome todavía por lo que acababa de ocurrir y ya me disponía a conciliar el sueño , cuando el llamado del teléfono me arrebató del abrazo de Morfeo . ¡Era la pelirroja invitándome a cenar!

Salté de la cama como un galgo y me vestí con lo primero que encontré a mano , sin olvidar instalarme un clavel en el ojal del vestón azul . Mas abajo , los *blujines* de costumbre , haciendo juego con mis cabellos oscuros y desgreñados . Me costaba entender porque las mujeres encontraban atractivo a un raro esperpento como yo . Pero esa noche , mi preocupación era otra...

La sueca me aguardaba arriba de un Ford rojo descapotado de los sesenta . Vestía una falda corta de tela azabache que resaltaba sus muslos color nieve , robustos y maravillosamente bien contorneados . Una chaquetilla roja como su enorme carro y sus cabellos recién bañados , se abotonaba a medias sobre su formidable pecho , despertando el deleite de los transeúntes y de los conductores que pasaban a esa hora por el lugar .

¡Fabulosa hembra! Acostumbrado a tenerlas de distinta envergadura , no niego que experimenté por esta desde un principio un tipo de atracción desusada . No hablaba mucho , para ser honesto y cuando lo hacía por lo general su vocabulario espartano no evidenciaba una gran cultura . Pero sabía lo que era ir directamente al grano y , lo que era mucho mejor , desconocía completamente la pronunciación de una mentira . Así es que decidí por mi parte también no ocultarle absolutamente nada... , incluso lo referente a mi promiscuo oficio .

- ¿Un *gígolo*? - repitió , con ritmo de pregunta - ¿De esos que viven seduciendo mujeres?

- Eso mismo - le confirmé , sin saber todavía cual sería su reacción final .

Pero ella prefirió guardar silencio en ese punto , quizás para no ofenderme . No por eso , sin embargo , dejó de entrever una expresión de desagrado . No obstante , yo le gustaba incondicionalmente , mas allá de cualquier circunstancia y me veía a los ojos como a un plato de *paella* ; osea , algo delicioso . Por mi parte , deseaba mas que nada en mundo no fallarle en sus expectativas .

Decidimos cenar precisamente esa noche uno de esos exquisitos guisados españoles que preparaba en la Novena Avenida un madrileño amigo de los años de la revolución civil , de nombre Francisco. En cuanto me vio llegar a su restaurante con la nórdica soltó un aplauso cariñoso , como hacen los ibéricos viejos para felicitar la belleza sobresaliente de una mujer .

Su *ceceo* castellano , salpicado en el inglés , parecía atravesarse en su lengua como si estuviera saboreando un puñado de la *paella* que nos ofrecía . Además , era como yo , un amante del boxeo femenino ; de manera que reconoció de inmediato a mi compañera .

- ¡La *bomba roja*! - exclamó con un entusiasmo republicano .

Enseguida besó su mano , haciendo alarde de otra porfiada costumbre española . Tuve que carraspear fuerte para que apartara sus bigotitos de zorro de la diestra blanca y reluciente de mi amiga.

- ¡Ya quisiera estar en tus pantalones , hijo! - me susurró guiñándome un ojo , antes de perderse rumbo a la cocina .

Cuando regresó con la *paella* hirviente , ya nos hallábamos enfrascados ella y yo en un cotorreo íntimo que no se atrevió a interrumpir . Comimos lentamente , mirándonos desde una y otra esquina del corto taburete que nos separaba como dos contendores que se disponen a dar lo mejor de si arriba del *ring* .

Hasta que la campana sonó por fin dos horas mas tarde , en un cómodo hotel del mismo barrio al que mi anfitriona me arrastró . Sabíamos que no saldríamos de allí bien parados ... ¡La *bomba roja* era la fiera que yo imaginaba! Como los vikingos , antes de lanzarse encima mío en la cama , golpeó ruidosamente su pecho en un rincón de la habitación mientras se desnudaba , emitiendo un fuerte alarido muy similar al que debió espantar - imaginé - a los romanos de Mario frente a las primeras hordas germanas .

Luego , haciendo honor a la ocasión y para demostrar lo mucho que le agradaba lo que veía de mí , se cortó con sus uñas un trozo de cabellera y me la esparció jadeante en una especie de rito que solo ella podía entender .

Después de eso no volvió a bajar de la cama... toda la noche y , por supuesto , estuvo lejos de darme un minuto de respiro . Se conformaba , de vez en cuando , con retirarse unos instantes hasta una esquina del muelle rectángulo , como si se tratara de los intermedios reglamentarios de una pelea pactada hasta el *knockout* . ¡Pero no hubo pérdida de conciencia! y mi orgullo isleño trajo a mi organismo toda la virilidad y la energía que necesitaba .

Cuando amaneció y llegó la hora de marcharnos , tuvimos tiempo suficiente para contemplar el descalabro . La cama , como un bote a punto de hundirse , cojeaba en dos de las esquinas y al medio la madera , definitivamente , acababa de ceder a un boquete considerable . ¡No había podido resistirnos!

Pero valía la pena . La *bomba roja* dejó una propina abundante para compensar el daño . Luego me alargó con una sonrisa un fajo de billetes verdes , de esos que estaba acostumbrado a recibir de mis conquistas habituales . No obstante , esta vez , algo detuvo mi mano .

Aunque no hubo explicaciones de mi parte , ella entendió claramente lo que significaba .

- ¿Acaso no vives de eso? - me preguntó .

- Tu lo has dicho - repliqué , con una mirada de lobo domesticado - , pero lo de esta noche ha sido un regalo ...

- ¿Para mí?

- No - le dije con sinceridad , disparándole un beso con la mano - , para mí .

No pude elegir mejor cumplido . Cuando nos despedimos en la puerta del edificio supe por la expresión de complacencia absoluta que todavía brillaba en su rostro , que había sabido evaluar en su justa medida mi gesto .

Caminando hacia mi apartamento , solitario , pensé mas tarde en aquella rara actitud mía . Sentía en algún lugar de mi adolorido cuerpo que acababa de pasar a llevar una regla de oro del mundo de los *gígolo* . Pero no estaba arrepentido por eso ni experimentaba ninguna clase de remordimiento .

De cualquier modo aquellas reflexiones se desvanecieron abruptamente en cuanto distinguí en la entrada del edificio donde vivía , el Rolls de las rubias aguardando por mí...

## CAPITULO IV

Ni siquiera se molestaron en preguntarme si deseaba acompañarlas , si estaba cansado , si tenía otro compromiso o algo semejante . Sencillamente , como ya era costumbre en ellas , me agarraron de las solapas y me jalaron hasta los asientos delanteros del espléndido carro donde quedé aprisionado entre las dos , igual que una golosina disputada por dos niñas hambrientas .

- ¿A dónde vamos? - inquirí , con una vocecilla de ultratumba .

- ¿Dónde mas podría ocurrírse nos , *bomboncito* , en un día sábado , sino al *reinado de los juegos*?

No se referían a su *suite* extravagante , ciertamente , y me quedó claro cuando las vi enfilarse hacia el aeropuerto . Faltando como siempre a los altos de los semáforos , la gorda alcanzó en pocos minutos de loca carrera la loza de los aviones privados en el terminal aéreo de los extramuros de la ciudad .

Observé como la *gran manzana* se desdibujaba abajo nuestro desde las ventanillas del fastuoso *jet* de tapices rosados perteneciente a las rubias , mientras nos alejábamos con la velocidad de un proyectil disparado a los cielos rumbo a la eterna perla del desierto : ¡Las Vegas , por supuesto!

Pero no era todo . La gorda y la flaca estaban deseosas de un adelanto en el *menú* , a cuenta de sus jugosos dólares naturalmente , así es que luego de echarle cerrojos a la pequeña puerta que nos separaba de la cabina del piloto y de su asistente , se dispusieron a desmenuzar la presa que habían elegido .

Se me pasó por la cabeza en un principio , debido a mi estado , oponer alguna resistencia , aunque terminé temiendo que aquellas dos mujeres , molestas , decidieran lanzarme por la escotilla de emergencia del avión . No obstante , lo que movió mi espíritu cavernícola de nuevo , no fue si no una llamarada de orgullo instintivo que despertó en mi un leve comentario de la gorda al momento en que se arrancaba los sostenes .

- ¡Ahí vamos , cubano rico!

Era una expresión en el mas puro castellano . Además , inconscientemente involucraba la condición que con mayor soltura se emparentaba con mi concepto medieval de la masculinidad : ¡representar bien a mi raza! De forma que , antes que silbara un grillo , ya me sentía dispuesto a responder a aquel llamado de la selva y lo hice con el mejor de mis mugidos isleños :

- ¡Aquí me tienen , pecadoras!

Justo a tiempo , porque ya las dos mujeres se abalanzaban encima mío como una bandada de halcones .

Nunca lo había hecho arriba de un avión en vuelo . Para ser sincero , de pronto la cómoda cabina rosada me pareció mas estrecha e inestable que la cama crujiente del *ring* del hotel . Noté que juntos los tres constituíamos una rara ensalada de brazos , piernas y traseros monstruosamente amorfa . Tanto así que de súbito los movimientos , anormales por principio , comenzaron a parecerme doblemente extraños . Entonces

estiré una mirada por una de las ventanillas, en medio de aquella trifulca amorosa y noté que el *jet* se bamboleaba sospechosamente . ¡Nos estábamos yendo en picada!

Me levanté desesperado y corrí por encima del vientre acuoso de la gorda y de la espalda huesuda de la flaca , hasta la puerta del piloto . La abrí violentamente , ¡en buena hora! , porque lo que allí ocurría no era muy distinto de lo que acabábamos de interrumpir .

Bastante mas diminuta que la sala de viaje , la cabina de mando se asemejaba en esos instantes a un asfixiante baño de universitarios pícaros . Medio desnudos , el piloto y la aeromoza se debatían en una agitada refriega sexual . No hubiera tenido nada de malo , a mi juicio , encontrarme con aquellas piernas disparadas hacia los cuatro puntos cardinales por arriba de los tableros o estrellándose con las ventanas frontales , de no ser por la forma graciosa en que la nave , inequívocamente , se estaba desplomando .

Un instinto cubano de sobrevivencia , propio de mi pueblo , me lanzó encima del manubrio de vuelo por entremedio de los dos fogosos amantes . ¡Justo a tiempo! Lo supe cuando vi levantarse la punta del aparato de nuevo rumbo a las nubes , manoseado de paso por la jadeante aeromoza . Era una morena exuberante y el sombrero característico de su profesión parecía ser en ese momento el único atuendo que se hallaba en su sitio . Me miró sonriente , sin dejar de contornearse , volviendo todavía mas ridícula la situación , mientras el piloto recobraba la compostura y retomaba el control del avión .

Cuando regresé a la sala rosada mis anfitrionas me esperaban doblemente excitadas , como si aquella loca aventura hubiese multiplicado el zumbido de hormonas que brincaba en sus venas .

- ¡Bravo mi héroe! - me gritó la flaca , al tiempo que me arrastraba una vez mas hasta el piso alfombrado , desesperada .

- ¡Nos salvaste la vida , *bomboncito!* - chillaba la gorda , refregando sus grotescos pechos sacados de una caricatura pornográfica sobre mi nariz .

Cuando la orgía terminó , ya estábamos rodando por la loza del aeropuerto de Las Vegas . Afuera nos esperaba otra limosina contratada por las rubias . En sus mullidos asientos , por fin , tuve la ocasión de descansar algunos minutos antes de alcanzar la entrada del hotel de la pirámide .

Lo mas sorprendente , de cualquier modo , sobrevino cuando me topé con el rostro incrédulo del conductor del lujoso vehículo abriéndonos la puerta .

- ¡Tío Mario! - lo delaté - - ¿Tú por aquí? ¿No decías que estabas en un gran negocio en La Meca?

- ¡Carajo! , sobrino - chistó él , como un niño pillado en una actitud maldadosa , sin dejar por eso de agasajar a las rubias que descendían a mi lado .

- No me expliques nada , tío - lo tranquilicé , tratando de comprenderlo - ; no lo contaré en casa .

- Pero , sobrino - intentó de nuevo - ; al fin de cuentas estamos en "La Meca" de este maravilloso país y yo no lo hago mal ... como dueño de limosinas .

- ¡Ah , claro! - le seguí la corriente , entendiendo que se trataba de otra mentira suya .

¡Así hacíamos en la familia! ¡Preferíamos morir antes que mostrarnos derrotados! Lo habíamos aprendido de los primeros Almagro avecindados en la isla desde principios de siglo . Yo respetaba eso , de manera que me cuidé de no humillar a ese viejo zorro . El me guiñó un ojo en recompensa , mientras las rubias me jalaban hacia el interior del edificio , indiferentes a mi relación con él .

Nos esperaba una mesa servida a la manera de Lúculo , el general romano , en una *suite* . Frente a ella , finalmente , mis anfitrionas me soltaron . Yo me conformé con unas ostras , como de costumbre . La gorda en cambio , armada de una toalla que colgó de su cuello a manera de servilleta , decidió hacer honor a su placer predilecto... después de mi persona , por cierto .

Se trataba , a no dudarlo , de otro espectáculo sin precedentes . La robusta hembra engullía con la ruidosidad de cinco pavos y masticaba con las ansias de dos hienas . Vi desfilar una serie interminable de platos delante de ella , mientras la flaca en una esquina dejaba a la vista que su especialidad estaba en beber . Ella misma optó por prepararse en el bar contiguo un conjunto de tragos multicolores que comenzaron a extinguirse a través de las bombillas que utilizaba para sorbetear . De algún modo o por alguna razón que no lograba explicarme , nunca parecía perder el control . Eso si , continuamente solía ir al baño , donde vaciaba su vejiga con la capacidad de una gaita . ¡Aún así no entendía cómo una mujer tan delgaducha podía tragar tanto líquido!

Lo mejor , no obstante , vino después de aquella fiesta de gula y sorbeteos , cuando mis anfitrionas se desplomaron aparentemente satisfechas sobre la única cama - ¡de tres plazas! - de la apabullante habitación . Yo aproveché de tenderme como un perro faldero en un sillón propincuo , luego de eructar con los últimos moluscos que alcancé a engullir .

¡Fue un sueño reparador y gentil! Desperté , sin embargo , antes de una hora sacudido por las manos nada amorosas de mi tío Mario , el conductor de limosinas .

- ¡Ssshhh! - susurró , poniendo uno de sus índices sobre mis labios . Aunque no tenía caso , porque las rubias ronroneaban como gatas - , quiero hablar contigo - añadió , sentándose silenciosamente a mi lado . Parecía verdaderamente afligido .

- ¿Te ocurre algo grave , tío?

- Nada que no puedas solucionar tu , querido sobrino .

Enseguida entró a suplicarme :

- ¡Tienes que sacarme de aquí en ese avión en que llegaste!

- En el de mis amigas ; ¿por qué?

- Porque no puedo partir en un vuelo regular , ni arriba de un bus . Lo sabrían antes de embarcarme...

- ¿Quiénes?

- ¡Los venezolanos!

- ¿A quiénes te refieres?

- A los hermanos Ampuero ; son los que manejan la parte sucia de los juegos en este distrito de la ciudad .

- ¿Hablas de la mafia?

- ¡Por fin entiendes , cabeza dura!

- Creí que la mafia era cosa de los sicilianos .

- No en Las Vegas . Aquí los hijos de la patria de Bolívar se reparten hace mucho tiempo el territorio .

- ¿Cómo lo sabes?

- Porque he estado en el *negocio* con ellos .

Fue el comienzo de una conversación mas larga . De cualquier modo , había un punto que me intrigaba por sobre todas las demás cosas . Así es que , antes de seguir adelante , inquirí sin tapujos :

- ¿Y de los cubanos , qué?

- Nada . Tenemos muchos defectos , como todo el mundo , pero a los isleños no nos gusta desgastarnos en este tipo de aventuras .

No comprendía muy bien que trataba de decirme con eso . Aún así , saltaba a la vista que sabía de que hablaba . De cualquier forma , el asunto en general no me parecía gracioso y me costaba imaginar al pobre tío Mario metido hasta el cuello con la mafia venezolana que operaba en la ciudad de los juegos . ¿Cómo podía haberle ocurrido eso?

- No ha sido intencional , de mi parte - intentó explicarme lo mejor posible - Empezaron por contratarme a menudo para que los trasladara en la limosina que conduzco y luego fueron agarrando confianza y se largaron a hablar delante mío de cualquier cosa...

- ¿De sus *negocios* turbios , quieres decir?

- Así es . Nunca me preguntaron si deseaba o no saber de sus cochinos asuntos y de a poco me convirtieron en su chofer *de confianza* . Un día en que les dije que no quería seguir escuchándolos, uno de ellos me puso una pistola en la cabeza y me advirtió que no tenía otra opción y que además , me estaba prohibido abandonar Las Vegas . Es decir , me transformaron en un prisionero ; ¿entiendes?

- Me imagino que te pagan bien por eso .

- ¡Pamplinas! Los hermanos Ampuero son famosos también por su tacañería . De otro modo habrían contratado a su propio conductor de limosinas , pero yo soy parte de un servicio obligatorio . Ellos piden la limosina a mi jefe y yo debo estar incluido ; ¡así de simple!

- ¡Ridículo!

No podía ser de otro modo , al fin de cuentas , hallándose de por medio un familiar mío . Sin embargo , estaba claro que debía ayudarlo antes que explotara el barril de pólvora en el que estaba sentado . Su comentario final me lo confirmó :

- El chofer de limosinas que los atendió antes que yo apareció muerto en un basural , luego de prestar involuntariamente oído a sus secretos durante un año... , justo después que empezaran a prescindir de sus servicios , que es lo que están haciendo conmigo en estos días .

- No sigas - lo interrumpí - ; ya veré que puedo hacer por ti .

- ¡Gracias , sobrino! ¡Sabía que podía contar contigo!

Conmigo sí , pensé . Lo difícil iba a ser involucrar a las dueñas del *jet* en este cuento . Pero en ese momento no deseaba quebrarme la cabeza con complicaciones .

Después de otra opípara comilona en la que , como de costumbre la que mas engulló fue la gorda y donde la flaca se lo tomó todo de nuevo , descontando una última siestecita , por fin la noche llegó . Entonces las rubias , parecido a como hacen los vampiros que reviven cuando se esconde el sol, se decidieron a llevarme a recorrer los casinos de la ciudad .

Afuera nos aguardaba la limosina , con mi tío , listos para aventarnos en un loco *tours* por aquel paraíso de los juegos . Nos detuvimos finalmente en uno de los salones mas importantes y concurridos del distrito y tuve la ocasión de probar mi suerte en aquellas lides de la incertidumbre . Afortunadamente mis anfitrionas estaban dispuesta a darme en el gusto en lo que les pidiera y no escasearon los dólares a la hora de tirar los dados .

En eso estaba cuando noté que dos hombres de estilo gitano se abrían paso hasta la mesa de ruleta .

- Son los hermanos Ampuero - me dijo al oído el captador de apuestas .

Desde un principio aquello no me pareció una simple casualidad . De alguna manera la magia de los vientos había alertado a los matones venezolanos de la conversación privada con mi pariente . La mirada sentenciadora que me extendieron a través de la concurrida mesa me lo dijo todo. Uno de ellos , el mas moreno , sacando de un bolsillo un raro picadillo de metal , se escarbó los dientes sugestivamente para hacerme entender que debía tomarlos en serio .

Pude sentir , imaginariamente , el filoso metal abriéndose camino en mi garganta . Las rubias andaban lejos de advertir la angustia que me poseía . Para colmo de males la suerte de los dados , definitivamente , no corría en mi favor y sólo me retenía en ese lugar mas tiempo del necesario .

Eso y mi indiferencia , visiblemente , terminaron por aumentar el enojo de los dos matones . Uno de ellos puso una de sus grotescas manos sobre la mesa y mágicamente los jugadores comenzaron a desaparecer . Solamente quedamos allí mirándonos las caras uno de los empleados , las rubias , los venezolanos y el plato de la boda... , ¡yo!

- Veo que esta no es su noche *chévere* , jovencito - me dijo en castellano el mas bajo .

- Así parece - le respondí en el mismo idioma , sin alzar la vista de las fichas .

- Entonces , aproveche lo que le queda de ella - contraatacó el mafioso , agregando siniestramente :

- Ya sabe , la salud y la *platita* son cosas inestables en la vida...

Las rubias , demasiados zonzas para entender lo que estaba pasando , tomaron aquella conversación como un gesto de amistad entre hispanoamericanos . Entonces , como un *giro sintornillos*, se prendió súbitamente una idea genial dentro de mi cabeza .

La puse en marcha de inmediato , susurrándole al oído a la gorda primero y luego a la flaca :

- Esos dos se acaban de enamorar perdidamente de ustedes y se han puesto celosos conmigo , ¿entienden?

Sabía de antemano cual iba a ser la reacción de ambas . Mal que mal , no conocían lo que era despertar en los hombres un interés mas profundo que no fuera el que atraían sus faltriqueras femeninas . Así es que , de algún rinconcito de sus mullidos cerebros pareció aflorar instantáneamente la respuesta . Lo supe por el matiz colorado que delatoramente se pintó en sus rostros de hembras requeridas .

Algo les decía que un *gígolo* como yo estaban a la mano de conseguirlo , al fin de cuentas , cada vez que lo desearan con solo soltar un fajo de billetes verdes , pero dos sujetos como esos , fornidos y aparentemente saludables , prendados desinteresadamente en ellas , era un asunto que no podían darse el lujo de dejar pasar .

- Espéranos afuera , *bebé* - me ordenó discretamente la flaca que siempre tomaba las decisiones finales , mientras se arreglaban el cabello y se pasaban una *manito de gato* por sus caritas encendidas . Los venezolanos las contemplaban sin entender .

Apenas hice un primer ademán para salir ellos intentaron hacer lo mismo detrás mío , pero las rubias ya se interponían en su camino . Descaradas por naturaleza , la flaca no tuvo reparos en pegarse como un pulpo en celos al mas alto , mientras la gorda hacía otro tanto con el bajo .

¡Los mafiosos no podían creerlo! Aunque trataron de salvar el escollo con discreción , en vista y consideración del gentío que se arremolinaba mas allá de la mesa y sobretodo de la curiosidad de los empleados del casino que seguían la escena a poca distancia , pronto entendieron que no podían arremeter a cornada limpia contra las dos acosadoras de último minuto .

- Ya lo sabemos todo - le decía la gorda al bajito , aumentando la incertidumbre de los hermanos .

Afuera aguardaba tío Mario con la limosina . No necesitó que le explicara demasiadas cosas para echar a andar el motor y escapar de allí como alma que lleva el diablo , directo al aeropuerto .En el trayecto telefoneé al piloto del *jet* que , hospedado en un hotel cercano a la pista de vuelo , nos esperaba poco después obedientemente junto a la aeromoza desgreñada , arriba de la cabina del aparato .

- ¿Y mis patronas? - me preguntó él , mirándonos con alguna extrañeza .

- Partieron a mediodía en un vuelo regular a Nueva York .

- Ya veo - comentó , creyendo a pie juntillas lo que le decía - ; de manera que nos ha dejado aquí para llevarlo a usted .

No era el tipo de empleado que se atreviera a poner en duda lo que cualquier otro en su lugar, probablemente , hubiera dudado viniendo de un huésped de mi calaña . Debía pensar que yo era una especie de niño mimado de sus jefas o algo así . ¡Ya había visto una muestra de mi ascendencia con ellas arriba de la nave , al fin y al cabo!

- Eso es - le corroboré - y aquí estoy , dispuesto a regresar a la *gran manzana* con mi nuevo amigo . ¡Ya nos cansamos de Las Vegas!

La aeromoza me contempló con visible desencanto . Un comentario como ese le bajaba el apetito sexual a cualquier mujer saludable . Después de todo , su loca conducta en la cabina en el primer viaje , le había surgido frente a la desesperación de ver mis travesuras a través del *ojo de buey* de la puerta , cuando las rubias me “destripaban” como a un pollo en aquella desquiciada orgía de placer.

Ahora me espiaba con indisimulado desprecio . Pero el objetivo estaba cumplido . En cortos segundos la nave se elevó hacia los cielos y la iluminada ciudad del desierto quedó abajo como una estampilla brillante , tendida a la distancia , igual que una ramera siempre insatisfecha .

Tío Mario suspiraba como si lo acabaran de resucitar , semejante a un jilguero recién arrancado de las fauces de un gato . Si embargo , lo mas pintoresco sobrevino en el último tramo del vuelo , cuando escuchamos la radio de la cabina con los chillidos espantosos de las rubias tapizando de groserías los oídos de la incauta pareja de empleados . Por un instante pensé que el piloto abandonaría nuevamente los controles para abalanzarse encima mío furioso . Afortunadamente la morena lo contuvo , a duras penas y permitieron rabiosamente que descendiésemos en la loza de Nueva York .

- Si hubiera contado con suficiente combustible para dar media vuelta , los habría retornado a las manos cariñosas de mis patronas - nos dijo sutilmente el piloto cuando ya rodábamos por el cemento , añadiendo no sin cierta picardía - ; pero ya tendrán lo suyo cuando regresen las señoras ...

¡No quería imaginarlo! De dos hembras como aquellas podía esperar cualquier cosa . Sin embargo, algo me decía que no había faltado al principio mas arraigado de un cubano bien nacido : ¡tenderle la mano a un pariente afligido , aún costa de lo peor! Porque ni siquiera estaba seguro si los problemas acababan de terminarse con el tío Mario .

De hecho , no pude desembarazarme de él . Temblaba todavía como un chiquillo con paludismo y apelando a sus mejores súplicas terminé por aceptar el tener que llevarlo hasta mi apartamento .

- Sólo será por un par de días - me señaló , con ese tonito de ternero mamón que ya comenzaba a aborrecer .

## CAPITULO V

Estaba claro que mis aflicciones , ridículas también , como todo en mi vida , empezaban recién a aflorar . Muy temprano nos despertó un estruendoso golpeteo en la puerta del apartamento .

Tío Mario saltó de mi cama , donde descansaba plácidamente , con ojos de lechuza asustada . Yo hice algo parecido desde el sillón del *living* donde mis piernas de cualquier modo comenzaban a petrificarse . Con dificultad alcancé a echarme encima una bata antes de que la hoja de madera principiara a crujir , acusando que se hallaba a punto de ceder . Cuando la abrí esquivé a tiempo el puñetazo que se me venía encima . ¡Era la gorda que entraba como una tromba!

Corrimos por unos minutos alrededor de la mesa principal del salón hasta que , finalmente , terminó por agotarse . Pero no logré percatarme de la presencia de la flaca si no cuando ya la tenía pegada a una de mis velludas pantorrillas y me hundía sus dientes inmisericordemente . ¡Un perro *bulldog* no lo hubiera hecho mejor! Sólo accedió a soltarme en el instante en que vio que la sangre embadurnaba su blanco rostro!

- ¡Cretino!

- ¡Mal parido! - me gritaba cada una a su tiempo y otras menudencias que no vale la pena repetir .

Después de una larga ensalada de insultos , por fin decidieron calmarse . Entonces se sentaron en el sillón donde hasta hacía poco había estado intentando conciliar el sueño .

Cuando volteé hacia el dormitorio descubrí que mi tío se había esfumado ; aunque alcancé a distinguir un trozo de una de sus manos sobresaliendo desde abajo de la cama . Preferí dejarlo ahí escondido , pensando en lo que podrían haberle hecho ese par de mujeres histéricas .

Pero la adrenalina de las rubias hervía por mi culpa y era contra mi que deseaban descargar su rabia infinita . Debí utilizar mis argucias a prueba de rechazo para tranquilizarlas . Imaginé a mi pariente con la cara aplastada abajo de la cama , donde arrastré cariñosamente al dúo femenino , lanzándolas sobre ella al estilo Rodolfo Valentino . La gorda rebotó con un *retintín* que me sonó a hueso roto familiar . Parecía que las cosas iban a solucionarse , como de costumbre , por la vía mas tradicional .

¡En vano! , porque después de tanta agitación no hallaron nada mejor que largarse a llorar . ¡Parecían dos Magdalena de circo barato! Mojaron los tres pañuelos y la toalla que les fui pasando . Luego de eso , la flaca me preguntó en un tono mas sereno :

- Dinos al menos , ¿por qué lo hiciste? ¿Querías burlarte de nosotras?

Desafortunadamente carecía de explicaciones *razonables* . Así es que una vez mas terminé recurriendo a la mentira .

- Sinceramente creí que esos venezolanos se habían prendado de ustedes y preferí , ¡con el dolor de mi alma! , dejarlas libres de mi presencia en Las Vegas ...

- Y huir en nuestro avión - completó la gorda .

- Me hallaba desconsolado . Difícilmente hubiera podido resistir el espectáculo de ver como ustedes me cambiaban por ellos...

- De cualquier modo los venezolanos estaban mas interesados en saber de ti que de nosotras - comentó la flaca , con innegable malicia , evidenciando que no creía un pelo de aquella explicación absurda

- Así es que les contamos donde vivías . ¿Por qué querrían ellos volver a verte?

- ¿Verme a mi? - tartamudeé , suponiendo que tío Mario escuchaba perfectamente desde abajo de la cama - Seguramente para proponerme algún negocio .

- Probablemente - concluyó la gorda , con la desinteligencia de una mula - o quizás no eran tan machos como se veían y se prendaron de tí . ¡Después de todo , eres capaz de tentar al diablo , *bomboncito!*

- Probablemente - repetí , escondiendo lo mejor que podía la repugnancia que me causaba semejante comentario , anhelando dar por acabado el asunto .

Finalmente las rubias se marcharon . Algo me decía que no las volvería a ver . Estaban demasiado enojadas conmigo y seguramente no descartaban la idea de que yo fuese una suerte de bisexual . Eso , definitivamente , me hacía perder todo encanto delante de ellas .

Pero yo tenía a partir de allí problemas mucho mayores de que preocuparme . Que los Ampuero llegaran en busca de mi tío y mía era apenas cosa de horas , si es que no se hallaban ya en la ciudad camino al apartamento .

Apenas la puerta se cerró tío Mario emergió dando chillidos desde su escondite , todavía con las señas del aplastamiento de la cama en su rostro histérico . Gritaba tanto como las rubias , de manera que preferí cortar por lo sano y lo detuve en mitad del salón con un aplauso sonoro en una de sus mejillas . Después de eso se puso a sollozar , siguiendo involuntariamente la rutina de las que se acababan de ir .

- ¡Es que no sabes de lo que son capaces esos tipos! - exclamó , añadiendo : - Te pueden colgar de las bolas desde arriba del techo y degollarte como a un cordero . Alguien me dijo que en Maracaibo se encargaban en un espectáculo de circo de partir en trozos a las anacondas que les traían de la selva .

Tragué saliva con solo imaginarme la escena . Pensé entonces en pedir ayuda a otros parientes , pero mi miedoso huésped no estuvo de acuerdo :

- ¿Qué les voy a explicar? Después de haberles dicho que era un exitoso dueño de limosinas en La Meca , ¿me tomarán en serio?

En eso tenía razón . Ni siquiera yo estaba seguro todavía de tomarme en serio aquel empalagoso asunto .

De pronto nos interrumpió el *rín rín* del teléfono . Lo levanté con franco recelo hasta que escuché del otro lado de la línea la voz que mas anhelaba escuchar .

- Soy Dina , tu *bomba roja* . Te he llamado insistentemente . ¿Dónde estabas?

- Pues... , en Las Vegas - decidí confesarle .

- ¡Ah , bueno! - comentó ella simplemente , habituada a mi diálogo sincero - Pero ya estás desocupado , ¿no?

- Podría decir que si , a excepción de un pequeño problemita...

- ¿Un problemita? ¡Cuenta conmigo , entonces , para socorrerte!

De súbito aquella voz y aquella disposición honesta , me sonaron en alguna parte estúpida de mi cabeza a tabla de salvación . No entendí como terminé aceptando su ayuda y metiéndola a ella , a la mujer que mas adoraba sobre la faz de la tierra , en semejante enredo . Como fuera , ya el paso estaba dado y apenas colgado el auricular intuí que venía en camino .

Pasado 20 minutos estaba golpeando la puerta del apartamento . Le presenté al tío Mario y la senté a mi lado para explicarle lo mejor que podía el lío en que nos hallábamos .

- ¿Eso es todo? - inquirió ella al final , con su modo nórdico de simplificar las cosas , agregando sin ningún asomo de duda : - Está claro entonces que lo que necesitan ambos es una comitiva de *guardaespaldas* .

- ¿*Guardaespaldas?* - repitió incrédulo mi tío .

- Es mejor que no preguntes - le murmuré al oído . El pareció entender .

De cualquier forma , en toda la maldita ciudad no existía otra persona , a excepción quizás del resto de mi familia , dispuesta a tendernos una mano . Ella , en cambio , se hallaba decidida a enfrentarse con un ejército de mafiosos , de ser necesario , para protegerme .

- Está bien - acepté - , pero , ¿estás segura que podrás con esto tú sola?

- Dije *guardaespaldas* - me corrigió con su sintetismo lacónico de siempre , antes de retirarse resuelta . Desde la puerta me ordenó : - No salgan de aquí por ningún motivo ni le abran a nadie hasta que yo regrese , ¿entendido?

- ¡Entendido! - respondimos a coro .

Nos quedamos en silencio mirándonos las caras , sin comprender lo que planeaba hacer y hubiéramos obedecido su instrucción final sin inconveniente , pero no pasaron 10 minutos antes de que el teléfono sonara de nuevo . Esta vez era una voz ronca , inconfundible , advirtiéndome desde el otro lado de la línea :

- Tienen tres minutos para escapar . Hemos pegado una bomba a la puerta de tu apartamento.

No lo pensé dos veces .

- ¡Corre , tío! ¡Esto va a reventar en unos segundos!

Dicho y hecho . Alcanzamos a ver el gelatinoso aparato adherido a la hoja de madera antes de pisar las escaleras de la bajada de emergencia . Apenas habíamos descendido cuatro pisos cuando escuchamos el estallido . El edificio se tambaleó como una caña de bambú .

Fuimos los primeros residentes en llegar a la calle . Pero allí nos aguardaban los dos venezolanos en un Chevrolet negro con vidrios oscurecidos y una de sus puertas abierta .

- Adelante , caballeros - nos dijo el mas bajo , invitándonos a entrar , mientras dejaba entrever la empuñadura de su pistola sobresaliendo de su cintura .

No necesitamos mas para acceder . Una vez arriba , el automóvil partió como un petardo . El robusto conducía . Su hermano nos apuntaba con un negro cañón desde el asiento delantero .

- Daremos un paseito - nos indicó , al mas puro estilo gansteril .

- Verá usted - intervine yo , intentando arreglar las cosas - , mi tío y yo somos una tumba cuando se trata de guardar secretos .

De inmediato me di cuenta de la metida de pata .

- ¿Ah si? ¿Y cómo es que sabes tú de esos secretos? ¡Por el bocón de tu tío! ¿Pensabas contárselo al resto de tu familia?

- ¡Cómo se le ocurre! - protesté , sintiendo en ese momento que nuevamente se prendía dentro de mi cerebro esa luz de ampolleta trasnochada que caracterizaba mis mas demenciales ideas - Aunque... , pensándolo bien , debemos confesarle algo...

- ¿Confesarnos algo? ¿De qué se trata? - gruñó el robusto , espiándonos por el espejo retrovisor .

- Pues... , que ya se lo hemos contado todo a mi primo Julio .

- ¿Primo Julio? ¿Quién es ese? ¿Dónde podemos hallarlo?

- ¡Al diablo! Tendremos que decirle... - balbuceé , fingiendo estar entregado , mientras le daba un codazo disimulado a mi tío .

- Si , por supuesto - ayudó él , siguiéndome la corriente - ¡Qué otra cosa podemos hacer!

- Bueno ... , lo podemos encontrar en el gimnasio del *Madison* . Julio se dedica a las apuestas de boxeadores . No estamos muy lejos de allí .

- ¿Un cubano en las apuestas de boxeadores en Nueva York? Creí que eso era territorio de los portorriqueños y de los panameños .

- Es que Julio ha sido siempre un apostador solitario . No pertenece a ningún *gremio* , ¿entiende?

- Eso está mejor . Será mas fácil sacarlo de allí . Pero recuerda... , no podrás escaparte de nosotros y cualquier movida falsa que hagas te la premiaremos con un tiro en la cabeza . ¿Te queda claro?

- ¡Muy claro! - contestamos nuevamente a dúo con mi tío .

El gimnasio parecía reventar de gente esa mañana . Había de todo y también , como esperaba, boxeadores de ambos sexos . Un tipo de barba dirigía a dos chicas desde un costado de uno de los cuadriláteros de entrenamiento .

- Ese es un amigo de Julio . Déjenme ir allá y preguntarle por él .

Los venezolanos accedieron de malas ganas . Debieron observar desconfiados cuando me acerqué al sujeto y le dije algo , simulando que lo conocía . En un principio el de la barba me quedó mirando consternado luego de escucharme . Enseguida me hizo un gesto , obedeciendo a mis ojos suplicantes ,

mientras asentía con la cabeza y me hacía saber que comprendía . Le di unas palmadas en la espalda al momento de despedirme de él , aparentando familiaridad .

- Lo siento - les expliqué poco después a los Ampuero - , me dice que esta mañana Julio no viene por acá , pero que podemos encontrarlo en el hipódromo , en la sección de apuestas .

- ¡Cómo! ¿También apuesta a los caballos?

- Por supuesto . Ya les dije que se trataba de un solitario extravagante .

No les mentía esta vez . Mi primo Julio era un adicto a las apuestas del hipódromo . En realidad se lo pasaba el día entero subiendo y bajando desde la banca de las apuestas a las gradas de los espectadores y viceversa . Rara vez ganaba una carrera y compartía su mala suerte con un puñado de hispanos que seguían sus pasos en el mismo lugar .

Mi jugada , de cualquier manera , era desesperada . ¡Ya no me importaba involucrar a mi familia!

## CAPITULO VI

A diferencia del gimnasio , el hipódromo se veía algo escuálido de gente esa mañana , aunque llegamos allí bordeando el mediodía . De no ser por los fanáticos de costumbre que solían esperar las horas de largada de los caballos en las salas de apostadores , el enorme recinto hubiera estado vacío .

No fue difícil distinguir en medio del tumulto de hispanos a mi primo Julio . Con su *guayabera* característica resaltaba entre la veintena de amigos que intercambiaban con él la conversación de rutina . Era como si los caballos formaran parte de su léxico habitual ; todo eso , naturalmente , con un salpicón de groserías provenientes de a lo menos cinco países latinoamericanos . Los argentinos , los panameños y los colombianos , como de costumbre , eran los que mas destacaban .

- ¡Primo Diego! ¡Tío Mario! - exclamó nuestro pariente en cuanto nos vio acercarnos al lado de los venezolanos . Pensó por un momento que andábamos allí interesados en las apuestas .

Así también lo creyeron el resto de sus amigos que nos rodearon como abejorros , cada uno para susurrarnos su mejor consejo :

- ¡El *rayo verde* va seguro!

- ¡A ganador con el *destroyer*!

- ¡Apuéstense al *rambo*!

Una solidaridad desinteresada emergía de lo mas recóndito del corazón de aquellos fanáticos. Yo aproveché la ocasión para deslizarle en una oreja a mi primo :

- No preguntes ; síguenos la corriente y demóranos lo mas que puedas...

El se iluminó de inmediato . Además , la mesa estaba servida ; sólo era cosa de ahondar en el único tema que se balbuceaba allí .

- ¡Bravo por el *escarlata*! - exclamó a propósito , sabiendo de antemano que otro recogería el guante .

Se trataba , ni mas ni menos , que del caballo de controversia y eso pareció desatar la furia de algunos .

-¡No hagan caso a malos consejos , hermanitos! - le gritó un panameño a mis acompañantes ,

enfrascándolos en una agitada discusión .

- Ese burro es una basura - acotó otro , con acento mexicano .

- ¡Un engaño! - chilló un dominicano .

Así estuvieron achacándose acusaciones al vuelo hasta que los venezolanos terminaron por perder la paciencia . El robusto agarró decididamente del brazo a mi primo , al tiempo que lo punzaba con un cañón de pistola disimulado en su chaqueta enroscada .

- ¡Andando , chico! - escuché que le ordenaban , mientras el bajito nos hacía una seña de esas que no convenía desobedecer , al tío y a mi . Enseguida comenzamos a evadirnos de aquel barullo de gentes , sintiendo que mis esperanzas de socorro se esfumaban como los fantasmas de Alan Poe .

- Buen intento - me dijo el bajo , luego de avanzar algunos pasos , dándome a entender que no lo habíamos logrado engañar ni siquiera por un segundo .

Eso los convertía en doblemente peligrosos , pensé . Pero ya no podíamos cambiar nuestro destino . Tampoco la pelirroja daba señales de vida , pese a que le había enviado encarecidamente el mensaje adecuado a través del entrenador del *Madison* . Lo mas probable era que no se hubiera molestado en transmitírselo . ¡Qué diantre! ¡Qué podía hacer una boxeadora , después de todo , contra aquellos mafiosos desalmados!

“A cada uno le llega su hora” , concluí y a estos tres Almagro , aparentemente , estaba a punto de llegarles la suya . Tan cabizbajo iba que no me di cuenta del automóvil descapotado que nos seguía . Tampoco advirtieron su presencia los venezolanos .

Apuntándonos con su pistola , el mas bajo se complacía en mirarnos desde adelante del vehículo con aquella sonrisa de mala muerte que empezaba a detestar en él .

- Ahora sí - nos sentenció con su tonito majadero - , ya podemos terminar con nuestro paseo .

- Además debemos regresar cuanto antes a los negocios de Las Vegas - murmuró el robusto , enfilando hacia los muelles en desuso de la ciudad .

¡La *gran manzana* ofrecía de todo! , pensé funestamente , a medida que el Crevrolet negro se escabullía por entre medio de un laberinto de *container* abandonados .

Se detuvieron en un claro rectangular y desolado , no mas grande que una cancha de *basquetbol* , cercado por aquellos gigantes de metal enmohecidos . Uno de esos rincones neoyorquinos , reflexioné con pesimismo , ideados expresamente para la perpetración de asesinatos .

- Parece un buen lugar - comentó el que hacía de conductor , frenando bruscamente - Ahora no perdamos tiempo . ¡Abajo!

Descendimos los tres con las manos sobre la nuca . Recordé que mi familia había huido de la isla para que no nos volviera a pasar lo mismo en la tierra de las oportunidades . Sin embargo , mafiosos existían en todos lados , deduje , lamentando haber arrastrado a aquel desafortunado desenlace a un tercer integrante de la familia .

En esas cavilaciones estaba , mientras los Ampuero nos acomodaban con una sonrisa en los labios contra uno de los solitarios paredones metálicos , haciendo reminiscencia quizás de aquellos fusilamientos que tanto gustaban a los hijos descarriados de la patria de Miranda desde los albores de la Gran Colombia .

Al bajito , como de costumbre , le encantaba alardear . Así es que hizo varias *piruetas* con su arma como un pistolero del oeste , antes de decidirse por la mano que ocuparía para dispararnos . La izquierda parecía ser su predilecta . Vi como su dedo regordete se posaba sobre el gatillo . Yo era el primero en la mira .

- ¡Carajo! - gruñó de pronto - ; en mi tierra no matamos a ningún hijo de perra sin ofrecerle antes un último deseo . ¿Qué quieres , cubano?

- Pues , no hay cubano que no desee a la hora de morir - señalé convencido - , ¡fumarse un buen habano!

- ¡*Coño!* De esos no traigo ninguno - gimió el bajito , extrayendo de un bolsillo una cajetilla de cigarrillos simples - , pero te puedo ofrecer uno de estos...

- Aunque no es mi marca preferida , lo acepto de buena gana - exclamé , alargando una de mis manos .

No se podía negar que estos hijos de la sabana sabían comportarse como caballeros en la peor de las circunstancias . Sentí que el humo entraba placentero por mi garganta anticipándose a la primera bocanada . ¡Era el cigarrillo mas agradable de mi ridícula vida!

Saboreando esa dicha enorme me hallaba cuando me interrumpió la aparición espectacular de aquellas tres Amazonas desprendidas del mismísimo cielo . ¡La primera en caer desde lo alto fue mi querida pelirroja! Similar a una pantera la vi rebotar sobre la espalda musculosa del robusto , arrancándole de un manotón el arma que portaba , mientras las otras dos aterrizaban igual que cometas provenientes de las techumbres de los *container* , justo arriba del bajito que terminó rodando como una rara albóndiga hasta el lugar donde esparcía yo en ese momento las cenizas de mi cigarrillo.

Lo mejor , sin embargo , sobrevino enseguida cuando los dos hombres sin sus armas en las manos pensaron que iba a ser cosa de juego reducir a sus tres atacantes . El macizo arremetió contra la sueca imitando a un demonio enloquecido , pero la *bomba roja* supo esquivarlo con maestría . Su cintura se movía de un lado a otro , dejando pasar arriba suyo los puñetazos desesperados del mafioso. Luego comenzó a darle su merecido . Primero un par de ganchos , sus predilectos ; enseguida unos rectos a la nariz y finalmente el golpe de gracia en pleno estómago y un “rompe mandíbula” que hizo sonar la quijada del venezolano antes de mandarlo al suelo completamente noqueado .

Con el bajito el cuento parecía todavía mas entretenido . Tuvieron que acorralarlo para obligarlo a dar pelea . Eran tan buenas boxeadoras como la pelirroja . La mas alta , una negra de brazos atemorizantes , se ensañó con una corrida de golpes sobre la nariz del mafioso hasta que un resoplido acusador indicó que el tabique se acababa de partir en dos . La otra , anglosajona de *tomo y lomo* , casi no tuvo oportunidad de castigarlo , aunque alcanzó a cruzarle el rostro con tres o cuatro puñetazos colosales .

El bajo , sin salir de la incredulidad que lo posesionaba , terminó hincándose como un penitente , suplicando por su vida . No porque las boxeadoras quisieran matarlo, ciertamente , sino mas bien porque tenía miedo de morir de vergüenza o algo así . Cuando lo levantaron del suelo todavía gemía igual que un mendigo , temeroso de que lo siguieran aporreando .

Alcancé a darle las últimas chupadas a mi cigarrillo , antes de sentir los brazos de la pelirroja asidos de mi cuello , deseosa de asegurarse de mi buen estado de salud . No sabía en ese momento si agradecerle efusivamente o sentirme abochornado , como los Ampuero ; no obstante , el entusiasmo delirante de mis dos parientes me inclinó en unos segundos por lo primero.

No pude impedir que mis familiares se dieran un gusto mas : rápidamente comenzaron a jalar de las vestimentas de los mafiosos y en cuestión de segundos ya los tenían completamente desnudos.

- Devuélvenos los calzoncillos por lo menos - lloriqueó el fornido que recién recobraba el conocimiento , intentando esconder de la mirada burlona de las chicas sus partes nobles .

- Como gusten - le contestó Julio , tirando las ropas arriba del Chevrolet , al tiempo que se subía a el - ; sólo tienen que venir a rescatarla .

Enseguida echó a andar el vehículo directo al mar . Escuchamos el *splach* de la caída unos segundos después , escabulléndose por entre los *container* que nos tapaban la vista . Luego apareció nuevamente mi primo jugando con la llave del automóvil .

- Eso es de ustedes - les dijo sonriente a los Ampuero , lanzándosela - ¡No tienen mas que ir y sacar sus ropas desde abajo de las aguas!

Allí nos quedaron mirando los dos infelices , como pollos desplumados , mientras nos marchábamos arriba del convertible rojo de Dina . Después de eso , pensé , no tendrían ganas de volver a molestarnos .

## CAPITULO VII

En un par de semanas mi apartamento quedó completamente restaurado y las cosas volvieron a ser igual que antes . Tío Mario tomó su maleta y se fue de viaje nuevamente a otro rincón del país , sempiternamente en busca del vellocino de oro y el primo Julio regresó como si nada hubiera pasado a sus veladas eternas en el hipódromo donde sus amigos hispanos luego de saber los entretelones de su aventura con los mafiosos , decidieron empezar a tratarlo como a un verdadero héroe . En parte porque contó las cosas a su manera y de las boxeadoras , de seguro , poco y nada dijo.

Por mi parte reinicié mi romance a todo vapor con la *bomba roja* y pronto comencé a sentir que , cada vez mas , me costaba permanecer separado de ella . Era algo así como una gran contradicción vital , ridícula para variar ; algo que luchaba dentro de mi cabeza como dos diminutos boxeadores , hasta que aquello terminó pareciéndome una verdadera obsesión .

Lo natural hubiera sido percibir la aparición mas tradicional en esa clase de disputas interna : ¡un ángel y un diablillo! , simbolizando mi conciencia buena y el lado malo de ella . Pero lo que principié a sentir fue la presencia de dos boxeadoras diminutas , no mas grandes que mis dedos meñiques . Ambas emergían de improviso o eso me parecía , revoloteando al lado de mis orejas como dos pulgarcitas bulliciosas ; aunque no podía ser de otra manera , deduje , considerando que me había enamorado de una peleadora de los cuadriláteros .

El amor no es sino una obsesión rara , tan adictiva y encadenante como las mismísimas drogas . Alguien lo había dicho por ahí .

Un lado de mi , el de la pulgarcita buena , me empujaba decididamente hacia el rincón mas acogedor del *ring* . La traviesa , no obstante , no cesaba de aconsejarme maliciosamente , instándome sobretodo a no dejar de lado aquel pícaro oficio que llenaba con tanta facilidad mis codiciosos bolsillos .

Eso último fue , aparentemente lo que me impulsó en el último minuto a volver a las andanzas de costumbre antes de terminado aquel mes . Ya empezaba a caer el otoño sobre Nueva York y las hojas en los parques se descolgaban de los árboles que algunas semanas atrás regocijaban a los transeúntes con su espléndido follaje .

De manera que había que pensar en concurrir a lugares mas cerrados , en busca de mis víctimas habituales . *Broadway* , en la nueva temporada , parecía ser el lugar propicio y ahí estaba yo a comienzos de la estación , sentado en primera fila , vestido de *smoking* , erguido como un pavo real .

No se iniciaba el espectáculo todavía cuando noté las miradas de mis pretendientes . La mas interesante , sin embargo , me espiaba desde un palco con unos binoculares forrados en diamantes . Era una trigueña de enormes ojos verdes . La acompañaba un elegante caballero de cabellos canos que parecía contemplarlo todo con inalterable petulancia arriba de su respingada nariz .

Aguardé el intermedio para acercarme a ella o... mejor dicho , para dejar que ella lo hiciera . A decir verdad , se abrió camino como una diosa por entre un manojo de damiselas mas y menos elegantes que comenzaban a pulular alrededor mío mientras encendía un habano .

- Mi nombre es Clara - me dijo la cuarentona , extendiéndome una mano sin rodeos .

- El mío Diego Almagro - le respondí besando sus nudillos rosados y los exquisitos anillos que los adornaban .

Lo demás fue irse por un tubo . Incluso cayó en la desvergüenza de presentarme a su marido , aunque entendí tan claro como el nombre de ella , el trasfondo de aquella relación . Me bastó observar la perfecta indiferencia que caracterizaba , aparentemente , la mirada del sesentón cada vez que se cruzaban frente a él un par de caderas voluptuosas . No era , sin embargo , un homosexual , ni un bisexual... ; aposté mas bien a una disfunción eréctil . ¡Y no me equivocaba! Existía entre ambos un acuerdo implícito donde entraba la mas plena libertad de elección por parte de ella a la hora de inclinarse por un amante .

No es que fuese una mujer promiscua o algo por el estilo .

- Reconozco a un *gígolo* a la distancia - me señaló , con una coquetería encantadora - y aunque he tenido comiendo en mi mano a los mejores , creo que tu eres el maestro de maestros .

Se trataba de un cumplido sin precedentes y lo recogí con franca vanidad masculina .

Esa noche me fui con ellos arriba del *Jaguar* que los aguardaba afuera . Era una limosina espléndida . Antes de dirigirnos a su mansión pasamos por la Sexta Avenida y nos detuvimos en el local nocturno mas lujoso del lugar . Nos esperaba un espectáculo soberbio , parecido al *Can Can* y uno que otro cantante de moda de color que supo deleitarnos con una música agradable .

El magnate seguía contemplándolo todo con su increíble parsimonia . Ella , en cambio , no me quitaba los ojos de encima , como si yo fuese una especie de postre exótico . Algo a lo que , por lo demás , ya estaba acostumbrado . No conversamos muchas cosas ; quizás porque yo lo evitaba o porque conocía mis falencias culturales . Si bien había aprendido bastante durante aquel último tiempo y entendía por lo menos, lo que era conducirse educada y elegantemente . Mi “maestría”, en todo caso , se escondía detrás de aquel encanto inexplicable que parecía despertar en todo tipo de mujeres... , que no fueran de mi edad , como era sabido . No comprendía todo aquello , simplemente , pero ahí estaba , ocurriendo impajaritadamente y resultaba ser una clase de realidad que no deseaba por nada del mundo en ese momento modificar .

Nos dirigimos a la mansión de Clara y su esposo , el magnate , pasado las tres de la madrugada . Se trataba de uno de esos palacios extraños levantados en los años veinte por los primeros ricos de *Manhattan* , matizado con parques interminables que lo dejaban a uno finalmente enfrentado con un gigantesco umbral de columnas .

Entrados al vestíbulo el millonario se despidió cortésmente de mi , guiñándole extrañamente un ojo a su bella cónyuge . Ella ni siquiera se molestó en responderle . Enseguida me condujo por una escala de caracol hasta una *suite* en el tercer piso donde nos esperaba un extenso salón dormitorio .

Allí , al borde de una chimenea a fuego lento , bebimos una última copa de vino de antigua cosecha y un broche de oro con un *champaigne* auténticamente francés . Ella no terminó el suyo porque comenzó a derramárselo cuidadosamente , parada frente a mi , por el escote .

Noté que la humedad se evaporaba a través de su delgado vestido , desde su vientre árabe y su pubis sibilino . Gordo y bien delineado , alcancé a distinguir sus discretos vellos ensortijados antes que comenzara a desvestirse . Enseguida me quedó mirando , siempre de pie con su encaje fascinante , invitándome a hacer mi trabajo .

Le arranqué las dos prendas interiores con los dientes , sin dañar el delicado paño , tal como ella esperaba . Luego me abalancé tiernamente sobre su espalda , dispuesto a recorrerla centímetro a centímetro , sin permitirle todavía adoptar una postura definitiva . Ella disfrutó estoica el cuarto de hora que ocupé en urgar su cuerpo , sólo para reconocerla , antes de apretar con mi pecho desnudo sus nalgas y levantarla lentamente en andas para llevarla hasta la cama .

Creo que esa noche me comporté a la altura de las expectativas de la trigueña . Lo supe por su mirada de diosa agradecida , cuando cerca del mediodía siguiente llamó por citófono a la criada para el desayuno . Yo me despedí poco después , luego de recibir de sus manos un apetecible cheque adornado con una hilera de ceros .

- ¡Bravo! - exclamó ella , en el instante en que alcanzaba la puerta , repitiéndome aquella frase loca que despertaba todo mi orgullo : - ¡Maestro de maestros!

No olvidé dejar sobre una de las mesas mi tarjeta . Probablemente volvería a solicitar mis servicios . Enseguida regresé a mi apartamento arriba de una segunda limosina que aguardaba por mi a la salida del vestíbulo .

Todo me había parecido absolutamente *normal* , para expresarlo de algún modo . De hecho , dos noches después repetí la escena con otra millonaria y una semana mas tarde con una tercera y una cuarta . Unicamente las diferenciaba de la primera que se trataba de mujeres separadas o viudas y que, debo reconocerlo , no me parecieron tan espléndidas como Clara .

En medio de todo eso , me di tiempo un par de veces para pasar una tarde y una noche con Dina , la *bomba roja* que una vez mas no se molestó en preguntarme por mis andanzas *profesionales* .

- En tanto no me falles ... - me comentó sencillamente en la última cita , dándome a entender que podía perdonarme cualquier cosa menos un descenso en mi fogosidad .

No pensé en eso siquiera , a excepción del día en que me topé en casa de mi primo Diego - uno de ellos - con el *dios París* . Estaba visiblemente apesadumbrado .

- ¿Tan malo es lo que te ocurre? - le pregunté , lleno de curiosidad .

- Lo peor que puede pasarle a un espécimen de nuestras características .

- ¿A tí y a mi te refieres?

- Por supuesto . Dime , ¿qué puede hacer un *gígolo* que ha perdido el mas importante de sus encantos?

No necesitó explicarme el resto ni tampoco darme detalles de como había ocurrido . Era un absurdo mas de cuantos me tocaba conocer . Simplemente de la noche a la mañana había amanecido sin energías , como el motor de un poderoso Cadillac sin combustible . ¡La impotencia acababa de poner sus pies en la sepultura! Al menos así lo veía él y creí entenderlo a la perfección .

Recordé pasajeramente al esposo de Clara y también la advertencia de la *bomba roja* . ¡Pero eso no podía ocurrirme a mi! ¡No al rey de los *gígolos* , al maestro de maestros!... ¿O si?

## CAPITULO VIII

Al fin de cuentas , me conformé pensando , el troyano *París* nunca había sido un dios , sino un mortal capaz de enamorarse y también de raptar a una mujer por amor - Elena - y eso no lo hubiera hecho un verdadero *gígolo* .

Entre el *dios París* neoyorquino y yo prevalecía una desventaja de diez a uno y no tenía porque ocurrirme lo que le ocurría a él . Esto de ser un *latín love* , concluí , no era como jubilarse de futbolista , mucho antes de los 50 . Nuestro *oficio* daba para mucho mas , si de alguna manera se sabía hacer perdurar en las venas la magia de Dorian Grey . Así es que dejé de preocuparme por el asunto y a sentir vanidosamente que si se trataba de encantos masculinos , los míos serían eternos . ¡Narciso no lo hubiera visto de diferente manera!

Pero me esperaba en el recodo absurdo de mi destino una sorpresa mayúscula . Ni siquiera advertí la jugada .

Sucedió la noche en que Clara y su marido me invitaron a cenar a su mansión . Esta vez el mismísimo magnate las ofició de anfitrión y salió a saludarme al recibidor vestido de etiqueta , como si fuese yo un embajador extranjero . Incluso tuvo la deferencia de coger el abrigo que me cubría y enseguida me

condujo a una de las mejores salas de invitados . Deduje que su esposa estaba aún embelleciéndose y nada despertó mis sospechas .

- Debo reconocer que no habla de otra cosa sino de usted - me comentó él , dejando entrever un acento malicioso que por primera vez comenzó a llamar mi atención . Era el acento de la envidia y en el idioma en que me hubiera hablado , lo habría percibido .

- ¿A qué se refiere? - lo inquirí , fingiendo no darme cuenta .

- ¡A mi esposa , por supuesto! Usted ha calado profundo en su cerebro caprichoso .

- ¿Qué quiere decir exactamente?

- Pues , que no es usted la primera aventura de su vida y sin embargo no cesa de pensar en su persona y eso... - Fue una pausa muy significativa - no resulta conveniente en una mujer de su posición social - Enseguida , casi en susurro , agregó : - De manera que estoy dispuesto a ofrecerle algo...

- ¿Algo? ¿A cambio de qué?

- Dólares , naturalmente . ¡Muchos dólares! A cambio de que me prometa no verla mas .

Debí tender mis manos y marcharme , simplemente , con el abultado cheque que principiaba a escribir . Pero una tozudez inexplicable surgió de alguna parte de mi estructura isleña :

- Lo siento - le dije con voz solemne - , pero esa clase de solicitud tengo que escucharla de ella.

- ¿Está demente? - chilló el magnate , arrepintiéndose enseguida de su descompostura . No valía la pena perder la cordura ni la elegancia por un espécimen de mi categoría social . Eso debía estar pensando . Así es que intentó de otro modo : - Ni siquiera se ha molestado usted en examinar la cifra . Estoy seguro que le complacerá .

- Es muy probable - convine con él , añadiendo de inmediato : - ; sin embargo , aunque usted no lo crea , individuos de mi calaña también poseen un mínimo sentido del honor .

- ¿Honor? ¿En su situación? ¿Aquí , en mi casa , delante del esposo de una mujer que lo solicita como amante? ¡Eso es absurdo!

- Absurdo o no , es lo que he decidido . Si ella me lo pide saldré por la puerta sin que usted ni nadie tenga que inquietarse con darme una suma extra por eso . ¡No cobro por ser despedido!

Observé como empuñaba las manos y se disponía a lanzarme una andanada de insultos , deseoso de dejarse llevar por la ira . Pero entonces algo lo contuvo nuevamente . Era como si de pronto recordara una segunda fórmula para deshacerse de mi . No pude , de cualquier modo , averiguar mas , porque en ese instante llegaba al salón su cónyuge .

¡Lucía espléndida! y lo mejor de todo es que se había estado embelleciendo exhaustivamente...para mi . Frente a ella el millonario tomaba la actitud de un felino domesticado . Por alguna razón extraña no se atrevía por nada del mundo a contradecirla en lo mas mínimo , como si estuviera en presencia de una diosa y él fuese un esclavo incondicional de sus encantos . ¡Aunque no pudiera complacerla en lo que más él hubiera deseado!

Cenamos una corrida de platos exquisitos . Una merienda de lujo , sustraída de las extravagancias de un ágape persa . Quizás por eso no me extrañó cuando el anfitrión , desplazando a un lado al *barman* que aguardaba por sus órdenes detrás de un sofisticado bar , ofreció “complacernos con un refresco para el paladar” . Fue lo que dijo , refiriéndose al tipo de aperitivo que , arremagándose los brazos siúticamente , insistió en prepararnos .

Tardó un poco en regresar a la mesa con su “obsequio” y , para ser sincero , no presté ninguna atención al conjunto de batidos que hizo antes de conseguir aquella pócima sublime . Eran dos combinaciones de licores deliciosos , cada uno de distinto sabor y coloración , para ella y para mi . Clara se lo agradeció con un guiño cautivante . Yo , simplemente , con un saludo de caballero , pensando que con eso quedaba olvidado nuestro desacuerdo anterior .

El millonario nos miraba rebosante , sobretudo en los momentos en que el sabroso líquido se deslizaba por mi garganta luego de hacer temblar de gozo a mi caprichoso paladar caribeño . ¡Se trataba , después de todo , de una de las mezclas mas dulces y aromáticas que me había tocado probar!

También fue la señal para despedirnos . Ella se puso de pie y sin olvidar darle las buenas noches a nuestro inusual *barman* , me invitó a seguirla con una refinada expresión . Yo lo hice maravillado , petrificado con el ritmo de sus redondos glúteos dibujados armoniosamente a través de su exótico vestido . Eran los suyos unos pasitos cortos y perfectamente medidos , pensados a propósito , si se podía decir , para enardecer de pasión al lobo mas experimentado .

Ni siquiera me di tiempo para percatarme de la sonrisa misteriosa que me enviaba mi anfitrión mientras me retiraba del comedor . Clara me guió , con la misma coquetería de siempre , hasta el cálido dormitorio del tercer piso . Allí , como la vez anterior , sirvió dos copas y la segunda nuevamente la derramó deliciosamente por entre su escote . Yo saboreé la escena sin apuro , disponiéndome a hacer mi *trabajo* lo mejor posible .

Comencé a recorrerla palmo a palmo , endulzando con su piel mi lengua y deteniéndome cuidadosamente en cada hondonada de sus valles maravillosos . Olía y sabía , como recordaba perfectamente , a distintas cosas en los variados recodos de su cuerpo . ¡Algo indescriptible! ¡Un placer del Olimpo!

Entonces quise estrecharla , suavemente , en un principio . ¡Pero algo anormal estaba ocurriendo! Discretamente descendí con una de mis manos para cerciorarme... ¡No me equivocaba! Era algo así como si el proceso de la excitación se hubiera quedado atascado en mi mente , sin lograr bajar a la parte que mas lloraba su falta en mi cuerpo . Deseaba cambiar eso , ¡desesperadamente! Sin embargo , aquel bastión preciso , exactísimo , de mi estructura masculina parecía dormir el sueño invernal de un oso . “¿Por qué?” , me pregunté , sintiendo como el sudor empezaba a empaparme .

¿Qué podía hacer? Tal vez faltaba desnudarme . Lo hice a duras penas , como un payaso al que le cuesta despojarse de su disfraz . Ahora ella me observaba tibiamente , bullendo algunas sospechas en su cerebro . Cuando por fin cayó el diminuto calzoncillo de *tela leopardo* , la triste verdad se hizo evidente . ¡Me hallaba muerto como un cadáver sepulto! ¡Como debió haber sentido Herodes cuando vio los primeros gusanos que empezaban a roerle el miembro! Yo me sentía dos veces peor que él .

Sobretudo porque ni siquiera remotamente me imaginaba la causa de aquel terrible contratiempo y mucho menos cuanto , exactamente , podía durar . De cualquier modo , era un hecho que Clara no se hallaba dispuesta en absoluto a esperar el fin de mi odisea .

- ¿Eso es todo lo que tienes para ofrecerme? - me interrogó con una vocecilla que no podría olvidar hasta el día de mi entierro que , por alguna razón explicable , hubiera deseado sufrir en ese mismísimo segundo .

- No entiendo lo que está pasando - le contesté , gimiendo como un ternero asustado .

- ¿Qué quieres decir? ¿Qué no te conoces a ti mismo? ¿No eres , acaso , un *profesional*? - contraatacó ella cada vez mas cargada de ira , mientras cogía una elegante bata de levantar y cubría su cuerpo a manera de desaire . Unos segundos después , asiendo mis ropas esparcidas por el suelo , incluidos mis gloriosos calzoncillos , me los disparaba encima , terminando de modificar definitivamente el tono de su voz : - ¡Maldito perro! ; ¡a mi nadie me humilla así!

No percibí muy bien la rabia en el instante en que se acumulaba en sus ojos , como un alud , al principio . Pero enseguida terminó siendo evidente , cuando la vi correr hacia un rincón de la sala y desde allí ensayar puntería con un hermoso jarrón de porcelana fina . Sus cabellos se acababan de desordenar grotescamente alrededor de su cabeza y no faltó la ocasión en que me pareció verla salpicada de serpientes emergiendo desde sus parietales , como aquella mujer de la mitología griega . Su elegancia tradicional y exquisita se había desvanecido por arte de magia y , de pronto , no la encontraba distinta a las prostitutas que pululaban en *Brooklyn* .

- ¡A mi ningún hijo de marrana me desprecia de esa manera! ; ¿entiendes? - gritó , lanzándome la preciosa pieza , al tiempo que yo intentaba huir con una pierna metida en mi pantalón y la otra con el calzoncillo enredado a la altura de la pantorrilla . En ese estado calamitoso esquivé milagrosamente el proyectil que , para colmo de males , terminó haciendo añicos el gigantesco espejo del tocador que estaba a mis espaldas . Pude ver con dificultad por entre el resto de las ropas que colgaban en mi cuello , mientras corría , otros objetos igualmente valiosos volando cerca de mi cabeza . ¡Su puntería era atroz!

Antes de alcanzar la puerta sentí el impacto de un secador de cabellos estallando a dos centímetros de mi nariz . Pero el castigo no finalizaba . Tuve que saltar en *zig zag* y algunos tramos rodando igual que una pelota , escalas abajo , ínterin la enfurecida mujer me lanzaba la batería interminable de aparatos que iba encontrando a su paso . Debió intentarlo a lo menos con cinco jarrones mas , algunas sillas del barroco y una que otra imitación de las esculturas de Botero . Afortunadamente en lo que concernía a éstas últimas , de las cuales mis anfitriones parecían ser sinceros admiradores , se hallaban hechas en tamaños razonables . Aún así no faltó la “gorda” que me dio de lleno en plena cabeza , rebotando como un gracioso balón después de asegurarse de levantar sobre mi cuero cabelludo un hematoma de volumen considerable .

Conseguí tantear el desastre sobre la nuca cuando por fin pude palparme afuera de la mansión donde llegué a duras penas , antes de largarme a correr como un conejo por el césped que se extendía hasta

los distantes cercos que me separaban de la calle . Aunque ni siquiera aquella loca maratón logró librarme de los perros que , súbitamente , alguien azuzó a mis espaldas para hacerme recordar que todavía me hallaba en propiedad privada y hostil .

Me atrevería a aseverar que escuché en medio de aquel barullo la vocecilla feliz del magnate que probablemente aguardaba confiado la hora de mi salida de emergencia con sus perros a la zaga , deseoso de desquitarse conmigo con un broche de oro . Era la prueba mas inequívoca que todo había salido a pedir de boca o según sus planes...

## **CAPITULO IX**

Camino a mi apartamento esa noche , mientras terminaba de acomodarme las últimas prendas de vestir y palpaba nuevamente los hematomas en mi cabeza , intenté deducir qué tipo de pócima me había dado a ingerir ese maldito bribón . No obstante , a toda vista se trataba de una empresa digna de Sherlock Holmes .

En algún momento me parecía recordar que Clara me había hablado de intereses comerciales que su marido tenía en Haití . De ahí al *vudú* y a las mezclas mas insospechadas distaba apenas un paso , concluí , sin poder responder la duda que mas me atormentaba : “¿Cuánto duraría el maleficio?” .

Para colmo de males , en la carrera acababa de extraviar mi billetera , contando el dinero que portaba y todos mis documentos personales . Quise detener un taxi , pero los conductores al ver mi deplorable estado prefirieron seguir de largo . Sumamente molesto por eso intenté cortarle el paso al siguiente y obligarlo a parar . No obstante no resultó ser una buena idea porque terminé equivocándome de vehículo . Lo supe cuando vi descender a un negro gigante desde un carro policial .

Antes de subirme esposado al asiento enrejado , me hizo caminar como un equilibrista por el borde de la acera y aletear como los pájaros para verificar mi estado de temperancia . Entonces , teniendo en cuenta la ausencia de documentos identificatorios , comenzó a sospechar lo peor : ¡que yo era un *ilegal!* Después de todo , a los policías de color les encantaba deducir ese tipo de cosas de cualquier ciudadano con el mas leve acento castellano ; así es que me llevó directo a la oficina de inmigración , donde me dejó en manos de dos agentes sacados de *Miami Beach* dispuestos a descartarlo todo de la manera menos cordial posible y la mas demorosa también .

Como no quería involucrar nuevamente en este sinsabor a los miembros de mi familia , pedí que llamaran a mi ángel de la guardia : ¡la *bomba roja!* Uno de los agentes era un admirador sincero de ella y apenas la vio llegar con dificultad logró contener la baba que empezaba a caer desde su boca, incrédulo todavía de que una mujer tan fascinante pudiera interesarse en mi .

Dina , por su parte , estaba dispuesta a socorrerme en cualquier circunstancia . ¡Era un carro de todo terreno! Lo sabía muy bien . De modo que después de examinar mis abultados hematomas y poco deseosa , como de costumbre , de querer indagar acerca de mi intimidad con otras mujeres , me preguntó derechamente como podía ayudarme . Debió ir y venir dos veces de mi apartamento para traer algunos documentos que acreditaran mi condición de ciudadano estadounidense y además , otorgarle una especie de declaración jurada sobre mi buen comportamiento a mis dudosos aprehensores. Finalmente , cerca del amanecer me permitieron retirarme del brazo de mi admirable rescatadora , justo cuando comenzaba a perder la paciencia y sentía que las manos se me abarrotaban dentro de los bolsillos de los pantalones . ¡Un minuto mas y arremeto de puñetas contra aquellos dos gorilas!

Los cubanos , al fin de cuentas , éramos en extremo sensibles a cualquier signo de opresión . ¡De eso tenían harto nuestros compatriotas en la isla!

Pero una vez que estuve en la calle de nuevo arriba del mullido convertible rojo de la sueca , la calma pareció regresar a mi corazoncito sobresaltado . Dina prefirió conducir en silencio; sin embargo , cuando tomábamos la Décima Avenida , tuvo una loca idea que alcancé a recoger al vuelo en su mirada apenas noté que cambiaba de ruta .

Quise protestar , pero sentí que no tenía derecho a ello . Quince minutos mas tarde nos revolcábamos sobre la cama de agua de su dormitorio . ¡Para mi esa era la hora de la verdad!

Me pareció por un momento que todo iba a andar sobre ruedas ; sólo que ... se trataba únicamente de la lluvia tibia que precede a la gran tormenta . ¡Por mas que lo intentara , estaba claro que me habían arrancado la potencia viril de cuajo , como si un machete invisible hubiera partido en dos mi caña de azúcar! Aunque estaba allí , como testimonio muerto de mi total desgracia... Dina lo notó casi instintivamente y luego tuvo tiempo de confirmarlo en el destello angustiado de mis pupilas desencajadas .

Estuvo sosteniendo mi mirada durante largos minutos , con su roja cabellera desparramada sobre la almohada . Luego , con esa naturaleza práctica que caracterizaba su raza , me dijo :

- No te preocupes , debe ser algo pasajero .

“¿Lo era?” , me pregunté por tercera vez , involuntariamente . Por lo menos no debía sufrir ahora una reacción histérica de la mujer a quien menos deseaba desairar . La que mas me importaba y también la mas apasionada de todas .

Sin embargo , su pasión era aparentemente tan grande como su comprensión sencilla e indeclinable . Quizás a la altura del cariño inexplicable que me profesaba . Algo que sobrepasaba con holgura la atracción desenfrenada y animal que había creído por un instante la única atadura que nos unía . ¡Pero qué sabe un hombre de una mujer , al fin y al cabo!

En fin , se trataba de sentimientos nuevos que mi cabeza de chorlito principiaba recién a experimentar . Sin quererlo y siguiendo mi *sino* ridículo , me puse a llorar al lado de ella . Sólo pude recobrar la calma cuando su pesado puño me devolvió la cordura con un cariñoso golpecito en la quijada .

- ¡*Nockout!* - murmuró , largándome la mejor de sus sonrisas , añadiendo enseguida con sentido de humor nórdico : - Tendrás que conformarte con guiñarles el ojo .

- ¡Y yo que me creía el rey de los *gícolo*! - exclamé , sintiendo que recobraba por lo menos el buen ánimo .

- Lo sigues siendo - ratificó ella , buscando estimular mi ego - ; sólo tienes que recuperar lo que te han robado...

- ¿Qué quieres decir?

- Que debemos averiguar que te hicieron para saber como revertirlo .

- ¿Me estás diciendo que me ayudarás a hacerlo?

- ¡No me lo perdería por nada del mundo! Ya sabes que me gustan los doce *rounds* y aquí te has tirado a la lona apenas en el primero . ¡Peleeemos juntos y veamos que podemos lograr!

Sentí que un torrente de entusiasmo me inundaba el pecho . ¡Ahora entendía cual era la clave del éxito de aquella boxeadora que no se dejaba avasallar por ningún tipo de dificultad! ¿No había hecho lo mismo , acaso , mi presunto antepasado , el descubridor de Chile? No en vano había leído que en su última batalla contra el ejército de su ex socio , Francisco Pizarro , contempló el fragor de la lucha sobre una cama portátil donde lo tenía recluido... ¡la sífilis! Recuerdo inapropiado para ese momento en todo caso , porque también revelaba un antecedente desastroso , ni mas ni menos que en el origen de mi familia , en relación directa con el uso y abuso de la masculinidad .

¿No se había sentido a lo mejor don Diego de Almagro , el conquistador , una suerte de *gícolo*? Aunque había perdido un ojo en su paso por la tierra colombiana y algunos historiadores se referían a él como un individuo bastante feo , nadie niega que cuando cruzó la cordillera de Los Andes rumbo a Chile iba acompañado por una negra espectacular montada en un corcel blanco . Y , aparentemente , no se trataba de la única mujer exótica que lo asistía ... Pero no era el momento para ahondar en conjeturas históricas , sino de atender los planes que reservaba para mi la *bomba roja* .

- Esto es lo que haremos ... - me dijo enseguida , inclinándose sobre uno de mis oídos , simulando una reunión de *cortapalos* .

Luego de escucharla , sin embargo , me pareció razonable , así es que no tardé en darle luz verde al asunto . No era en realidad un plan brillante , pero algo me decía que no contábamos con demasiadas alternativas .

Al día siguiente muy temprano estaba estacionado dentro del convertible rojo , junto a ella , a media cuadra de la mansión de Clara . Con la capota cerrada , sentimos los primeros copos de nieve de la temporada cayendo sobre el techo mientras aguardábamos por la salida del millonario .

Emergió por el portón principal dos horas después arriba de una de sus limosinas , guiada por un chofer . Se desplazaba rápido y en pocos minutos pasaban el puente y se adentraban en las arterias mas concurridas de la *gran manzana* .

Se detuvieron frente a un edificio gigantesco , no muy lejos del Ayuntamiento . Allí la pelirroja dejó en mis manos el volante y se largó a pie detrás del magnate . Luego de algunos minutos regresó con novedades :

- Ese es su cuartel general ; una empresa importadora . Trabaja con haitianos y tiene su oficina en el octavo piso ; su nombre es Richard Evans...

- ¿Qué piensas hacer ahora? - interrumpí , nervioso .

- Tenderle el *cebo* - me indicó ella , misteriosa . Acto seguido , extrayendo de la guantera del automóvil su celular , marcó un número - ¡Hola! - saludó gentilmente , en un tono afrancesado perfecto - , soy Helen Petit y tengo negocios que discutir con el señor Evans .

No tardó mucho la secretaria en pasarla con el importador .

- ¡Que tal , *monseur* Evans! - la escuché exclamar con una confianza admirable en lo que estaba haciendo - ; tengo negocios con los Duvaliers en París y ellos me pidieron hablar con usted algunos asuntos interesantes ...

- ¿Con los Duvaliers? - alcancé a oír la voz del magnate preguntando , aprovechando que Dina acercaba a propósito su cabeza a la mía .

- Los mismos que visten y calzan ; los herederos del rey , como usted sabe . Están deseosos de intercambiar algunas joyas de la corona con usted... , a cambio de algunos favores . Nada que sea conveniente de hablar por este medio , de cualquier modo . Para eso hace falta que nos veamos personalmente .

La cita quedó pactada al mediodía , en un restaurante de la misma avenida donde nos hallábamos .

- Antes de eso - me advirtió ella - debemos alterar tu apariencia , a menos que quieras perderte lo que viene...

- ¡Ni muerto! - protesté , dispuesto a obedecerla a pie juntillas .

Así es que nos marchamos aprisa a una tienda de *caracterizaciones* . Allí me probé algunas barbas postizas y un par de bigotes . Una de las primeras , finalmente , fue la decisión de Dina . Era una selva de pelos rizados del color de mis cabellos que disimulaba admirablemente las facciones de mi rostro .

- ¡Bien , muy bien! - aprobó ella - Ahora falta algo mas ; quizás un bastón o una pipa y asunto terminado .

Acabé con un bastoncito elegante en las manos , un par de lentes de vidrio grueso , un cojeo discreto y un vestón escocés que me daba la apariencia de un *gentleman* recién llegado de Londres .

- A contar de ahora te llamas Tímoty Clide y eres un negociador internacional de *ámbar* . ¿Sabes algo acerca de eso?

- Muy poco .

- No importa . Tan sólo sígueme la corriente y dime a todo que sí , ¿entiendes?

Hasta ese momento íbamos bien , pensé , recordando lo del pavo que decía lo mismo mientras metían lentamente su cabeza dentro del horno . ¡Aunque confiaba ciegamente en mi *bomba roja*!

## CAPITULO X

Puntualmente al mediodía nos hallábamos sentados en el restaurante de la cita almorzando frente al esposo de Clara . Dina me presentó sin despertar en el magnate ningún tipo de sospechas . Aunque sirvió bastante el fingimiento de mi acento londinense .

- Un inglés metido en los negocios de la familia Duvaliers... ¡Vaya , vaya - comentó con cierta ironía nuestro invitado .

- Cuando de trata del *ámbar* dominicano... - repliqué , para convencerlo , largando todo lo que sabía de aquellas extrañas joyas .

- Eso es precisamente lo que mas me llama la atención . Si el *ámbar* es dominicano , ¿qué diablos tiene que ver en esto Haití , un inglés y los Duvaliers? - inquirió él , levantando una ceja .

- Ya sabe - intervino Dina , justo a tiempo - , una buena parte de ese *ámbar* se trafica a través de Puerto Príncipe ; algo de ese negocio se encuentra en manos de londinenses y las mejores joyas de los Duvaliers fueron piezas de *ambar* prehistórico...

- ¿Ese que trae los insectos del *jurassic park*? - preguntó el canoso , mas convencido .

- ¡Ese mismo! - exclamé yo , disimulando mi ignorancia en el asunto .

- Pues... ¿y cómo encaja *Baby Doc* en esto? - contraatacó nuestro interpelado .

- ¿*Baby Doc*?

- ¡El hijo de *Papá Doc*! - me aclaró él , alzando por segunda vez una ceja y añadiendo enseguida : - El viejo Duvaliers murió hace años . Me imagino que ustedes hacen negocios con Jean Claude ¿No es ese el que está en Francia?

- ¡Sí , por supuesto! - se apresuró a confirmar la falsa parisina - Es con sus allegados mas inmediatos con los que hacemos negocios .

- ¿Sus allegados?

- Algunos *tontons macoutes* que todavía acompañan a la familia - aseveró ella .

- Creí que habían desaparecido todos .

- Ya ve que no es así - cooperé - ; la *fauna* de los Duvaliers no se ha extinguido y ahora quieren saber de usted .

- ¿De mi? - preguntó atemorizado , tragándose por fin el anzuelo .

- Exactamente . Se hallan molestos porque usted les ha traído unos *curanderos* importantes desde Puerto Príncipe .

- ¿Se refiere a *Mamá Dolly*? Sólo me acompaña ocasionalmente en Nueva York .

- Para los *tontons macoutes* ha sido algo muy ofensivo - insistió Dina - , pero quieren subsanarlo de manera amistosa . Piensan pasarle los derechos del tráfico de *ámbar* dominicano , si usted les hace el favor de regresar de inmediato a Puerto Príncipe a *Mamá Dolly* . De lo contrario...

- De lo contrario... , ¿qué?

- De lo contrario se enojarán mucho y usted perderá el negocio mas importante de su vida - le dije , sin perder mi refinamiento londinense .

Pero él arremetió de nuevo :

- ¿Y qué podrían hacerme? Desde que llevamos a Aristide de vuelta a Haití , poseo grandes influencias... El mismísimo Cédras comerciaba conmigo , ¿lo sabían? El actual Presidente incluso está intentando traer extraditado a Jean Claude desde Francia . ¿A qué podría temerle , entonces?

- ¡A los *tontons macoutes*! Duvaliers los tiene a montones todavía diseminados por París y los envía a cualquier rincón del planeta a asesinar a quienes lo contrarían , como si fueran avispas .

Eso me salió muy bien .

- Pueden aparecer mañana mismo en *Manhattan* , para rebanarle un testículo - agregué gustoso , viendo como comenzaba a temblar - ¿Se arriesgaría a todo eso para mantener a su lado a una sacerdotisa *vudú*? ...Cuando sólo es una brujita del país de *Hoz* de tercera categoría .

- ¿De tercera? - protestó el magnate - ¡*Mamá Dolly* es la hechicera mas cotizada de todo Haití! Por eso es que Jean Claude quiere regresarla a la isla , de seguro . Le teme a que aparezca con sus hechizos subrepticamente en su villa francesa , enfriándole los genitales , enviada por Aristide .

- ¿Los genitales? - pregunté ansioso .

- Es su especialidad - explicó él - La traje a Nueva York , engañada , para que me curara de un maleficio anterior hecho por otra hechicera en Puerto Príncipe .

- ¿Quiere decir que usted...? - lo interrogó la pelirroja .

El magnate le contestó sin esconder la tristeza enorme que lo poseía al hablar de aquel punto:

- Así es . ¡Me dejaron impotente! Dicen que el encargo lo hizo un importador de la competencia .  
- ¿Y no ha podido arreglar eso *Mamá Dolly*? - pregunté .  
- No hasta que sepa cual tipo de conjuro me afectó . De manera que ella ha estado ensayando todas las fórmulas de *descongelamiento* posibles , sin resultado alguno .

Ahora entendía . Sin duda que el hechizo utilizado en mi no era el mismo que había surtido efecto en él . De lo contrario habrían practicado ya su *descongelamiento* . Entonces me asaltó otra interrogante trascendental :

- ¿Y por qué *Mamá Dolly* no puede hacer lo suyo desde Puerto Príncipe?  
- Desde allá ninguno de sus conjuros tendrían efecto . Eso me hace suponer también que la causante de mis desgracias la han traído igualmente a la *gran manzana* , aunque no es tan famosa como mi huésped .  
- ¡Ah , comprendo! ¡Ya veo por qué Duvaliers teme tanto a que ande por ahí dando paseitos por el mundo!

- ¡Regresémosla a Puerto Príncipe lo antes posible , entonces! - propuso Dina , entusiasmada con el avizoramiento de la solución a mi problema de impotencia .

Sin embargo , faltaba la prueba mas difícil :

- No antes que de que ustedes me prueben que son legítimos enviados de los *tonstons macoutes* de Jean Claude y que a cambio de devolverles a *Mamá Dolly* me involucrarán en el mercado del *ámbar* .

- Si... , claro - aceptó la pelirroja , sin saber cual sería el próximo paso - Sólo espere nuestra segunda llamada . ¡Pero no juegue con nuestra paciencia!

- No lo haré - asintió el canoso , poniéndose de pie para retirarse . No había probado ningún bocado y mucho menos los licores y las aguas de la casa . Desde la puerta del restaurante se despidió con una sonrisa amable . Entonces Dina y yo nos quedamos mirando .

¿Qué podíamos hacer? O mejor dicho , ¿de dónde sacábamos ahora a dos *tontons macoutes* y a lo menos a un sujeto que las oficiara de *hombre de mundo*?

- Creo que ya no podemos evitar recurrir a tu familia - me dijo la *vikinga* , enviándome una de esas miradas dominantes que la caracterizaban . Algo parecido a una orden , quizás .

- Tienes razón - acepté , dándome a la razón - ¡Ya es hora que algunos se la jueguen por mi!

No me refería únicamente a los primos que habían estado desfilando aquellos días por mi morada para ayudarme a aligerar mis faltriqueras .

- ¡Claro que sí! - pensé en voz alta , añadiendo : - El encargado de sellar los negocios de los Duvaliers será el *dios París* . ¡El entenderá por qué se lo pido!

Efectivamente , fue a quien menos me costó poner al tanto de aquella loca historia . Luego de escucharme con mucha atención en mi apartamento , en compañía de dos de los Diego y de la *bomba roja* , comentó :

- ¡Yo hubiera hecho exactamente lo mismo , si esa fuese la solución a...!

“A su problema” , concluí , sabiendo que lo atormentaba el mismo dilema , aunque no proviniese en su caso de un hechizo loco . Dina recogió al vuelo lo que significaba aquella frase inconclusa y también guardó silencio . Había estado espionando al viejo *gígolo* con curiosidad . Quizás no entendía como aquel cincuentón alicaído había profesado mi *oficio* con éxito durante tantos años . ¿Acabaría yo igual que él? , debía estar preguntándose .

Pero en ese momento existían asuntos mas inmediatos que atender . Lo que mas costó en realidad , fue darle un baño de cultura rápido a mis dos primos que poco y nada sabían de los *tontons macoutes* , de los Duvaliers , de Puerto Príncipe y mucho menos parloteaban algo cercano al francés . Pero el *dios París* hablaba a la perfección el idioma de Víctor Hugo y además , no desconocía en absoluto los entretelones culturales que adornaban aquella aventura . Para ser un *latín love* apetecido , a través de los años había tenido que pulirse con una variedad considerable de conocimientos . Definitivamente , ¡no se podía seducir a una mujer con las costumbres de un barrendero!

El haría las veces de enviado directo de la familia Duvaliers y los Diego de *tontons macoutes* . Sólo faltaba vestirlos , a los dos últimos en particular , a tono con el papel que debían desempeñar . No obstante , un par de ternos de riguroso negro - como acostumbraba *Papá Doc* - y unas gafas al estilo panameño , hicieron el milagro . No necesitaban hablar , ni siquiera lo indispensable . El *gígolo* jubilado se encargaría de la parte gruesa del trabajo...

Decidimos enseguida concretar los contactos . Dina llamó nuevamente al marido de Clara y esta vez lo citó a la pista de patinaje del parque . Era un lugar que no permitía intercambiar mas palabras que las imprescindibles y que además podía inspirar la confianza suficiente del poseedor de *Mamá Dolly* .

Todo parecía ir de maravilla cuando nuestro heterogéneo grupo aguardaba al magnate , pegado a la pista de hielo en las primeras horas de la noche . El frío neoyorquino empezaba su tarea demoledora de la temporada , con la crudeza acostumbrada . Tanto que no era posible a veces mirar el rostro de las personas que se cruzaban por la calle , sino cuando destapaban sus narices repentinamente de las bufandas multicolores tradicionales en la época .

Cubierto con una de ellas descendió de su limosina el canoso , acompañado de una mujer regordeta de la edad del *dios París* , mulata , con un turbante floreado sobre sus cabellos ensortijados . ¡Era la mismísima *Mamá Dolly*! El magnate la traía , de seguro , para detectar a cualquier posible impostor .

## CAPITULO XI

La haitiana parecía esculpida con un barro endurecido . Su rostro a toda vista desconocía lo que era la mas leve de las sonrisas y sus ojos miraban al que tenía el atrevimiento de ponerse en frente de ella , como la serpiente que contempla al ratón . Lo hacía lo mas cerca posible , amenazando en cualquier momento dejar escapar de su boca una especie de lengua cilíndrica y alargada .

Con esa misma mirada recorrió uno trás de otro a todos los concurrentes a la cita , seguida por su millonario anfitrión . Cuando estuvo delante mío se quedó detenida revisando con sus pupilas mi extraña barba .

Afortunadamente manejaba un pésimo inglés . Pero , como esperaba que la mayoría de los que nos hallábamos allí le respondiéramos en francés , no pasó por alto el mutismo extraño de los dos supuestos *tontons macoutes* . El que salió al paso para suplirlos , fue el hábil *dios París* . En un perfecto idioma galo se plantó a charlar con la hechicera como si fuesen dos viejos amigos .

No obstante , *Mamá Dolly* dudaba .

- Tienen instrucciones de no hablarle - le explicó el ex *gígolo* , cuando la vio acosar nuevamente con un par de preguntas a los Diego .

- ¿Por qué? - inquirió la mujer , en un francés chillón .

- Porque así se los ha ordenado *Baby Doc* .

- ¿Lo conoce usted?

- ¿A *Baby Doc*? ¡Por supuesto! Soy su mano derecha - le aseguró el viejo seductor .

Probablemente hubiéramos pasado todos la prueba de fuego . Pero en ese instante a uno de mis primos se le ocurrió toser . Un resfrío de la temporada comenzaba a hacer estragos en sus pulmones . El segundo Diego lo golpeó en la espalda algunas veces para contenerlo y en ese segundo ocurrió lo inimaginable : ¡de uno de sus bolsillos cayó una vistosa papeleta!... En realidad se trataba de un simple documento deportivo con los colores de los *yankees* . La fotografía de mi pariente y su nombre y apellidos cubanos resaltaban en la cédula como pudiera haberlo hecho un avisaje luminoso de la Coca Cola a medio kilómetro de distancia .

El mismísimo marido de Clara se inclinó a recogerlo . Enseguida , sosteniéndolo en sus manos , leyó en voz alta :

- Diego Almagro... ¡Caramba! ¡Quién lo hubiera imaginado!

Luego , acercándose lentamente a mi lado extendió , casi con ternura , sus dedos de Drácula hasta mi barba . No tenía sentido oponer resistencia . El resto de los concurrentes , incluyendo a la sorprendida *Mamá Dolly* , contemplaban la escena atónitos . Ni siquiera pestañearon cuando el magnate arrancó de un tirón el manojito postizo de pelos , haciendo estallar de ardor mi cara .

- ¡Buen intento , muchacho! - exclamó , sin perder su compostura - A mi esposa le agrada saber esto ....

Pero la calma no duró demasiado . Antes que se diera vuelta le disparé un jugoso escupitajo en mitad de la nariz . *Mamá Dolly* lanzó un grito de proxeneta y salió corriendo , dando saltos como la becerra clonada que llevaba su nombre . Lo malo es que sin darse cuenta lo hizo en la dirección equivocada... , ¡directamente hacia la pista de hielo!

Con el impulso su cuerpo de hipopótamo cayó dando tumbos antes de seguir deslizándose un centenar de metros sobre sus posaderas , semejante a una cacerola . O mejor dicho , como una bola de juego porque fue justo a dar contra dos parejas de jóvenes que intentaban en ese momento hacer una pirueta de cuarteto arriba de sus patinetas .

Los vimos brincar a los cuatro igual que palitroques y a ella rodar debajo de ellos algunos metros mas allá , antes de que la ley de Newton hiciera desplomarse a los primeros encima suyo peligrosamente . El crujido inequívoco del hielo avisó a tiempo que había que sacarlos de ahí aprisa . Los Diego y yo

corrimos prestos a socorrerlos ; pero la idea fue pésima porque , sin patines , la pista puso ruedas a nuestros zapatos antes que tuviéramos chance de alcanzarlos .

Nos detuvimos mucho mas allá , finalmente , cuando la gigantesca bola humana que se armó con nosotros , la gorda y los cuatro patinadores , dio nuevamente una secuencia de tumbos como una masa amorfa en mitad de la pista , avivados por las carcajadas de la gente que se había arremolinado en torno nuestro .

¡Era un escándalo de proporciones! Tanto que no faltó el reportero gráfico de un tabloide que aprovechando su presencia casual en el lugar , quiso estampar la escena con el *flash* de su cámara . Lo alcancé a ver yendo y viniendo desde todos los ángulos , con la sonrisa de un niño que abre la boca frente a una llovizna de chocolates . Luego , ávido de noticias , quiso volverse hacia los concurrentes y en especial hacia quienes nos servían de compañía esa noche .

Allí se encontró con el rostro esplendoroso de la *bomba roja* asumiendo una pose coqueta y a su lado al experimentado *dios París* , intentando recobrar su inflado pecho de pavo real . Y , por supuesto , el canoso..., del que no podía decirse demasiado porque ya corría despavorido en la dirección correcta , osea hacia su limosina que partió rauda en los instantes en que el reportero le pisaba los talones .

Entendí porque huía . Un hombre de su posición , después de todo , no podía exponerse a semejante ridículo . Así es que optó por desaparecer , abandonando a su suerte a su desgraciada huésped .

Cuando logramos , por fin , rescatarla del hielo y levantarla , no sin el esfuerzo de todos nosotros , algo había cedido en su máscara de barro endurecido . ¡Lloraba como una criatura de pecho! Tanto que , en cuanto le ofrecí un pañuelo para consolarla , se pegó a uno de mis hombros como un molusco . Sentí lástima por ella .

En el fondo , igual que la mayoría de las mujeres , no dejaba de ser una persona dulce . Enjuagué las lágrimas de su rostro , avergonzado , y le ofrecí mi brazo seguro para sustraerla de aquel torbellino humano . Ella me acompañó sumisa mientras el fotógrafo continuaba mortificándola en el trayecto con las luces de su cámara .

- ¿Es usted extranjera? - le preguntó , motivado por su curiosidad rapaz .

- *wi* , *monseur* - contestó ella , lagrimosa todavía.

Casi con alegría subió con nosotros arriba del Ford de Dina que arrancó de allí como alma que se lleva el diablo , devolviéndonos el aliento a todos .

Nos fuimos directo al apartamento de la boxeadora que viendo la posibilidad de tomar el sartén por el mango en el asunto que nos interesaba , ofreció solícita su hospitalidad a la haitiana . Al día siguiente nos aguardaba otra sorpresa inigualable en el puesto de venta de diarios de la esquina . Una enorme portada con la fotografía de nuestra huésped , piernas al vuelo , en lo mejor de su aventura nocturna , acompañaba una leyenda de antología : “¡Paren a la francesa!” y mas abajo , un subtítulo no menos sarcástico , parodiando el nombre de una conocida película de negros : “Una parisina perdida en Nueva York” .

Probablemente fue este último comentario el que motivó a la legación gala a mover todo su aparataje jurídico para determinar a toda costa si la dama que ocasionaba las risotadas de los norteamericanos era verdaderamente una ciudadana oriunda de la patria de Voltaire . Porque , para ser sinceros , por su aspecto desde un principio entraron en sospechas , aunque bien podía tratarse de alguna hija legítima de una de sus ex colonias , con no pocas de las cuales por esos días entraban en serios conflictos xenófobos dentro del territorio francés .

Por lo menos eso fue lo que se rumoreó esa misma mañana en los noticiarios de la televisión y los primeros en verlos fuimos nosotros , los Diegos - que no se decidían todavía a abandonarme - , el *dios París* , la *bomba roja* y , por supuesto , nuestra intempestiva invitada *vudú* . Desesperada , esta última intentó comunicarse telefónicamente con el millonario que la había traído desde Puerto Príncipe . Pero , al marido de Clara parecía habérselo tragado la tierra .

Me imaginé su cara horrorizada esa mañana frente a la fotografía del tabloide . Todo tipo de relación con semejante escándalo no podía sino echarlo a rodar como una bola de nieve desde las altas cúspides de la aristocracia de *Manhattan* . Así es que prefirió soltar su presa en nuestras manos . El asunto estaba en saber ahora si verdaderamente nos convenía o no... Porque no se debía ser demasiado inteligente para entender que aquello también podía terminar en un alud para nosotros .

En pocas horas , con toda certeza , los franceses tendrían a todo el departamento de inmigración neoyorquino detrás de los pasos de la haitiana , sólo para darse el gusto de establecer , como presentían , que no se trataba de una ciudadana gala . ¿Estaban en regla los papeles de *Mamá Dolly*? Lo real era que , si

los tenía , se hallaban en poder de su ex padrino y que en esos momentos no existía un miserable documento que avalase su permanencia lícita dentro del país de las oportunidades . Ella apenas recordaba haber sido embarcada como *turista* , medio año atrás en Puerto Príncipe , rumbo a la *gran manzana* donde su anfitrión la había hecho alojar en un hotel de los suburbios , al interior del cual le consultaba cada vez que deseaba perpetrar alguna travesura hechicera .

Planeaba , de hecho , retenerla allí hasta toparse con el antídoto que podía sacarlo del marasmo sexual que otra sacerdotisa *vudú* le había ocasionado . Ya sabíamos que lo mío constituía una parte mas de aquellos ensayos interminables ... Así es que a no dudarlo el plazo de permanencia turística de la haitiana debía encontrarse vencido desde hacía mucho tiempo y eso la convertía en una... ¡ilegal!

La ley norteamericana no dejaba de ser dura con quienes amparaban semejante delito . Osea... , con nosotros .

Nos miramos unos a otros , sin necesidad de mayores comentarios , comprendiendo claramente la clase de lío en que nos hallábamos metidos . De cualquier modo , era demasiado tarde para arrepentirnos y tampoco podíamos echar a la calle , por razones humanas , a aquella desafortunada mujer .

Además , faltaba lo mas importante : ¡que me retornara mi mas preciado tesoro!

## CAPITULO XII

- No es algo fácil - nos explicó en su idioma , a través del *dios París* - , porque he dejado al *muñeco* de esta hechicería en el hotel .

¡Cómo! ¿No se trataba únicamente de una pócima vertida en un licor apetecible? Aunque no tenía sentido profundizar en el *modus operandi* de aquella magia odiosa . Lo real era que había un muñeco de madera traspasado de agujas que me mantenía sujeto a ese marasmo de impotencia ridículo , extraviado en alguna parte del cuarto de hotel de aquella *bruja* . ¿Cómo llegaríamos allí? Resultaba ser un hecho que a esas alturas el lugar debía encontrarse copado por los sabuesos de inmigración y ya sabía yo que no solían ser amables .

El *dios París* , finalmente , discurrió la solución :

- Soy el único que puede ayudarte en este caso - dijo solemnemente .

- ¿A qué te refieres?

- A que solamente yo hablo francés .

- ¿Qué quieres decir?

- Pues... , que soy el único con probabilidades de hacerle creer a esos cretinos de inmigración que están en presencia de una autoridad de la legación francesa .

- ¿Un embajador? - intervino uno de los Diego .

- No volem tan alto - aclaró el *gígolo* jubilado - ; tal vez un segundo secretario o algo así ...

- ¿Por qué no? - estuve de acuerdo . Sonaba perfectamente razonable . Al fin de cuentas , concluí , tenía la estampa , la personalidad y la cultura suficiente para poder salir airoso en semejante aventura .

A la mañana siguiente estábamos a las puertas del hotel donde había estado alojada la haitiana . Era una de esas hospederías portorriqueñas en el corazón de *Brooklyn* , destinadas a brindarle alojamiento a los mulatos y los negros que pisaban por primera vez la ciudad . Nada costoso. El marido de Clara no se molestó en pagar grandes sumas por los servicios de la sacerdotisa .

Allí dejamos al *dios París* vestido con su mejor tenida , tranqueando decidido hacia el umbral del edificio donde lo alcanzamos a ver intercambiar algunas palabras con el recepcionista del hotel . A juzgar de la inclinación respetuosa del moreno , supusimos que el engaño daba resultados . Enseguida se perdió en el ascensor del salón principal .

Refugiados en el enorme carro de Dina nos dispusimos a esperar en la acera de enfrente . Hasta que por fin el *gígolo* retirado emergió de nuevo al exterior ; pero no venía solo , sino asido fuertemente de los brazos por un par de sujetos de aspecto nada gentil que lo lanzaron como una pelota de *béisbol* dentro de un furgón estacionado en la entrada .

Anhelaba decirme algo , pero no deduje qué . La pelirroja también lo intuyó ; incluso la haitiana que contemplaba la escena escondida entre los dos Diego . Nos habló en francés ; sin embargo no le entendimos y ella se cansó de intentar explicarnos .

Seguimos al *station wagon* a corta distancia , hasta que lo vimos estacionar frente a un edificio federal . Nuevamente , al descender , el *dios París* nos envió una mirada de aviso , como si tratara de señalarnos algo importante . La haitiana , una vez mas refunfuñó en su idioma , enforzándose en traducirnos en vano . ¿Qué podía ser?

- Bueno , está claro que ahora necesitamos de un abogado - comentó uno de mis primos .

Y tenía razón . El asunto se nos había ido de las manos y pasado involuntariamente al área judicial . Pero , ¿con qué abogado de confianza contábamos?

Lo estuvimos pensando no pocos minutos , hasta que el mismo Diego de la sugerencia chasqueó los dedos .

- ¡Eureka! - exclamó , imitando a Arquímedes - ¡El tío Lamberto!

¡No haberlo dicho antes! , pensé . Después de todo era el único profesional graduado que teníamos en la familia . Era también uno de los primeros Almagro que habían llegado de la isla a Nueva York donde , joven todavía y tal vez sin la influencia del familión que vendría al país detrás suyo , tomó la sabia decisión de estudiar leyes . Alguien decía , incluso , que en los años noveles de su ejercicio profesional había sido de los buenos . No obstante , pasadas las cuatro décadas de edad , le acometió con fuerza la adicción al alcohol y ahora , cuando ya se aproximaba a los 70 , contaba con escasos clientes capaces de confiar en él . Unos de esos seríamos nosotros .

Nos dirigimos enseguida a su oficina sacada de una historieta de *Tracy* , en los suburbios del *Bronx* donde nos recibió con una sonrisa , invitándonos a tomar asiento en unas butacas viejas y sucias . Desde allí podíamos verlo detrás de su apolillado escritorio , con su barriga gigantesca y su tradicional botella de cinzano en una de sus manos regordetas .

La única que aceptó gustosa su ofrecimiento cuando nos alargó una copa servida , fue *Mamá Dolly* que lo contemplaba con una suerte de encandilamiento extraño . El tampoco parecía indiferente delante de la horrible mujer . Además , hablaba su idioma , así es que se enfrascó con ella desde un principio en un largo coloquio que no nos atrevimos a interrumpir .

Cuando por fin levantó la vista dándose cuenta quizás que estábamos allí , ya sabía toda la historia y también la mejor parte , aquella que la haitiana hasta ese momento había tratado en vano de explicarnos .

- ¡Vaya con el *dios París!* - murmuró el tío Lamberto , moviendo la cabeza significativamente - ¡Los de inmigración lo pillaron con las manos en la masa dentro del cuarto de *Dolly!*

- ¿Qué quieres decir? - lo inquirí .

- Pues... , que estaba recogiendo de un mueble el muñeco de madera traspasado de agujas que esta dama utilizó para embrujarte .

Se detuvo para soltar una fuerte carcajada . El asunto le producía una gracia enorme y también las raras triquiñuelas de la haitiana que , en el colmo de la ironía , se reía ahora a la par con él , como si fuesen dos almas gemelas . ¡Se hallaban pintados el uno para el otro!

¿Qué mas podía sorprenderme después de ver aquello? ¿Qué ocurría en éste mundo de locos? De cualquier manera , ese gordo extravagante y borracho era nuestra única chance para llegar al *dios París* y liberarlo .

- No es todo - farbulló con sorna .

- ¿Hay algo mas?

- ¡Por supuesto! Lo mas importante : los agentes se han llevado el muñeco con ellos .

- ¿Cómo lo sabes? - lo interrogué .

- Ella lo sabe - respondió , clavándole una mirada tierna , parecida a la del cordero dispuesto a morir .

- ¿Y cómo lo sabe ella? - chilló uno de mis primos .

- Lo ha leído en los ojos del *dios París* , sobrino - contestó el viejo , sin poner en duda las capacidades telepáticas de la sacerdotisa .

¡Era lo que deseaba decirnos el ex *gígolo!* De modo que no sólo teníamos que rescatarlo a él , sino también al maldito objeto que causaba mi mayor desgracia .

- Bueno - determinó Dina , con su espíritu luchador de costumbre - , ¡manos a la obra!

No fue sencillo mover aquella bola de grasa y mucho menos del brazo de la mulata regordeta que lo acompañaba ahora . Pero con paciencia logramos acomodarlos a ambos en los resistentes y amplios asientos del Ford . Los Diego , para facilitarnos las cosas , se despidieron allí dejándonos como dos parejas de tórtolos arriba del modelito descapotable .

Nos separamos de nuestras musas a media cuadra del edificio federal , donde se dispusieron a esperarnos . Tardé mas de quince minutos en salvar junto a mi tío el tramo que faltaba . Pero finalmente llegamos a la oficina que buscábamos .

Nos atendió , para desgracia mía , el mismo agente que se había encargado de mi detención cuando se me confundió con un ilegal .

- ¿Usted por aquí otra vez? - me preguntó , rascándose la cabeza .  
- Sólo acompaño a mi tío abogado en un trámite profesional - le respondí con mal humor .  
No se sorprendió cuando reclamamos la liberación del *dios París* .  
- Es un antiguo amigo de la familia - expliqué , para responder a la mirada de interrogación que el agente extendía sobre nosotros .  
- Ya veo y quieren llevarlo de vuelta a casa .  
- Eso mismo .  
- Bien...; no resultará tan sencillo - replicó - Aunque sus papeles están en regla y se trata de un ciudadano formal de este país , todavía no entendemos porque se hallaba en un momento equivocado , en el lugar inadecuado...  
- Tal vez haya ido en busca de consejos... - señaló el barrigón , con una astucia que no esperaba de él .  
- ¿Qué tipo de consejos? ¿En el cuarto de hotel de una ciudadana haitiana encargada a todos los departamentos de inmigración del Estado?  
- Ya sabe - prosiguió el viejo abogado - ; ella tenía entre sus haberes todas esas *cosas de brujas* que suelen traer las haitianas a nuestro país para hacer negocios ...  
- Todavía no me convence de nada - porfió el agente .  
- ¿No lo sabe acaso? Nuestro amigo buscaba hacía días una pócima o algún objeto mágico que le devolviera a las pistas del amor .  
- ¡Ah , ya comprendo! - exclamó el funcionario - ¿Por qué no me lo dijo antes? ¡Usted se refiere a un problema de disfunción eréctil! , ¿no es verdad?  
- Usted lo ha dicho - intervine yo - Fue la razón por la cual usted lo sorprendió dentro del cuarto de hotel de la haitiana haciéndolas de intruso para llevarse consigo alguna pieza encantada del *vudú* .  
- ¿Y por qué tenía que actuar como un ladrón? - preguntó agriamente nuestro interpelado .  
- No precisamente - alegó tío Lamberto - ; entiendo que el conserje le pasó las llaves...  
- Lo hizo , cierto , pero con un buen artillugio .  
- ¿Un buen artillugio? - inquirimos a coro , fingiendo no saber de que hablaba .  
- Asi es . ¡El muy desvergonzado se hizo pasar por una autoridad proveniente de la legación francesa!

Tío Lamberto , mas zorro que yo , largó otra de sus sonoras carcajadas .  
- ¿Qué le causa tanta gracia? - lo interrogó el funcionario .  
- Pues , que se trata de una vieja costumbre entre los que tratan con haitianos .  
- ¡Explíqueme!  
- ¡No me diga que lo ignoraba! - prosiguió el abogado - A los haitianos les despierta simpatía atender a los ciudadanos de mundo que fingen pertenecer a la élite francesa .  
- Sigo sin entender - gruñó el federal .  
- Es porque un día fueron colonia francesa , ya sabe . Entonces les hace reír cuando alguien se indentifica como un oficial galo ; mucho mas todavía si habla su idioma y quiere verlos . ¡Humor genuino de Puerto Príncipe! ¡Una broma inocente!  
- ¡Cierto , humor *a la haitiana!* - lo apoyé , intentando darle fuerzas a aquel ridículo argumento .  
Mas ridícula , sin embargo , me pareció la expresión de duda que comenzó a pintarse en el rostro del agente . Temía quizás estar cometiendo un procedimiento desatinado , por una simple bromita . Entonces no halló nada mejor que remitir aquella bola candente a otras manos mas autorizadas para manejar el asunto :

- Como quiera que sea , la libertad de este ciudadano norteamericano no pasa por mis resortes .  
- ¿Por las manos de quién , entonces? - inquirió el barrigón .  
- Por las de la jefa del departamento , naturalmente . La señorita Rita Clark . Deberán esperarla unos minutos , porque todavía no llega a su oficina .  
No podíamos hacer nada mas por el momento , excepto aguardar . Por lo menos , ya teníamos las excusas de rigor debidamente esbozadas y aparentemente... eran creíbles .  
Notamos que el agente se encargó de narrárselas oportunamente a la jefa de inmigración en cuanto esta llegó rato después a su oficina . Finalmente , pasado unos minutos , nos condujo a su presencia .

### CAPITULO XIII

Era una “trigueña madurona”, como dirían los Almagro . Debía acercarse a la raya de las cinco décadas , aún cuando no representaba mas de 45 . De encantadores ojos color violeta , sus labios fruncidos hacían un extraño juego con sus lentes de secretaria , su moño de sargento y sus voluptuosas caderas de comadrona romana . ¡Una de esas mujeres que escondían a propósito sus mas cautivadores encantos , como si temiera exhibirlos! Su voz sonaba dos veces mas agria que la del agente que la acababa de preceder . “¡Al fin y al cabo era un subordinado suyo!” , pensé inevitablemente .

- ¡Yo mando aquí! - nos ratificó ella por toda presentación , imitando a una gendarme nazi : - y no se mueve una hoja de este departamento sin mi consentimiento .

- No se trata de una hoja esta vez , sino de un ciudadano norteamericano ... - intenté explicarle , con la mayor delicadeza .

- ... De sospechosa actuación - completó la frase ella , interrumpiéndome sécamente mientras golpeaba su escritorio .

Luego , mas calmada nos señaló un par de asientos frente a ella y después de escucharnos repetir la historia que ya le había anticipado su agente , llamó por el citófono con franca hostilidad :

- ¡Tráiganme al sospechoso!

“¡No podía acontecer nada peor!” , reflexioné , previendo que el *dios París* , desinformado por completo como se hallaba de nuestra intervención , no haría otra cosa que dejarnos al descubierto delante de ese ogro con falda .

Cinco minutos mas tarde alguien golpeó la puerta , esta se abrió y en el rectángulo apareció nuestro afligido amigo . Desarrapado por los malos tratos de sus captores y evidenciando el decaimiento que le poseía de un tiempo a esa parte , distaba mucho de asemejarse al apolíneo individuo que yo había conocido un día en la barra de un bar .

Pero algo sumamente extraño pasó en ese momento delante de nuestros ojos . Algo mágico , sacado de un cuento de *Campanita* ; como había sido el encuentro de tío Lamberto y *Mamá Dolly* . La jefa de inmigraciones fue la primera en dejarlo traslucir . Sus ojos maravillosos , detrás de sus estúpidos lentes , relampaguearon con la fuerza de un farol encendido en mitad de la noche . Quiso hablar y sin embargo salió de su garganta tan solo un susurro . Finalmente , sobreponiéndose con dificultad , preguntó :

- ¿Es usted el detenido?

- Para servirle , bella señora... - le respondió el experimentado ex *gígolo* , recuperando en dos segundos esa gallardía donjuanezca y la elegancia de un noble de la corte de Luis XIV que le solían distinguir - en lo que sea .

- Señorita , por supuesto - lo corrigió ella , sin poder cerrar todavía la boca .

Se sentó caballerosamente en medio de nosotros , pasando por alto saludarnos , ínterin hacía resbalar sus dedos por su cabellera intentando ordenarla . La funcionaria le contestó con un parpadeo nervioso . Luego prosiguió , sin dejar de tartamudear :

- ¿Lo...han tratado bien... aquí?

- No hay incomodidad en este mundo que no quisiera repetir gustoso para llegar a conocerla a usted - respondió el *maestro* .

¡*Touché!* ¡Y sólo se trataba del principio! Conversaron delante nuestro como si no estuviéramos ahí durante media hora , hasta que una llamada del citófono interrumpió a la trigueña . De no ser por aquel bendito aparato habríamos continuado pegados y mudos por otra media hora . Afortunadamente el asunto parecía remediarse .

¡Ni siquiera fue necesario esperar una explicación contraproducente del *dios París* , en lo concerniente al asunto que nos tenía a todos en aquella oficina! “¡Tanto barullo para acabar en eso!” , pensé ¡A ese *Pepe glamour* le había bastado una simple sonrisa para arreglarlo todo!... En fin ; hasta pensaba despedirse sin mas de la funcionaria , cuando esta le comunicó que estaba en libertad . De manera que me vi forzado a bajarlo de su nube con un codazo . ¡Entendió de inmediato!

- Sólo falta un pequeño detalle , querida Rita - le escuché decir - , antes que nos veamos de nuevo esta noche a la hora de la cena...

- ¿Cena?

- La de nuestra celebración , naturalmente .

- ¿Celebración?

- Por habernos conocido .

- ¡Claro que sí! Usted dirá donde y a que hora .

Luego que la cita quedó pactada , ella pareció recordar :

- ¿A qué pequeño detalle se refiere?

- Pues... - le explicó el falso francés - a ese objeto raro que encontré en el cuarto de hotel . Era un muñeco premonitor , ¿sabe?

- ¿Un muñeco premonitor?

- Si , uno de esos fetiches mágicos que las haitianas le conceden a uno para abrirle las puertas a un encuentro amoroso imprevisto y... especial .

- ¿Se refiere a...?

No completó la pregunta , con un rubor encantador en sus mejillas . Enseguida llamó nuevamente por el citófono , ordenando imperiosamente :

- ¡Tráiganme el fetiche decomisado en el cuarto de la haitiana! ¡De inmediato!

El agente de nuestra conversación anterior apareció a toda prisa , temeroso de una demora frente a su jefa , con el muñeco de madera en las manos . Se lo alargó enseguida , incrédulo por lo que veía . Ella , a su vez , se lo extendió dulcemente a quien se lo solicitaba , señalándole :

- ¡Quién lo diría! ¡Gracias a este trozo de madera nos hemos...!

- ¡...Conocido! - finalizó él , con una ronquera masculina que anunciaba delatoramente el súbito regreso de su potencialidad mas plena . Algo parecido al bramido del león en celo . “¡Prueba de que lo suyo era sólo psicológico!” , deduje calladamente , concluyendo como podía haber hecho un Freud del *Bronx* : “¡Una simple alharaca pasajera de bohemio empedernido!” .

Salimos los tres de allí intentando acompañar ahora los pasos inestables del *gígolo* enamorado . Se desplazaba arriba de una nube y cuando se encontró con la acera recién pareció darse cuenta de la realidad . Entonces me alargó el muñeco traspasado de agujas , ceremoniosamente :

- Aquí tienes . ¡Misión cumplida! ¡Gracias por encomendármela!

Enseguida se marchó en otra dirección , comprometiéndose a contarnos mas tarde de su nueva vida . Yo continué en la compañía de tío Lamberto , aprovechando de examinar en el trayecto la rara estructura del fetiche haitiano . Era una pieza de madera torpemente labrada , sin ninguna similitud capaz de hacerme pensar que se trataba en una representación mía .

Tres agujas clavaban grotescamente lo que podía haberse tomado por mis genitales y una cuarta traspasaba la cabeza . No me atreví a moverlas , esperando ver que hacía con ellas *Mamá Dolly* . La extranjera , no obstante , no se mostró muy interesada en disolver el encanto de inmediato , mas encantada ella de reencontrarse con el gordo septuagenario de mi tío . Fue necesario que lo remeciera yo a él , antes de subir al automóvil , para que le recordara en su idioma cual era el asunto de fondo que nos tenía a todos ahí

. Entonces la haitiana pareció aterrizar . Luego , agarrando el feo fetiche de los pies , lo puso entre sus piernas apretándolo groseramente durante unos minutos mientras murmuraba un raro dialecto con los ojos en blanco .

Pensamos por un instante que su repentino trance no tenía término ; sin embargo , súbitamente emitió un agudo gemido y rescató violentamente el muñeco de entre las piernas . Cuando pude verlo mejor me percaté que la aguja de la cabeza había desaparecido y una inexplicable frescura pareció derramarse como una oleada por mi cerebro .

Lo mas interesante sobrevino enseguida cuando , con la misma violencia la haitiana agarró con sus dientes las tres agujas restantes y asiéndolas fuertemente , igual que un perro rabioso , acompañada de un raro gruñido , las sustrajo de mis supuestos genitales . ¡Entonces experimenté una sensación que hubieran envidiado los dioses! Era algo indescriptible , como si la sangre volviera a correr abruptamente por los vasos sanguíneos de mis partes íntimas ....

Con alguna vergüenza noté su efecto físico de inmediato . También lo hizo la *bomba roja* que me envió desde el volante la mirada mas incitadora que le había visto hasta ese momento . ¡Era un deseo loco por revolcarnos ahí mismo! Empero , no nos ocurría únicamente a nosotros , porque la haitiana , devuelta por un rayo a tierra , ya se preparaba a hacer lo suyo con el tío Lamberto .

Así es que decidimos cortar por lo sano . Ni siquiera tardamos un cuarto de hora en llegar al apartamento de Dina , el mas cercano de los domicilios a los que podíamos acceder . Allí , mi tío se perdió rumbo a la habitación de invitados con un paso que no tenía nada que ver con aquel otro cansino y torpe que tanto nos había demorado en la media cuadra de caminata hasta el edificio federal. ¡Los dos gordos parecían haber recobrado la agilidad de una juventud olvidada!

Yo , por mi parte , me dejé conducir ansioso por mi adorada anfitriona hasta su dormitorio . ¡Esta vez se trataba de una pelea a 12 *rounds* con *knockout* asegurado! Aunque no escuché ninguna campana dando inicio al colosal encuentro y mucho menos percibí los supuestos entretiempos . Jadeábamos como perros y no podía ser de otra manera ¡Ella se encontraba desesperada y yo también! Tanto que , terminamos de desvestirnos totalmente pasado 20 minutos , cuando nos disponíamos a remachar nuestros mejores *golpes* . ¡Se trataba exclusivamente de impactos *bajo cintura* , después de todo!

Me hallaba feliz de ser el mismo otra vez y ella de que así sucediera . Al final , cuando el sentido de la conciencia pareció escasear en la cabeza de ambos , notamos que la magia no había terminado . ¡No me bastaba con poseerla endemoniadamente! Una naturaleza desconocida me roía extrañamente en otro rincón de mi organismo cada vez que resbalaba mi tórax sobre sus pechos mojados ; cada vez que sentía escurrir la transpiración de sus piernas en mi nariz ; cada vez que recorría como un lobo con mi quijada sus glúteos salvajes ... ¡La amaba desmedidamente! ¡Con desquiciamiento! ¡Con pasión primitiva!

¡No deseaba pasar un minuto mas de mi ridícula vida lejos de ella! ¡Ni un minuto mas sin esos besos , esas caricias desenfrenadas y esos alaridos vikingos desaforados! Y todo eso no podía significar sino que... ¡debía tomar otro tipo de decisión! Me costaba creerlo en mi fuero interno , pero saltaba a la vista y estaba tan claro como la mas diáfana de las vertientes de un cerro enmarañado . ¡Como la miel dulce del sudor que bajaba por los vellos arremolinados y rojos del monte de Venus de aquella peleadora inculdicable!

¡Sólo un ciego no lo hubiera percibido y yo veía con los ojos del corazón en ese momento maravilloso!

## CAPITULO XIV

No cabía duda que mi vida acababa de dar un tumbó inesperado . También la de la *bomba roja* y , de pasada , la de *Mamá Dolly* y tío Lamberto , sin olvidar , por supuesto , la del *dios París* y su sargento endulzada.

Supimos del grado de aquel terremoto amoroso triple el día en que , separadamente , comenzamos a intercambiarnos nuestras partidas de matrimonio . Cada uno tenía una excusa torpe y francamente infantil . La haitiana , por ejemplo , decía que se casaba para “regularizar su situación legal en el país” ; el *dios París* que lo hacía para acogerse a una “situación estable” en la medianía de su existencia y yo , “para tener a mi lado a mi ángel protector” .

Cada cual escondía lo mejor posible los sentimientos verdaderos que nos carcomían por dentro , como si enamorarse locamente fuese casi una deshonra en nuestras vidas o , en grado menor, un motivo de vergüenza . De todos , de cualquier modo , el mas afectado aparentemente resultaba ser yo porque estaba claro que acababa de colgar mis guantes en el mas promisorio de los *oficios* : ¡el de *gígolo*! ¡Y con lo que me gustaba! Pero no se podía hacerlas de demonio y de santo al mismo tiempo. Tampoco lo habría permitido mi consciencia *Almagrista* , acostumbrada desde antaño a reconocer las virtudes nobles de la vida cuando estas se presentaban . Diego de Almagro - ¡el mas mujeriego de todos! - había despreciado la idea del matrimonio hasta que cayó en las redes amorosas de la hija de un cacique panameño , con la que se dispuso a tener hijos .

De pronto nos preguntamos porque no hacíamos una boda en conjunto . ¡Una triple boda! Así podríamos , por fin , involucrar al término de nuestra aventura al resto de mi populosa familia ... No lo discutimos demasiado . A Dina se le ocurrió la brillante idea de llevarla a cabo dentro del gimnasio en el que ella entrenaba e invitar de paso a una larga comitiva de boxeadoras , algunos *manager* y hasta un *aguatero* ; el mundillo que la rodeaba todos los días . No pregunté en ese momento porque no convidaba a sus parientes directos , ni ella se molestó en explicármelo .

- Son algo especiales - me parece haberle escuchado , como único comentario . Así que no ahondé mas en el asunto .

El *dios París* entregó parte de matrimonio a una treintena de bohemios de todos los bares de Nueva York y yo y tío Lamberto hicimos el esfuerzo de traer completo al ejército cubano de los Almagro radicados en la tierra de las oportunidades . De manera que no solamente llegaron a la ceremonia los familiares de la *gran manzana* , sino también aquellos otros muchos dispersos en Miami y en otras ciudades remotas de Estados Unidos de Norteamérica . Al final de cuentas logramos contabilizar un total de 600 comensales que , de sobremesa , engulleron una corrida de platos caribeños preparados expresamente para nosotros por tres cocineros rescatados recientemente de las balsas provenientes de la isla .

La ceremonia estuvo a cargo , como era de suponer , de un sacerdote católico de la generación de expatriados de los sesenta y sirvieron de acólitos un centenar de niños de la última hornada *Almagrista* que mas tenían de diablillos sonrientes que de respetables infantes circunspectos como hacía falta . Uno de ellos , macabramente , en mitad de la ceremonia tiró una cáscara de banana en la escalera por la que subía al *ring* donde la triple boda se consumaba , tío Lamberto y *Mamá Dolly* , de manera que fue imposible impedir el vuelo gigante que los dos gordos emprendieron inusitadamente arrastrando a los novios que seguíamos detrás . Finalmente los seis acabamos dándonos tumbos como bufones de Corte , en medio del pasillo central , botando de paso a no pocos concurrentes que se apiñaban en la primera fila , hasta que mi padre y una buena parte de mi parentela hicieron su mejor esfuerzo para detenernos en la desordenada rodada .

Cuando conseguimos ponernos de pie , los aplausos estremecían la sala . ¡Era como si acabara de producirse un *knockout!* Arriba del cuadrilátero el único que conservaba la compostura y aguardaba incómodo , era el sacerdote . Los angelitos que hacían de acólitos brincaban de alegría con la escena .

*Mamá Dolly* intentaba angustiadamente ceñirse al cuerpo nuevamente su hermoso traje rosado , con flores multicolores adosadas a su diafragma . Cuando lo consiguió , por fin , estas últimas se habían diseminado por toda su macisa textura , dándole una apariencia de pastel de abejas o de florista del barrio chino . Otros comentaron que parecía una pintura de Gouguín .

Incluso el *dios París* se veía algo extraviado y su apariencia inmaculada de Apolo acababa de sufrir un serio revés del que le costó recuperarse , mientras su sorprendida pareja hacía vanos esfuerzos por reubicar sobre sus armoniosos pechos un sostén que parecía haberse disparado alrededor de su espalda incómodamente .

La mas intacta , si cabía el término , era la *bomba roja* , habituada a las grandes caídas . La espectacular rodada , por el contrario , había despertado en sus mejillas un sonrojamiento encantador que la hacía verse todavía mas excitante . De mi persona no se podía decir mucho . Después de todo era el novio mas normal , aparentemente , de aquel trío de dementes . Así es que fui el encargado de llamarlos nuevamente a todos a la cordura y dar la orden para que , a la brevedad , se reiniciara la ceremonia , mientras el *flash* de las máquinas fotográficas de nuestros huéspedes corrían sus luces sobre nosotros , ansiosos por preservar para la posteridad la inolvidable escena .

- ¡Buen comienzo! - comentó el prelado , cuando por último nos vio ordenados arriba del *ring* y frente a él , dispuestos a recibir su rezo acostumbrado .

Nada falló en ese instante portentoso . Los tres a coro - damas primero y varones después - repetimos la escueta fórmula que todos ansiaban escuchar :

- ¡¡Si , acepto!!

Enseguida vinieron los besos , aunque para ser sincero , aquello tenía todo menos recato . Tantas volteretas y tanta agitación había despertado en cada uno de nosotros unas ganas desesperadas de acariciarnos . De hecho , el mismísimo sacerdote tuvo que llamarnos al orden luego de observar algo escandalizado que las cosas comenzaban a subir de tono . Así es que , como ya parecía ser una costumbre nuestra , las tres parejas , cada una por su lado , decidimos abandonar la sala sin darle tiempo a nuestros numerosos comensales a otra cosa que partir la torta , lanzar al aire los ramilletes y el tradicional *vals* de acogida .

Cuando la orquesta principió a sonar los compases del primer *son* cubano , aprovechamos de escabullirnos . Infortunada y casualmente había entre los invitados del *dios París* tres hermanos de apellido Pizarro . Perteneían a esa pléyade de andaluces que abarrotaban el negocio de las panaderías y aunque nada tenían que ver con el enemigo mortal del descubridor de Chile , el legendario conquistador del Perú don Francisco Pizarro ni con sus prepotentes hermanos Hernando y Gonzalo , no faltó el Almagro que comenzó a señalarlos con un dedo , como si fueran el mismísimo anticristo .

- ¡Herederos del traidor de Pizarro , en la boda de mi hijo!

Ese era mi padre con otra de sus muchas tonterías . Luego siguió una ofensa que bien podría haberle sentado al verdadero capitán del Perú , como también al tuerto Almagro :

- ¡Cuidadores de “cochinillos”!

De “cerdos” , quería decir . Algo mucho mas difícil de pasar por alto porque atentaba directamente contra la dignidad de aquellos invitados que , probablemente , lo ignoraban todo acerca del origen modesto de los dos valientes aventureros españoles . Como se trataba de hombres cincuentones , el asunto quedó en manos de mis tíos y tres de ellos subieron al cuadrilátero que acababa de servir de altar , para batirse a puño limpio con los inocentes panaderos .

¡Fue una pelea fantástica de viejos cojonudos! Los séis , a torso desnudo , se trabaron a mano descubierta en una trifulca sacada de una historieta del Oeste americano , al ritmo de los alaridos y silbidos de los 600 comensales que se amontonaban alrededor del *ring* junto con la corrida de boxeadoras colegas de la pelirroja que avivaban en primera fila . Pronto los mas descontentos empezaron a lanzarles algunas presas de pollo procedentes de la cena y como el grueso de los espectadores eran parientes míos , muy pocas de ellas dejaban de reventar en el rostro de los Pizarro . Otros , mas conocedores de la historia tal vez , gritaban :

- ¡Duro con ellos , *rotos* chilenos!

Era toda una tradición del tiempo en que Francisco Pizarro había mantenido en la miseria mas absoluta a los *Almagristas* derrotados que en el pasado habían seguido a su líder muerto a Chile . Una turba de ellos - los *rotos chilenos* , como se les llamaba despectivamente en Lima por su aspecto desarrapado - , enardecida por tanta injusticia , acabarían asesinando al poderoso conquistador del Perú .

Estaba claro que ahora faltaba muy poco para que hicieran lo mismo con los tres Pizarro que peleaban valerosamente , por nada , arriba del cuadrilátero . La voz de alarma sobrevino cuando comenzaron a subir otros tíos y sin dar cuartel las emprendieron de puñetas también contra los infortunados , levantando lentamente una montaña de cuerpos encima de los panaderos .

Fue necesaria toda la dureza y la valentía singular de las boxeadoras amigas de Dina , para que el asunto no pasara a mayores . Antes , eso sí , debieron arremeter por su cuenta , sólo para compensar la terrible injusticia que se estaba cometiendo delante de sus ojos , contra toda aquella oleada salvaje de viejos de moledera . Algunos , incluyendo mi porfiado progenitor , salieron disparados por los puños profesionales de las muchachas que antes de conseguir imponer la calma , lograron llevarse consigo una considerable cantidad de contusos .

Cuando apareció finalmente la policía en el gimnasio , para no faltar a la verdad , quedaban pocos Almagro entre mis numerosos tíos dispuestos a seguir enfrentando a aquellas enardecidas hembras . Incluso los Pizarro , mas reanimados , levantaban los brazos en señal de triunfo en medio del *ring* .

Luego corrieron los empujones y algunos forcejeos con los uniformados azules que , en los momentos mas difíciles no trepidaron en usar sus *bastones* con los que , no sin mucho trabajo , terminaron conduciendo a lo menos a la mitad de los presentes hasta las delegaciones mas propincuas. El asunto , por gracia de Dios o porque no hubo simplemente un periodista que lo reportara , no salió en la prensa del día siguiente . Pero saltaba a la vista que aquella boda no pasaría al olvido con facilidad en muchos , contando los numerosos contusos .

¡En buena hora los recién casados nos habíamos ausentado a tiempo!

## CAPITULO XV

Por lo menos cada pareja había partido a su *luna de miel* por separado , guardando en el mas estricto secreto el destino elegido , para no toparnos ni siquiera por casualidad . Todos , al fin de cuentas , queríamos un poco de paz y era evidente que juntos no podíamos tenerla .

Así es que me sentí seguro cuando le propuse a mi *bomba roja* aquel viaje de tórtolos a Hawai . Sabía que ella estaría feliz allí . Además , anhelaba conocer el hotel donde había estado Elvis dando uno de sus últimos recitales . Ahí mismo nos alojamos , dichosos de la vida . Hasta la llegada de la cena de recepción... , para ser sinceros , cuando en medio del baile polinésico con que se nos agasajaba a los numerosos huéspedes , en el centro de la pista nos encontramos a *boca de jarro* con los últimos seres humanos del planeta que hubiéramos deseado hallar . De un lado *Mamá Dolly* y el barrigón de mi tío , vestidos ridículamente con una corrida de ornamentos floreados que los hacían verse como vacas de feria y por otro , los siúuticos de la farándula : ¡el *dios París* y su consorte!

Nos miramos todos boquiabiertos , sin poder evitar una expresión franca de desagrado . Luego optamos por abrazarnos hipócritamente , fingiendo estar felices por el encuentro . ¡No entendíamos como se había producido semejante coincidencia! Aunque resultaba obvio que el viaje soñado de la mitad de los norteamericanos era ese . ¡Hawai equivalía al bálsamo dulce que todos los novios codiciaban! y lo del hotel , simplemente tenía que ver con una adicción compartida de las tres mujeres por el legendario Elvis . ¡No haberlo maliciado antes! Aquellas tres fanáticas del ídolo de Menfis no hubieran elegido en realidad ningún otro hospedaje en todas las islas .

Nos costó entenderlo en un principio a los varones . ¡Ese cantante extraordinario había sido el verdadero campeón de los *gícolo!* y nada sacábamos con sentirnos celosos por aquello . Al fin de cuentas se trataba de un hombre fallecido . De manera que , finalmente decidimos tomar las cosas con optimismo . Tanto fue así que aquella noche , ¡nuestra primera noche de *luna de miel!* , terminamos los tres borrachos en compañía del *bartman* .

Cuando recobramos el conocimiento al día siguiente sobre los sillones de los salones del comedor , nuestras esposas , como era de suponer , no andaban cerca . Alguien nos contó que habían salido de compras por la ciudad y que regresarían tarde . Llegaron en realidad bordeando el inicio de la noche y las escoltaban tres negros musculosos que les habían estado sirviendo de guías turísticos durante el día . ¡Una buena manera de castigarnos!

De cualquier modo saltaba a la vista que no podíamos continuar todos juntos en las islas por lo que , sin disimulo , preferimos empacar nuestras maletas y emprenderlas cada uno , nuevamente , en busca de un destino nupcial distinto y... verdaderamente insospechado .

Entonces a Dina se le ocurrió aquella espeluznante idea de pasar por Pennsylvania a un poblado diminuto donde , según me explicó , vivían su madre y sus cuatro hermanas . Las mismas que misteriosamente había omitido invitar a la boda .

- ¿Tus hermanas? - pregunté , añadiendo a mi curiosidad : - ; suponía que tu familia vivía en Suecia

- Eso fue en el tiempo de mis abuelos - me respondió ella - Yo nací y me eduqué en Pennsylvania a donde llegaron mis padres hace 35 años y de ahí me fugué a Nueva York . ¡Soy la oveja negra de mi familia! y si mi padre estuviese vivo no podría regresar a visitarlos .

No entendí claramente que pretendía decir con eso , pero deduje que era mejor no seguir inquiriendo . Pennsylvania , después de todo , era un lugar que siempre había deseado conocer . “Allí comenzó todo” , recordé , rememorando aquel viaje solemne del célebre Penn - el hijo del almirante inglés - y de sus numerosos seguidores de la religión de Fox .

Efectivamente , los únicos familiares de Dina en Estados Unidos de Norteamérica , su madre y sus cuatro hermanas , residían en un villorrio pequeño perdido en el estado de Pennsylvania hasta donde , en el último tramo... tuvimos que acceder en carreta de caballos . ¡Era un poblado de *cuáqueros!*

- “A donde fueres haz lo que vieres” - me señaló la *bomba roja* antes de llegar al villorrio , pasándome una rara vestimenta del tiempo de Penn , para que me la pusiera . Lo hice casi temeroso , sin pensar en lo ridículo que debía verme . Ella hizo lo suyo y en cuestión de minutos quedó cubierta como una monja con aquellos paños negros de cuello blanco que escondían sus mas exacerbadas curvas .

¡No lograba comprender como aquella bomba sexi podía haber salido de allí! Pero mis sorpresas recién comenzaban cuando , ingresando al pueblecito distinguí a un centenar de personas vestidas del mismo modo que nos esperaban en la plaza . Algunas casas alrededor nuestro , cinco a seis carruajes iguales al que nos transportaba , vacas , caballos , becerros y huertos , era cuanto nos rodeaba . En medio del corto gentío aguardaba la madre de Dina , doña Crisálida , y mis cuatro cuñadas . Permanecían de pie similares a estatuas pálidas robadas de un cuento de Andersen . No obstante , debajo de sus ropajes , como un volcán que crepita fuego , algo estallaba en ellas voluptuosamente . En las muchachas , quiero decir , porque mi suegra parecía ser un témpano de los fiordos escandinavos .

¡Cuatro pelirrojas formidables a la hechura de mi esposa , eran aquellas benditas criaturas! Nos saludamos con un distante apretón de manos . No entiendo como Dina no advirtió la química extraña que se produjo en el intertanto . ¡Por que fue un hechizo inmediato! Aún cuando no me quedaba claro si el mas encandilado era yo o ellas conmigo ... Pese a todo , cada uno se esforzó desde aquel instante también en disimular al máximo .

Me condujeron a su casa extraída de un relato de las “brujas de Salem” y allí nos hospedamos en habitaciones separadas con mi esposa , para que “no se perpetrara pecado en aquel hogar sagrado” ; fueron las palabras exactas del “témpano” , perdón , de la madre de Dina . No muy tarde nos llamaron al comedor a cenar .

Iluminados por algunas velas las cuatro anfitrionas jóvenes fueron trayendo a la mesa unas pócimas raras de salvado de trigo y otras menudencias de *cuaquer* auténtico . Luego , en la sobremesa decidieron preguntarme ciertas cosas . La inquisición mas difícil vino al final de aquel odioso interrogatorio .

- ¿A qué se dedica usted?

Era mi suegra . Naturalmente , no hallé que decirle . Tampoco deseaba mentirle , por alguna razón que no alcanzo a explicarme todavía . Pero afortunadamente mi esposa salió al paso , con una verdad absoluta por lo demás :

- Está recién retirado de lo que hacía y piensa trabajar en algo nuevo .

No obstante , doña Crisálida insistió :

- ¿Retirado? ¿De qué exactamente?

- Pues... , de lo que hacía - tartamudeó Dina , con un nerviosismo que no le conocía . Mi suegra me clavó los ojos , esperando mi contestación .

- Retirado de la vida - intenté explicarle , viendo como aquella multitud de caritas rígidas espiaba el menor movimiento en mis labios . Así es que repetí : - De la vida , ya sabe .... De las mujeres . ¡Eso! ¡Yo era un mujeriego profesional!

No hubo comentario alguno , a menos que hubiese tomado como tal el salvamiento espontáneo de una de las chicas y luego la conclusión mas certera de mi anfitriona principal , evidenciando que había comprendido :

- ¡Dios nos ampare! Al fin y al cabo , se ha retirado usted completamente eso, ¿no es verdad?

- Ciertamente - aseveré cabizbajo - ; ahora soy un hombre casado y redimido , como usted puede ver

No restaba mucho mas por decir . Dina fue a dejarme silenciosa hasta la puerta de mi dormitorio y guiñándome un ojo , me susurró al oído :

- Lo has hecho bien . Dos días mas aquí y seguimos de viaje . ¿Podrás aguantarte?

- ¡Por supuesto! Quédate tranquila - le aseguré , sin entender claramente si me decía aquello porque temía alguna intolerancia mía hacia su madre o por mi contención sexual por ella . De cualquier modo coincidía en que tenía pleno derecho a pasar algún tiempo allí junto a su familia , respetando , como era de suponer , las estrictas reglas de la casa . Permanecería de buena voluntad en la quietud inamovible de aquella taza de leche . ¡No sabía en ese momento cuán equivocado estaba!

Comencé a intuir lo contrario , cuando escuché no mucho después un ligero golpecito en el vidrio de la ventana . Una luna llena maravillosa iluminaba el huerto trasero salpicado de árboles y allí , junto a la pared , una carita sonriente me invitaba a salir... ¡Era la menor de las hermanas! Vestida con un largo camisón blanco , en aquella estación primaveral - que acababa de sustituir la rigurosidad del invierno - me parecía un sueño hecho realidad .

Emergí como un zorro , sólo con mis calzoncillos , sin pensarlo dos veces , por la estrecha hendidura y ella tomando una de mis manos me guió en silencio hasta el fondo del huerto . Allí , sobre un mullido lecho de flores , luego de tenderme , comenzó a desvertirse . ¡No tenía mucho que quitarse verdaderamente! Sólo aquel sencillo camisón . Lo que escondía debajo me dejó con el aliento suspendido en la boca . ¡Era un cuerpo soberbio , espectacular! Su cabellera roja , como la de Dina , caía sobre sus hombros igual que una catarata de fuego , cubriendo ligeramente sus senos de diosa coronados por dos montículos rosados . Mas abajo palpitaba suave y delicado el coqueto triángulo de vellos que adornaba su mas grande tesoro...

¡La poseí lentamente! ¡Deliciosamente! y ella , estoica , gozó en silencio , mordiéndose grotescamente los labios hasta hacerlos sangrar , para no delatar a nadie lo que hacíamos allí . Sus caderas , casi mágicas , se movían como un caballo alado guiado por el mas leve soplo de las riendas imaginarias que surgían de mis caricias . ¡Sabía contornearse a la perfección , por instinto! Yo se lo agradecí con la sapiencia del que conoce las estrategias del placer prolongado . ¡Cómo podría haber osado acortar aquel río de placer proveniente del Olimpo!

Tal como me había secuestrado , sin mediar palabra , una vez que hubimos saciado nuestro portentoso deseo me agarró nuevamente de la mano y me llevó de regreso a la ventana que daba a mi cuarto . Adentro me aguardaba la frescura de una ducha de agua fría y rehabilitadora en el baño contiguo y enseguida la tranquilidad cómplice de mi cama . Eso creí por un momento al menos , hasta que descubrí parada en una esquina de la habitación a otra de las muchachas ; probablemente la que seguía en edad a la primera , vestida con un camisón idéntico . Lo mismo que su antecesora , nada dijo... Simplemente se abalanzó sobre mí y se puso a recorrer mi cuerpo como un oso hormiguero , desentendiéndose por completo de lo que pudiera haber visto de mi experiencia reciente con su hermana . Con un estilo muy distinto , se arrancó sus ropas de un tirón , rasgándolas de cuajo en mitad del pecho , como un judío en época de sacrilegio .

¡Fabulosa hembra! ¡Hubiera sido imposible no excitarse nuevamente! Apenas existía una diferencia notable con la primera : un hermoso lunar que la luna llena desde la ventana permitía distinguir con total claridad , justo arriba de la pelvis . Era un diamante negro , radiante , puesto intencionalmente por la naturaleza en ese lugar para deleite del mas exquisito de los Casanovas . Una especie de conjunción exacta , ¡exactísima! , de la armonía que caracterizaba las hondanas sinuosas de aquel cuerpo de Walkiria . Me dejé llevar por un largo beso en ese punto mágico . De allí , lo mismo que los rayos del sol naciente , comencé a subir y bajar , en todas direcciones , temeroso de perderme el mas pequeño detalle de algún valle escondido . Ella , igual que su hermana , soportó el placer como una lluvia de verano , estólida , ¡radiante! , sin emitir una sola queja , para no despertar a nadie de la casa . Se trataba , en su caso , de algo doblemente valeroso , según pude juzgar poco después de marcharse , cuando me percaté del ligero riego de sangre sobre la sábana... ¡Era una muchacha virgen! Hasta aquella noche , evidentemente , tras tomar la determinación de ofrendarme a mi , ¡a un perfecto desconocido! , el mas cándido de sus tesoros . Pero no alcancé a sentir la fuerza de los remordimientos por mas de quince minutos luego de su partida , sin ser interrumpido por un tercer llamado . Noté en ese momento que mis calzoncillos se habían quedado en un rincón indeterminado del huerto , así es que esta vez salí de la habitación , simplemente , con la vestimenta de Adán , deseoso de conocer a mi nueva secuestradora . Parecía ser la mayor de las cuatro . Mas alta que las otras , su camisón ocultaba con mayor dificultad también sus sobresalientes curvas . Caminaba como una pitonisa bajo la luz de la luna , delante mío , sabedora de lo que ocurría con mi cuerpo mientras la seguía con paso firme mientras mis ojos la recorrían de arriba abajo . ¡Debía ser una escena sumamente cómica! O quizás no...

Se sentó sobre el mismo lecho de flores de mi primera invitación , completamente desnuda y allí me quedó espiando como una gatita al acecho , respondiendo encantadoramente con un movimiento incitante cada vez que detenía mis pupilas en algún enclave de su prodigioso cuerpo . Era como si pudiera agitarla a distancia , igual que un titiritero , sin necesidad de tocarla...todavía . Me sostuve clavado mas del tiempo aconsejable en sus excepcionales caderas . Sus manos suaves y delicadas parecían acentuar aún mas la redondés simétrica que las caracterizaba . Mas arriba se espigaba una cintura diminuta robada a la mismísima Sofía Lorens , probablemente y finalmente , en la cima de aquel dibujo encantado , un par de pechos salvajes cayendo desde en un declive montañoso directo hacia su cuello largo de cisne .... Por allí empecé a deslizarme , como un *esquiador* hasta alcanzar luego de no pocos minutos , el último dedo de sus piecillos de muñeca . Luego de eso la poseí por momentos , dándole tiempo para recobrase , alternando otros besos y otras caricias hasta dejarla exhausta . ¡Fue como degustar el mas delicioso de los postres , antes de disfrutar de la cena! Lo que siguió como plato de fondo prefiero guardarlo en baúl de pirata de mi vanidad masculina , para no hacer extremada la escritura con semejante torrente de placer .

Esta vez no fue ella la que me condujo a mi habitación , porque me pareció que dormitaba sobre el lecho de flores y no quise despertarla , pensando que tenía legítimo derecho al descanso . Inconscientemente , además , me preguntaba por lo que me aguardaba pasada la hendidura mágica de aquella ventana . Pero la cuarta hermana , definitivamente , no apareció . Era como si hubiese decidido no formar parte de aquel *contubernio sexual* acordado por sus tres parientes . Así es que me dormí avanzada la noche con los fantasmas de la curiosidad bailando todavía en mi loca estructura cerebral .

## CAPITULO XVI

Al día siguiente muy temprano Dina vino a despertarme . Vestida con aquellas ropas negras sacadas de una narración de Salem se sentó a mi lado y alcanzó a distinguir el bosque de pelos de mi pecho desnudo , asomando entre las sábanas . ¡Pero estaba decidida a contenerse! Como si temiera faltar a una norma sagrada e inalterable ...

- No lo haremos en esta casa , ¡por ningún motivo! - me comentó muy seria , aguantando la respiración para ahogar de un modo efectivo su espíritu de sacerdotisa celta .

Yo me sentí bañado con el mas execrable de los cinismos . No obstante , si ella no me preguntaba directamente , reflexioné , no tenía porque ponerla al tanto de lo ocurrido . ¡Probablemente no me hubiera creído! Al fin de cuentas , como era de esperar , adoraba a sus hermanas y estas le correspondían plenamente .

En el comedor me aguardaba el resto de la familia , a excepción de Isolda , la chica que había echado de menos en las correrías bajo la luna llena . Llegó a sentarse con diez minutos de retraso , luego de su “paseo matinal por el huerto” , según dijo en un tono visiblemente suspicaz .

Me contemplaba de un modo distinto , como si no hubiera deseos de hembra en sus pupilas color azul profundo . Quizás algo de rabia , pensando tal vez que yo era una especie de demonio personificado o algo así . De cualquier manera , se esforzó en no parecer descortés . De todas era “la mas *vikinga*” , pensé , observando sus labios carnosos encendidos y el bucle de sus cabellos de cobre recayendo alrededor de su cuello cubierto porfiadamente por la seda blanca .

El resto del día lo dedicamos al paseo y ellas , las de la casa , a sus tradicionales tareas marcadas por dos o tres sesiones de oraciones obligadas . Hasta que por fin , nuevamente , llegó la noche y mis ansias renacieron como la saliva en las fauces del lobo que se apresta a comer . No lo notó , afortunadamente , mi esposa cuando me despidió una vez mas con un suspiro en la puerta de mi habitación antes de dirigirse a la suya .

- No olvides que mañana nos vamos - me señaló , enviándome una mirada ansiosa de virgen reprimida .

- Cada cosa a su tiempo - le respondí con voz de villano .

Luego me tendí solitario en mi cama... a esperar . Sin embargo , los minutos primero y después las horas comenzaron a pasar . Aguanté despierto con la angustia insatisfecha jugando en mi boca , ¡duro como una roca! , por mas de cuatro horas , hasta que el sueño y la decepción empezaron a consumirme . Afuera , antes de cerrar los párpados , me hacía burla con una sonrisa de payaso la misma luna llena primaveral de la noche anterior .

Cerca de la tres de la madrugada sentí de pronto que una mano fría me recorría peligrosamente el cuello . Abrí los ojos sin mover ni siquiera levemente ninguno de mis músculos, completamente desnudo como me hallaba cuan largo era sobre la cama .

Entonces pude distinguir la silueta extraña de Isolda . A diferencia de sus hermanas , se hallaba enteramente vestida con su tradicional atuendo oscuro . Su diestra , sospechosamente , palpaba mi manzana de Adán , como si se dispusiese a estrangularme . De pronto sacó a relucir su otra mano con una prenda de vestir y esgrimiendo una sonrisa irónica , me la exhibió .

- ¿Es suyo? - preguntó , casi en susurro .

- Si - contesté lacónicamente , reconociendo de inmediato mi calzoncillo extraviado durante la noche anterior en el lecho de flores . De cualquier modo , era un hecho que ningún varón en varios kilómetros a la redonda poseía semejante *modelito* interior .

Ella lo dejó caer con exactitud admirable justo encima de las partes íntimas que aquella seda color azabache debían cubrir . Pero , en vez de cohibirme , aquello no hizo mas que encender repentinamente la mecha de mi polvorín de guerra . Ella lo notó de inmediato , cuando el pícaro paño comenzó a levantarse groseramente semejante a una carpa de circo . Su primera reacción fue ponerse de pie como quien intenta huir a tiempo de una habitación en llamas . No obstante , una de mis garras ya la cogía con fuerza por debajo de su vestido , asiendo uno de sus esplendorosos muslos . Quiso gritar , pero el temor al escándalo , lo mismo que sus hermanas , la obligó a permanecer en silencio .

- ¡Satanás! - me susurró de nuevo , con los ojos desorbitados .

No la dejé hablar otra vez , porque ya me erguía sobre su pechos prominentes sacados de una pintura de Goya cuando amenazaban hacer explotar los botones de su traje . Con un tirón se lo arranqué yo mismo , dejando a la luz de la luna sus pezones rojos , característicos en su portentosa familia de Evas nórdicas . Luego fui deshaciendo con mis dientes el resto de las ataduras que envolvían su precioso talle , hasta que por fin la tuve completamente desnuda sobre la cama .

Allí se mantuvo mirándome , mientras me ponía de pie frente a ella , dispuesto a partirla en dos ... Pero me di la maña y el tiempo para aventurarla en el disfrute . Sabía instintivamente que debía dedicarle mas que a las otras y eso hice , con toda la ciencia erótica que mi naturaleza privilegiada me había sabido regalar hasta ese momento .

Ni siquiera entendí porque me costaba tanto salir de una hondonada hacia otra , ni porque la miel del tacto que emanaba de la punta de mis dedos , de mi pecho sudoroso , de mis muslos , de mis hombros , de mis rodillas , competían locamente para abarcar a su turno o a veces en conjunto , las distintas partes de aquel cuerpo fuera de serie e increíblemente palpitante . ¡Parecía crujir , como una hoja de otoño , por debajo de la piel , cada vez que me detenía mas de lo aconsejable en un punto impreciso! ¡Todo en ella , su piel , su transpiración exquisita , su sabor , me pedían a gritos una precisión perfecta! ¡No aceptaba menos! ¡Era esa especie de violín *stradivarius* del que sólo a un maestro le estaba permitido arrancar la nota sublime!

Cuando llegamos al borde de la cima , noté que había obtenido de ella el mas formidable de los conciertos . Lo resistió todo , intentando condenadamente contener la pasión volcánica que la dominaba , hasta que la máquina venusiana de su cuerpo acabó sumergiéndola abruptamente , desesperadamente , en los últimos suspiros. Fue un orgasmo triple ... o cuádruple o uno sólo crepitando como el chorro una ballena sobre la superficie de un mar torrencioso . Algo que , sin duda alguna , resultaba muy difícil de explicar . Cuando miré el reloj , noté que el puntero marcaba el paso de tres horas . ¡Tres horas , sin el mas mínimo asomo de evasión!

Puedo decir en mi favor , humildemente ,que al despedirse desde la ventana de la habitación , el susurro porfiado de su voz me envió la única sentencia que cabía para aquella ocasión:

- ¡Tristán!

Eso fue todo . Un tipo de sentencia que mi pobre cultura desconocedora por completo de las mitologías nórdicas , me impedía entender en su total magnitud en ese momento . De haberlo sabido , me hubiera sentido enormemente halagado . En cambio , creí por un segundo que simplemente me estaba enviando otra mas de sus imprecaciones terribles ...

En la mañana siguiente doña Crisálida y sus cuatro hijas nos despedían en la misma plaza en que éramos recibidos con mi cónyuge dos días antes . La madre de Dina se mostraba satisfecha por una extraña razón .

- Lo perdono , hijo mío - me murmuró al oído , antes de dejarme subir al carruaje .

Como notó en mis ojos una expresión de duda , se atrevió a confidenciarme :

- Vi la sábana de su cama... ¡Ya ve que mi hija era virgen!

¡Con que eso significaba! Pensaba que Dina había consumado conmigo el matrimonio carnal una de aquellas noches . ¡Inocente y admirable mujer! Su suspicacia no llegaba mas allá en su trozo de planeta inmaculado . Sus otras hijas , con toda certeza , no se habían atrevido a insistir en la segunda noche frente al temor de una delación por parte de Isolda que , antes que a mi , les debió exhibir el canzoncillo hallado en el huerto... ¡Una ensalada de equivocaciones , al fin de cuentas! Únicamente yo conocía la historia real y yo también la había disfrutado en total plenitud .

De cualquier modo , ¡no podía quejarme de mi *luna de miel* ! Lo malo es que no lograba impedir el brote de algunos remordimientos , aunque estaba claro que poseía una suerte bárbara . Tal vez se trataba , intentando filosofar , de una despedida justa para el *rey de los gígolo* . Además , me quedaba en el fondo claroscuro de mi corazón una conclusión valiosa : ¡entre cuatro diosas *vikingas* , la mejor , la mas deseada y la amada indiscutible , era mi adorada esposa!

Pude refrendarlo cuando nos detuvimos en un hotel de la gran ciudad , en Pennsylvania todavía y le dedicamos dos días , con sus noches , al solaz del amor , para consagrar nuestro matrimonio .

Casi no supe responderle en el instante en que súbitamente , interrumpiendo lo que hacíamos, me dijo :

- Hay algo que me está mortificando desde que abandonamos mi casa...

Sentí que un torrente de agua helada inundaba mis venas .

- ¿De qué se trata? - la inquirí nervioso .

- Pues... , dime , ¿qué es lo que te dijo mi madre al oído en la despedida?

- ¡Ah , eso! - suspiré aliviado , sin percatarme de mi expresión delatora .

- ¿Acaso esperabas otra pregunta? - chilló ella .

- ¡No , por cierto! ¡Eso y nada mas que eso! - me apresuré a aseverar . Enseguida le expliqué con la mejor de mis *cara dura* : - Sólo se trató de una bendición de tu santa madre .

Sonaba convincente . La duda mía se cifraba ahora en si continuaría mintiéndole o si valía la pena aventurarme una vez mas y confesarle toda la verdad . Tampoco estaba seguro de poder seguir siéndole fiel . Si bien no deseaba mas adelante insistir en aquella ridícula ocupación de seductor profesional , otra cosa muy distinta era sentirme con las fuerzas suficientes para rechazar escenas imprevistas tan fascinantes como las que acababa de vivir en casa de mi suegra . ¿Algún hombre con su testosterona en regla podía?

Mi naturaleza conquistadora me perseguía como el oso persigue a la miel . Saltaba a la vista que se trataba de algo que iba mas allá de mis intenciones ; lo expelía mi piel , semejante a un raro aroma y no muchas mujeres se mostraban indiferentes a esa especie de encanto extraño .

Entonces una idea no menos extraña se apoderó de mi cerebro poco antes de subir al avión que nos conducía de regreso a Nueva York . Si existía algo anormal en mi estructura química , física o lo que fuera ,

quería saberlo y de pronto se me ocurría que la forma mas atinada de responder a eso era poniéndome en manos de personas entendidas en el tema... si es que las había .

Al principio me pareció difícil hallarlas . No obstante , la *gran manzana* visiblemente ofrecía de todo y para todo gusto . En alguno de sus meandros de concreto debía estar esperándome algún científico loco dispuesto a indagar acerca de mi naturaleza fuera de lo común . Eso último , por lo demás , no tenía porque ocultárselo a mi *bomba roja* , aunque ella lo tomó a la risa en un comienzo. Luego , pensándolo mejor , concluyó :

- ¡Y por qué no! ¡Así sabremos si podemos quitarte un poco de tu encanto para que dejes tranquilas a otras mujeres!

Claramente no se tragaba ni por un segundo lo de mi fidelidad futura y quizás deseaba también conocer lo que la ciencia podía decir respecto al raro comportamiento de las mujeres en torno a mi .

- Después de todo - musitó con ternura - yo he sido una mas de tus víctimas .

¿Víctima? No lo sentía así , porque la amaba . Pero podía serlo , sin lugar a duda , de mis infidelidades sin término y eso me preocupaba porque mas temprano que tarde aquello acabaría por cansarla . Al fin de cuentas , no vivíamos en Arabia donde un hombre podía casarse con cuatro mujeres y si bien Nueva York no correspondía al paraíso de los santurriones , sus costumbres vanguardistas intentaban en la medida de lo posible imprimir en sus habitantes una conducta monógama , respetable y quizás añorable .

## CAPITULO XVII

El *internet* me sacó de la duda cuando me encontré con la casilla electrónica de un científico que bajo el seudónimo de *Camerún* - como el país - ofrecía pócimas sexuales secretas para aquellos hombres deseosos de conquistar mujeres . Aunque el asunto sonaba extraño , me pareció por lo menos que podía tener una relación directa con el origen de mi *enfermedad seductora* . Así es que decidí comunicarme con él . Un día después me citó a su oficina en el corazón de la Quinta Avenida .

Era un prestigiado egresado de Harvard , con un doctorado en química y otro en psiquiatría y... , lo mas importante , no se trataba de un hombre , sino de una mujer de no mas de 30 años , de ébano puro , heredera genuina , según decía , de una ancestral tribu del norte de Africa . Alta y bien formada , correspondía a ese tipo de mujer que , por alguna razón inentendible , escondía su belleza natural . La respuesta a eso fue en realidad lo primero que le escuché , cuando luego de contarle mi problema , me dijo llanamente y con una sonrisa de oreja a oreja :

- Conmigo no tendrás problemas , porque soy lesbiana .

“¡Qué desperdicio!” , pensé , deduciendo que debía tratarse de la conjetura ordinaria de todos los hombres que se cruzaban en su camino . En lo que a mi concernía , aquello verdaderamente me sirvió de aliciente para confesarme abiertamente delante de ella .

Me tendió en uno de esos camastros extraídos de las consultas freudianas que tanto complacen a los psicoanalistas y antes de darme por enterado de lo que me estaba ocurriendo sentí que un pesado sueño me poseía . Al despertar , minutos mas tarde , *Camerún* me explicó :

- No temas . Es sólo que necesitaba hipnotizarte... para verificar cuanto hay de verdad en tu historia . Ya sabes , los hombres son bastante mentirosos y fanfarrones a la hora de hablar de sus aventuras amorosas . ¡Pero lo tuyo es cien por ciento verídico! Ya me he dado cuenta y estoy francamente asombrada...

De ahí en adelante fue como irnos por un tubo . Ella preguntaba y yo le contaba simplemente todo aquello que deseaba saber , sin ocultarle ni siquiera el mas mínimo detalle .

- ¡Caramba! - exclamó , luego de auscultarme por mas de dos horas - ¡El tuyo si que es un caso extraordinario! ¡Verdaderamente pareces ser el *rey de los gígolo*! ¿Cómo se puede vivir con semejante condena?

Mas que una inquisición era un juicio sincero ; una manera enteramente distinta de ver las cosas . Aunque algo de verdad encerraba eso porque no en vano me encontraba allí buscando conscientemente una *solución* a lo que empezaba en mi vida a convertirse en un *problema* auténtico .

- Un problema del cual no pareces ser enteramente culpable - dictaminó , leyendo de algún modo mi mente .

- Ciertamente - asentí - Existe algo en mí que muchas mujeres no logran resistir ; una suerte de atracción inexplicable que me convierte en el postre deseado de la sobremesa femenina .

- ¡Ya quisiera que me ocurriera igual con mis conquistas del mismo sexo! - comentó ella , sonriendo nuevamente - ¡Ni siquiera te imaginas lo complicado que resulta para una lesbiana seducir a otra mujer!

- Si se tratara de machos , no tardarías en tener a tus pies a cualquiera - le hice ver , agarrando confianza .

- ¡Ya lo ves! Las cosas nunca son como una anhela .

- Así no mas - coincidimos , suspirando - ; pero , dime , ¿vislumbras alguna solución a lo mío?

- Veamos que podemos hacer al respecto - contestó ella , buscando en su guía personal de teléfonos un número . Enseguida llamó y habló en voz alta con otra persona , contándole a grandes rasgos el caso . Finalmente colgó y volviéndose a mi mas seria , me advirtió : - Tendrá que concerner nos unos días . Te internaré en una clínica muy especial... , si estás de acuerdo , naturalmente.

¡Por supuesto que lo estaba! Me hallaba decidido a llegar hasta las últimas consecuencias con aquel experimento . Sabía por lo demás que Dina me apoyaba en eso . Así es que luego de asentir entusiastamente , nos concertamos para lo que venía .

Una semana mas tarde y después de despedirme fogosamente de mi esposa , tomé una maleta y me subí al automóvil de *Camerún* . Parecía doblemente animada ahora . Había estado discutiendo mi caso con algunos colegas suyos que me aguardaban gustosos en una clínica en las afueras del distrito céntrico . Era una mansión de color rosa , sin letreros en la puerta , cuidadosamente vigilada por guardias de seguridad .

Tuve la impresión que se trataba de una casa de orates o algo por el estilo , pero en cuanto estuve en su interior me di cuenta de su característica principal : ¡únicamente había mujeres! Jóvenes , maduras , viejas ; morenas , rubias , trigueñas ; asiáticas , negras , blancas... ¡Para todos los gustos y modalidades!

No pasó sin embargo inadvertida la segunda peculiaridad : ¡se trataba de mujeres tristes!

- En avanzado estado de depresión... , por situaciones amorosas - me explicó al oído *Camerún* , leyendo como siempre mi pensamiento mientras me presentaba a los médicos y las enfermeras que atendían el recinto .

¡Esto si que constituía algo completamente nuevo para mi! No entendía casi como seres de mi misma especie podían sufrir o deprimirse de ese modo por situaciones vinculadas al amor . ¡Habiendo tanto de ambos sexos esparcido por la faz tierra y , sobretodo , tantas posibilidades de sustituir a una persona por otra! Pero esa era mi manera singular y a lo mejor ridícula de ver las cosas, concluí , sin atreverme a exteriorizar mi opinión .

- Aquí experimentaremos contigo - me dijo *Camerún* , mostrándome su sonrisa habitual . El resto de sus colegas la acompañó con la misma mueca entusiasta , clavando sus ojos en mi como si yo fuese una especie de conejillo de india .

Sólo quise dejarles en claro una cosa :

- Ya saben , nada de drogas , ni de pócimas extrañas...

- Despreocúpese de eso - me aseguró el galeno que hacía las veces de director , un psiquiatra sesentón llamado Ferdinand que me miraba amable a través de sus lentes sustraídos de una película de Jerry Lewis .

Luego me condujeron a mi cuarto . Era un *suite* extraordinaria que nada tenía que envidiarle a las mejores habitaciones sensuales de mis palaciegas víctimas amorosas de los días pasados . Con una cama ancha , de agua y una corrida de espejos laterales que me rodeaban , un barcito acogedor y un baño de mármol a la vista .

- Queremos que se sienta a gusto - me explicó Ferdinand , ordenando a una de las enfermeras que acomodara el exiguo vestuario de mi maleta .

Enseguida todos se retiraron , algunos de ellos sobándose las manos - incluyendo a *Camerún* - , como diciendo : “¡Esto se pone bueno!” . Una especie de *morbosidad científica* , si es que cabía el término , frente a lo que se avecinaba . Y tenían sus razones , probablemente , porque no tardaron demasiado en llamar a la puerta . No eran esta vez , como supuse , ni enfermeras ni médicos, si no dos pacientes con las que me acababa de cruzar en los pasillos . Una de ellas , la mas afligida , parecía bordear los 40 años y sus cabellos rubios y desgredados no lograban ocultar sus atractivas formas femeninas . La segunda , un poco menor , trigueña y pecosa , abundaba un algunas *gorduritas*, pero aún así no se veía desagradable . Las dos , de cualquier modo , parecían consumidas por la depresión que las embargaba .

- Nos han dicho que usted es un nuevo doctor y que puede ayudarnos...

Era una burda mentirilla ideada por mis anfitriones , para enviarlas a mis aposentos . Decidí prestarme al juego . Estaba claro que me observaban a través de los espejos .

- Adelante , por favor - les rogué caballerosamente , invitándolas a sentarse en los fastuosos sillones que circundaban la cama .

Recordándome enseguida del estilo de entrevista que practicaba *Camerún* conmigo , comencé a interrogarlas . Ambas tenían una historia bastante similar : el hombre que amaban las había abandonado . Además , parecía haberse adueñado de ellas un sentimiento de rechazo visible hacia el sexo opuesto al que le achacaban , como solía ocurrir con muchas despechadas , una maldad común . “¡Todos los hombres en un mismo saco!” , como diría un filósofo barato .

Me senté frente a ellas con determinación , antes de lanzarles una andanada de inquisiciones. La táctica muy pronto comenzó a surtir efecto . ¡Era como estar aflojando al máximo la cerradura de una llave de agua! y el líquido , en este caso , equivalía a un diálogo fluido . Sería mentir el aseverar que presté la debida atención a la ensalada de dramas que adornaban sus vidas . Las dos hablaban alternadamente o a un mismo tiempo a veces y me pareció por un instante recordar el cacareo de las gallinas , aunque eso sonaba demasiado ofensivo .

Pasado 45 minutos se detuvieron por fin , cuando la ronquera principiaba a hacer a estragos en sus gargantas . Entonces , lentamente , me fui metiendo en la interlocución ...

Antes de un cuarto de hora las tenía en el punto que deseaba : rememorando la intimidad sexual con sus ex parejas . En ese momento noté que tartamudeaban . Tal como suponía , sus relaciones maritales estaban en el nivel cavernario . Sus ídolos masculinos de una vida se habían comportado con ellas como precarios jinetes cercanos a la eyaculación precoz adolescente . ¡Nunca habían sido ellas las culpables de aquello! Para eso , al fin y al cabo , estábamos los amantes profesionales , para hacerles entender que habitaba un mundo de placer infinito en una relación sexual adecuada . Asi es que me dispuse a explicárselo , sapientemente , cadenciosamente...

A medida que hablaba , un rubor alarmante subía por las mejillas de ambas . Luego siguió una salivación extraña que supe endulzar , por supuesto , con una copa de licor que saqué a tiempo del barcito .

¡Era como si acabaran de percatarse de mi presencia! y... de lo que podían hacer conmigo en aquella cándida habitación .

La rubia fue la primera en evidenciar signos de impaciencia . Disimuladamente en un principio , desvergonzadamente después , empezó a desabotonarse el pecho dejándome entrever sus cariñosos melones preparados para una cosecha de primavera . La segunda no tardó demasiado en hacer lo mismo , fingiendo que el calor la sofocaba . Una corrida de pecas preciosas se amontonaban mas abajo de sus clavículas encantadoras .

Ni siquiera necesité insinuarme y poco a poco , mientras las interpelaba , fui recibiendo sus prendas de vestir como afectuoso tesoro . Luego empecé a desnudarme yo , delante de ellas , sin apuro. ¡Me deleitaba aquel comportamiento absurdo y claramente narcisista! Pero a ellas las deleitaba todavía mas y eso era lo único que podía decir en mi favor , antes de ahogarme en el lago como el campeón de los vanidosos

....

Cuando finalmente se lanzaron sobre mi , las contuve cariñosamente intentando triplicar en ellas las caricias que pudiera haberle brindado a una sola . Era un arte algo complicado , pero sabía como hacerlo y puse en ello toda la maestría forjada en el mar de mi variada experiencia .

Para no faltar a la verdad , debo reconocer que ambas llegaron al clímax inicial antes de decidirme al ataque de fondo . El resto fue pan comido . Tuve la impresión que las dos acababan de abrir una ventana desconocida que las extasiaba . La escena duró mas de una hora y me enorgullece confesar que la magia , esta vez , no estuvo en la intensidad de sus éxtasis , sino en la rapidez con que conseguí despertar en ellas la continuidad del placer después de cada estallido orgásmico . ¡No lo olvidarían fácilmente! Ni ellas , ni quienes nos espiaban , probablemente ....

Cuando por fin se retiraron , extenuadas , ya no deseaban seguir internadas en aquel lugar “a menos que pudiéramos visitarte otra vez” , me dijeron . Pero yo fui muy claro con ambas en ese punto, porque anhelaba que saliesen de nuevo al mundo para reiniciar sus vidas “¡como Dios manda!” , conscientes de que “una buena relación de pareja hace a la pareja ideal y no una pareja a la relación ideal” .

Les gustó , indubitadamente , aquella nueva filosofía y a la hora de la cena me enteré que ya no estaban en el recinto . Esa noche , antes de dormirme , vino a mi habitación el doctor Ferdinand con *Camerún* , a ratificármelo . Aunque no me confesaron que habían estado siguiendo la escena íntima con las dos pacientes , “por ética” , entendí que lo habían hecho y que incluso podían habernos filmado , “para fines científicos” naturalmente . No me importaba , con tal que llegaran a un dictamen final en mi caso . Sin embargo se hallaban lejos de eso y su curiosidad continuaba en franco aumento .

## CAPITULO XVIII

Al día siguiente me pidieron que prosiguiera con la farsa del supuesto médico para “facilitarme las cosas” y para que pudiera alternar sin complicaciones con las demás pacientes del lugar . Así es que salí a recorrer las habitaciones y los pasillos con un *guardapolvo* blanco y con un estetoscopio colgado del cuello , simulando saber de una profesión que estaba a años luz de conocer. No obstante , resultaba evidente que me evitaban de ese modo el tener que dar mayores explicaciones acerca de mi súbita presencia en el recinto .

Noté que en todo momento me seguía a corta distancia algún médico verdadero , acompañado de una enfermera . Eran los encargados de observarme “en acción” . ¡Y la acción se inició mas temprano de lo que esperaba! Antes de caer la nueva noche , ya tenía golpeando a mi puerta a una considerable cantidad de pacientes deseosas de conocer mi “punto de vista profesional” , según decían , acerca de sus enfermedades .

Las hice pasar , cada una a su turno y , para ser sincero , solamente prolongué mi tiempo mas de lo necesario con aquellas que encontré lo suficientemente apetecibles para las clases de “terapia privada” . ¡Un trabajo agotador! , lo confieso y además , en apariencia , interminable . Quedaba de manifiesto que no podría dar abasto para el numeroso contingente femenino que , según mi ridículo criterio , merecía aquellas concesiones íntimas de mi parte .

En mi favor , nuevamente , sólo podía alegar una cosa : que no hubo como de costumbre “víctimas” insatisfechas y , lo que sonaba aún mejor , que aparentemente todas las que salían de mi habitación se hallaban dispuestas a marcharse de la clínica lo mas luego posible para buscar afuera las expectativas múltiples que ofrecía el mundo exterior .

- Esta ciudad está llena de individuos como yo - les aseguraba , para alentarlas , añadiendo suspicazmente : - y de unos pocos de la especie masculina que las ha traído hasta aquí .

Ninguna dejó de entenderlo . ¡Debían darse una nueva oportunidad en sus vidas! y saber que así lo harían a partir de sus vivencias conmigo , me llenaba de orgullo y me hacía sentir menos ruin de lo que pudiera haberse sentido cualquiera en mi caso . ¡Aunque los sentimientos de culpa nunca habían sido mi especialidad!

Las cosas parecían marchar viento en popa hasta que , imprevistamente , los médicos del recinto advirtieron que en menos de una semana acababan de perder la mitad de sus pacientes . Entonces , como era de suponer , el aspecto financiero primó sobre cualquier otra consideración “científica” , incluyendo la que excusaba aquella rara experimentación con mi persona .

¡Yo solo era capaz de borrar la depresión de las mujeres mas amagadas por sus cuitas de amor en una pasada de pintor! , en tanto que ellos demoraban meses a veces en aliviarlas ligeramente. En otras palabras , ¡los estaba arrastrando a una catástrofe económica de proporciones!

Apenas se dieron cuenta de su grave error , corrieron a señalármelo .

- Lo siento mucho - me explicó el doctor Ferdinand , acompañado como siempre de *Camerún* - , pero no podemos continuar teniéndolo a usted dentro de este recinto , ¡por que es usted un verdadero “peligro público”!

No entendí muy bien si se trataba de palabras cordiales o no , aunque poseía la inteligencia necesaria para suponer que ya no era bienvenido allí y que incluso la mas elemental de las “curiosidades” dentro del vasto campo de la ciencia tenía “límites razonables” . ¡Los que concernían a mi persona acababan de sobrepasar todas las vallas de medición aceptables! No cabía duda .

- Pero , ¿qué hay de mi *problema*? ¿Cuáles fueron las conclusiones? - pregunté con mi desatino de costumbre .

- Eso lo determinaremos mas adelante - contestó Ferdinand , mientras echaba mis pertenencias dentro de mi maleta y me quitaba el *guardapolvo* blanco y el estetoscopio , maldiciendo entredientes el momento en que había tenido la ocurrencia de pasármelos .

Esta vez *Camerún* no me llevó en su automóvil de regreso a casa . Incluso , me despidieron pasado el umbral con un portazo y de allí debí caminar a la calle en busca de un taxi , con la rara sensación del futbolista expulsado en mitad del partido . ¡Vaya partido! No podía alegar por lo menos que había sido desagradable . Además , había cumplido con holgura cuanto esperaban ellos ver en mi. En otras palabras , ¿qué estuvo mal?

Mi mentalidad de burro no lograba explicármelo .

La mas feliz de verme , naturalmente , fue mi *bomba roja* que para variar no me dio tiempo a desempacar antes de ofrecerme su habitual recibimiento .

- Habrás estado soñando con esto la semana corrida , ¿verdad *gatito*? - me dijo simplemente y enseguida me tiró encima de la alfombra , porque ni siquiera me permitió alcanzar la cama .

Respondí con la misma fiereza animal que caracterizaba todas nuestras peleas a *nockout* rendido y como siempre al final de la contienda sentí que los dos habíamos ganado . ¡Adoraba aquella criatura explosiva!

Sin embargo , cuando por fin regresó la calma , se quedó tendida en el suelo dibujando con señas imaginariamente el techo . Me estaba escribiendo algo , una palabra . No la deduje al principio porque insistió en escribirmela en su idioma nórdico . Le pedí entonces que lo hiciera en inglés y luego en castellano . Las señas que utilizó con el último idioma fueron mas sencillas de distinguir, básicamente porque le faltó el palito demarcatorio a la “ñ” .

- ¡Niño! - grité extasiado - ¡Un niño! ¿Esperas un hijo?

Ella se puso a silbar graciosamente , sin despegar la vista del techo . La besé tiernamente , hundiéndome en esos enormes ojos *aguaturqueza* que todo me lo decían .

Creo que enseguida me largué a llorar de alegría . ¡Era el mejor regalo del mundo! ¡Un hijo! Aunque bien podría tratarse de una niña , pensé , sintiendo que la ternura se multiplicaba en mi corazón hispano . A los isleños nos gustaban las familias , grandes o pequeñas y las mujercitas preferentemente , porque acarreaban una unión hogareña mas duradera . Tal vez le ocurría a todos los pueblos exiliados , en alguna medida .

Dina comenzaba recién su embarazo . Por eso quizás no se interesaba en preguntarme acerca de mi experiencia reciente . ¡Sabía íntimamente que estaba gatillando dentro del vientre la única arma capaz de modificar verdaderamente mi vida!

Principié a entenderlo durante todo aquel largo proceso de la gravidez . Naturalmente , debió dejar de boxear de inmediato , con el dolor de su alma , me confesó , porque ambicionaba pelear - de habérsele permitido - hasta pasado los seis meses de gestación por lo menos . ¡Era una batalladora incorregible!

De manera que forzosamente debí pensar en algún trabajo mas honesto y estable para mi . Lo primero que encontré a la mano fue un puesto como tendero entre los portorriqueños , donde mis amigos del *Bronx* me acogieron con el cariño de siempre . No me desagradaba cargar verduras y frutas y venderle a las señoras del barrio , con tal de volver al apartamento de Dina por las noches y poder acariciarle su preciosa barriga a medida que iba creciendo .

Como era de esperar , finalmente debimos olvidarnos de hacer el amor , pero extrañamente , no resultó ser algo que echara de menos en lo inmediato y , lo que parecía mucho mejor , tampoco me di el tiempo de buscar otras mujeres .

Sin notarlo al principio , un fenómeno inusual pero palpable , se estaba operando lentamente en mi . De pronto el estado de gravidez de mi esposa y mis ansias de convertirme en padre , tal vez , habían logrado el milagro que deseaba conseguir hacía tanto tiempo : ¡estaba perdiendo mi atractivo irresistible con el sexo opuesto! Me costó asumirlo en un primer momento , pero luego terminé aceptándolo como una formidable bendición .

Era como si aquellas mujeres que antes me confundían con un helado de fresa , ahora intuyesen a distancia mi paternidad a flor de piel . Llamé , inclusive , a *Camerún* para contarle del asunto y ella me citó una vez mas a su consulta para preguntarme detalles .

- Puede ser - dijo , rascándose una oreja , sin demostrar plena seguridad - Quizás nos esté indicando que se trata de algo químico - concluyó enseguida .

- ¿Algo químico?

- ¡Claro que si! ¡Equivales a una carga monstruosa de feromonas altamente atractivas para el sexo femenino! Pero tus ansias de paternidad parecen neutralizarlas . He sabido de casos anteriores.

No podía negar que me hallaba a años luz de poder comprenderlo , pero sabía que algo así debía estarme ocurriendo y que ni siquiera se trataba de un fenómeno voluntario de mi parte .

Algunos meses después llegó la hora de la verdad . ¡El momento mas hermoso de mi desquiciada existencia! ¡Dina me dio una preciosa niña! Una mezcla graciosa de *vikinga* colorina y de cubana con ascendencia extremeña castellana , de ojos color miel y de sonrisa cautivadora . Me miró desde su primera cuna con una circunspección fascinantemente ridícula - al estilo de los Almagro - , con una carga de sinceridad al cien por ciento , como si intuyese de antemano con que tipo de padre tendría que vérselas en el futuro . Luego alzó los bracitos en un aleteo parecido al de los halcones que se disponen a emprender el vuelo ; aunque pensándolo bien , aquello parecía ser el augurio de una afición porfiada por el boxeo , como la de su madre... En realidad , cada vez que acariciaba mi rostro , terminaba torpemente dándome una seguidilla de golpecitos semejantes a una sesión de entrenamiento .

Su madre , para variar , no dejó pasar un par de semanas antes de ceder a la desesperación que la consumía y , sin previo aviso , contra todas las recomendaciones razonables , volvió por su cuenta al gimnasio . En un principio lo hizo acompañada de Lucecita , nuestra hija que , traviesamente se convirtió en corto tiempo en el *duende* mágico de los *peloduros* que frecuentaban aquel recinto .

Mas tarde comencé a reclamar yo su compañía amorosa , arrastrándola a un nuevo trabajo que encontré en las proximidades del *eimpaire state* , en un local de venta de artículos para bebés . Su dueña ,una libanesa simpática , permitió gustosa la cercanía de Lucecita convencida de que , tratándose de un negocio para lactantes , no podía haber mejor propagandista en el lugar que una criatura tan adorable como mi pícara primogénita . Incluso , no tuvo reparos en ponerla en los mejores *corralitos* destinados a la venta y alargarle todos los juguetes que su mirada curiosa solicitaba .

Puede decirse que era una chica que empezaba a crecer caprichosamente , pero yo y su madre y mi dadivosa empleadora también , estábamos dispuestos a darle cuanto se le antojaba . Así es que poco a poco , me fui convirtiendo en un esclavo sin remedio de los balbuceos de aquella *duendecilla* , como si un simpático destino quisiera hacerme pagar a toda costa , en manos de una mujer , todo lo mal que me había comportado en los días pasados con las integrantes del llamado *sexo débil* .

Lo mejor , no obstante , se centraba en que no me sentía incómodo en absoluto con todo aquello . ¡Aceptaba de buen grado mi *castigo*! ¿Lo era realmente? Por lo menos , cumplía con un objetivo evidente : de querer portarme mal , ¡ni pensarlo!

El mundo completo a mi alrededor de una u otra forma parecía haberse confabulado para arrastrarme a una especie de existencia casi monacal , por decirlo de alguna manera . Aunque , lo confieso , no dejaba de sentir permanentemente encima mío la mirada del único ojo de don Diego de Almagro dándose una voltereta dentro de su sepultura , si es que la tenían sus huesos repodridos en algún rincón de éste pícaro planeta...

## CAPITULO XIX

Parecía verdaderamente haber llegado al epílogo de mi ridícula aventura como *rey de los gígolo* . Quise un día , incluso , intentar atraer con aquellas artes mágicas que tan favorables me habían sido en el pasado , a mi buenamoza empleadora , pero ella se largó a reír como un topo . ¡Le causaba una gracia irremediable verme en ese trance de seductor!

- ¿Seductor , tú? - me preguntó asombrada , sujetándose el estómago todavía después de tanta risotada .

Le conté entonces por todo lo que había pasado . Ella me quedó espiando con esos ojos extraños que ponía Stalin a la hora de decretar un fusilamiento . Enseguida me dijo :

- ¡Mentiroso! ¡Antes creería que fuiste un *kamikasi*! y ya se que eres demasiado joven para haberlo sido .

Fue su convicción final e inamovible . También la de las numerosas amigas tuyas que concurrían a la tienda , a las que les deslizó con su desvergüenza adorable parte de mi gran secreto . ¡Terminaron igualmente muertas de la risa! ¡Definitivamente parecía haber perdido todo mi *sexapeal*!... No porque anduviese desarreglado . Por el contrario , preocupado como me hallaba en el trasfondo lúgubre de mi conciencia de puerco , nunca me interesé tanto en lucir lo mejor posible . Al extremo que Dina , abandonando su indiferencia habitual por mis deslices , empezó a sospechar equivocadamente y - ¡cosa inaudita! - hasta tomó la determinación de celarme .

Primero cargó contra la libanesa a la que se empeñó en espiar desde una esquina cada vez que cerraba la tienda . No demoró en darse cuenta que desperdiciaba su tiempo . Entonces optó por seguirme a media cuadra de distancia , cada vez que me separaba unos minutos de Lucecita y me regalaba un tiempo de libertad personal .

Al principio no me di cuenta de su presencia al estilo Holmes , detrás mío , con nuestra hija colgando de uno de sus brazos . Mas tarde me olvidé del asunto y proseguí con mis escapadas habituales con toda la normalidad que aconsejaba el caso . Generalmente no pasaba de una visita a un local de *pool* de hispanohablantes , no muy lejos de la acogedora casa que habíamos cambiado recientemente por el apartamento . Algún lugar donde compartir el aroma del juego que tanto gustaba a mis ancestros .

Las muchachas latinas que adornaban como bellas flores aquellos rincones , rara vez o ¡nunca! para ser mas preciso , fijaban sus ojos en mi . Una de ellas , incluso , en el colmo de su atrevimiento , me dijo :

- ¡Hueles a lactante!

No me sentí mal por eso , sino mas bien por la expresión de su rostro que , definitivamente , cerraba toda posibilidad de ser seducida . Imprevistamente , de seductor incuestionable me había transformado en una suerte de *mutante* despreciable para los juegos de amor de las mujeres .

Deseosa de conocer mis adelantos en aquel declive inexplicable , vino a “verme en acción” la sonriente *Camerún* . Como era una negra sumamente atractiva , mis compañeros en el local de *pool* creyeron que mi fortuna con el *sexo débil* había mejorado repentinamente .

- ¡A todos nos llega la suerte! - me señaló un salvadoreño obeso en castellano , con una suspicacia jocosa , sin percatarse que la psiquiatra también se manejaba en nuestro idioma .

- ¿Quiéres decir que soy la única que se le ha acercado? - lo inquirió ella , sorprendiéndolo .

Repuesto de su sorpresa el centroamericano no vio inconvenientes en darle detalles :

- ¡Ni por gracia divina! Imagínese que he llegado a creer que este tipo sale con alguno de esos *gay* que hay por ahí . ¡Por que no parece tener atractivos para ninguna hembra!

La sonrisa de oreja a oreja de la negra me puso sobreaviso de su ironía . Sus dudas *científicas* , de cualquier modo , estaban resueltas y aparentemente la complacía enterarse de aquel raro desenlace . “¡El que la hace , la paga!” , debía estar pensando su mente revanchista .

- ¡Te lo mereces , villano! - me dijo finalmente , con cierta gracia , invitándome una cerveza en la barra ,mientras agregaba no sin cierta rabia : - , porque lo que nos hiciste en aquella clínica fue una canallada... ¡Casi dejas sin ninguna paciente al bueno de Ferdinand! Se va alegrar cuando le cuente esto .

- No reclames - me defendí de malas ganas - Tu me llevaste hasta allá y fueron tus amigos *matasanos* los que *babeaban* por experimentar conmigo , ¿o no?

En eso nos encontrábamos , hablando de mis *pecadillos* , cuando de pronto el cuerpo de Dina se interpuso entre nosotros sin que alcanzara siquiera a darme cuenta de su arribo . Su mirada de fuego lo decía todo . Quise advertirle que estaba a punto de cometer un terrible error , pero era uno de esos momentos en que ninguna palabra razonable podía escurrirse por sus oídos , así es que antes de que un gallo cantara la vi clavar uno de sus puños de dinamita en mitad del rostro de la psiquiatra . ¡La infortunada saltó por los aires como una hoja soplada por la ventisca!

Al fin de cuentas se trataba de una morena atlética y no en vano los de su estirpe parecían llevar en la sangre el llamado a combatir al león . De manera que no tardó en ponerse de pie y arremeter como una jabalí herida contra su inusitada agresora . No únicamente sabía de química avanzada y de psiquiatría de altas cumbres , sino que además poseía innegables dotes deportivas. Quedó en evidencia en los primeros segundos de la colosal contienda .

Pero poco y nada podía hacer contra los puños de hierro de mi esposa que , antes de lo que dura un *round* conseguía tumbarla de nuevo con dos *uperkout* espectaculares . El público del bar y de las mesas de juego chillaba enloquecido . ¡Algunos la acababan de reconocer y la avivaban como en el *Madison*!

- ¡Dale *bomba roja*! - gritaban a coro .

Tampoco faltaron los simpatizantes de la negra , contados los hombres de color que se hallaban en la sala y que decidieron hacer causa común con ella .

- ¡Acábala , *hermanita*!

El mas afligido era el portorriqueño Carlos que insistía en separarlos a toda costa para salvar los bienes de su recinto , hasta que un gancho monstruoso de mi cónyuge lanzó a dos metros a su contendora y la dejó tiesa , cuan larga era , arriba de una de las mesas de *pool* , no sin que antes las bolas que había allí salieran disparadas en todas direcciones , impactando el vidrio de algunas ventanas que estallaron ruidosamente .

En el instante en que aparecieron los policías llamados por Carlos , la pelea claramente había concluido en favor de mi boxeadora favorita y como siempre me sentí orgulloso por eso . Después de todo , no me había agradado la reprimenda injusta de la psiquiatra en aquel asunto de la clínica . En fin... , nada impidió que tuviera que acompañar a mi adorada campeona a la delegación aquella noche , “por *malavividora*” y mas tarde comprometerme a pagarle el valor de los destrozos al angustiado de Carlos que todavía no se explicaba como ni porque se había iniciado aquella reyerta de Amazonas .

- Si ha sido por tí - me dijo burlonamente - no lo comprendo , porque pareces no atraerle a ninguna mujer .

De cualquier forma , nada superó mi aflicción cuando me vi intentando darle explicaciones a mi esposa en horas de la madrugada , arriba del taxi en el que regresábamos a casa desde la estación policial . Afortunadamente nuestra vecina , doña Elga - una escandinava - se había hecho cargo de Lucecita en nuestra ausencia .

Dejé desahogarse a Dina durante unos minutos , siguiendo mi táctica de costumbre frente a las conductas histéricas del bello sexo . Luego la detuve con la única frase que me pareció razonable :

- ¡Esa era mi psiquiatra! ¡Además se trataba de una lesbiana!

- ¿La del experimento? - tartamudeó , sintiendo que un rubor súbito le subía hasta las mejillas .

- ¡La misma!

Noté que una risilla burlona movía las orejas del conductor .

- ¡Diantre! ¡Si que me he equivocado! - reconoció Dina , con ese sentido autocrítico lacónico propio de los de su raza . No hubo mas que eso . Tampoco se molestó en pedirme excusas , aunque le quedaba claro que se había pasado una película en colores por su cabeza apresuradamente . “¡A cualquiera puede ocurrirle!” , debía estar pensando en ese mismo instante , haciendo repercutir con la magia de la telepatía el eco de su voz dentro de mi cerebro .

Así es que decidimos no seguir hablando mas de aquel asunto . Era evidente que ese percance acababa de asesinar de un modo irredargüible todo conato o intento de celos por parte de mi cónyuge y que acababa también de hacerse interiormente una suerte de promesa *vikinga* en tal sentido , dispuesta a no molestarme nunca mas en la vida por asuntos de faldas . ¡Bién sabía yo que las de su estirpe nórdica sabían respetar sus promesas! Correspondían a esa clase de hembras que cuando se fijaban un punto de vista determinado , nada ni nadie movía el hierro sólido de su parecer espartano .

Esa noche , antes de despuntar el alba , entendería lo bueno y lo malo que podía tener aquel tipo de temperamento de incondicionalidad emocional a prueba de balas . Doña Elga nos esperaba despierta en la puerta de su casa .

- ¡Lo siento! - nos dijo , entre alegre y contristada - , pero he tenido que entregar a Lucecita a sus visitas .

- ¿Visitas? - preguntamos a coro .

- ¡Por supuesto! ¡Esas chicas encantadoras!

¡Me iluminé en fracción de segundos! Sólo podía tratarse del cumplido de una nórdica auténtica... ¡a otras! Ahora el ruborizado era yo .

Casi como un sonámbulo caminé al lado de Dina hasta la puerta de nuestra casa aledaña a la de doña Elga . Adentro se escuchaba una cascada de risas . Apenas la hoja de madera se abrió me pareció que cuatro pares de piernas , ¡perdón! , de ojos , se solazaban delante de mí . ¡Eran mis deliciosas cuñadas! Vestidas con sus tradicionales atuendos extraídos del respetable paraíso de los *cuáqueros* , nos aguardaban en medio del *living* con la mejor de sus sonrisas , acompañadas por nuestra pícara hija .

- Aquí nos tienen - nos dijo la mayor , sin borrar de sus labios la tierna expresión que me enviaba - ; nuestra madre nos ha mandado a ayudarles con la crianza de Lucecita... , ¡por seis meses!

¡Ya lo decía yo! Todas la mujeres del mundo podían haber cambiado respecto a mí . ¡Pero no ellas que eran un yunque inamovible entre los cientos de huracanes nórdicos!

Las cuatro suecas me contemplaban como hace el experto desde arriba del faro cuando planea guiar el barco en la neblina , directo al fiordo mas seguro y reconfortante... Dina , percibiendo la seriedad incalculada con que les respondía , dándome un codazo discreto me ordenó terminantemente en uno de los oídos :

- ¡Harás todo lo que ellas pidan , para hacerlas sentir bien en nuestra casa!

¡No se me hubiera ocurrido desobedecerle! Mi seriedad , al fin y al cabo , venía de otro tipo de encandilamiento . Las cuatro hermanas exhibían el mismo y sospechoso rubor en sus mejillas . Por alguna extraña razón , no lograba percibir esta vez sus raras vestimentas sacadas de un cuento de Salem y me parecía estarlas viendo a todas corriendo en cámara lenta sobre las verdes praderas de Pennsylvania... ¡completamente desnudas!

“¡Seis meses!” , me repetí calladamente , dibujando lentamente una gigantesca sonrisa de recibimiento en mi rostro . Me imaginé al incorregible don Diego de Almagro , el descubridor de Chile , haciendo lo mismo a su llegada al valle de La Ligua , cuando salían a bienvenirlo las aborígenes locales . ¡Viejo malandrín!

“Al diablo lo hace la ocasión” , suelen decir los latinoamericanos . ¿Quién dijo que un leve aroma de lactante podía echar abajo al caribeño mas travieso de Nueva York?

**F I N**

